

FORMULARIO

NUMERO

La emancipación de la mujer

Biblioteca Contemporánea



LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

POR

J. NOVICOW

Miembro y antiguo Vicepresidente del Instituto Internacional
de Sociología

PRIMERA VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

D.^a ESPERANZA GAS



F. GRANADA Y C.^a, EDITORES
BARCELONA

MAUCCI HERMANOS É HIJOS
RIVADAVIA, 1435
BUENOS AIRES

MAUCCI HERMANOS
1.^a DEL RELOX, 1
MEXICO



INDICE

Págs.

LIBRO PRIMERO

Error es dolor

I.—Las ideas subjetivas y el orden social.	18
II.—El martirio de la mujer.	19
III.—La pretendida inferioridad de la mujer.	39

LIBRO SEGUNDO

El orden social conforme á la naturaleza de las cosas

IV.—El derecho primordial de la mujer.	57
V.—La moral	69
VI.—La igualdad social de los sexos	75
VII.—La superioridad moral de la unión libre.	83

LIBRO TERCERO

Las objeciones

VIII.—Pretendida supresión de la familia.	93
IX.—Los hijos	109
X.—La licencia desenfrenada de las costumbres	121
XI.—Objeciones de orden político y social.	131
XII.—Objeciones de orden ético y estético	141

LIBRO CUARTO

La aurora de la emancipación

XIII.—Aumento de la suma de justicia.	149
XIV.—Las conquistas sucesivas de la mujer.	155
XV.—El interés del hombre, de la patria y de la civilización.	165
XVI.—La conquista de la felicidad	179



Confieso que al leer por primera vez este libro sentí algo así como un deslumbramiento.

Toda mujer española, por alejada que crea estar de rutinas y preocupaciones, tiene algo que se la adhiere de las viejas creencias, algo que respira en el ambiente y toca en los seres más queridos; un libro como el presente, aunque responda como eco sonoro á nuestros más íntimos deseos y á nuestras más ardientes aspiraciones, nos sorprende y nos emociona; nuestra timidez aun vacila un momento.

Yo aconsejo á las lectoras (este libro las tendrá á miles) que lo lean despacito, suspendiendo la lectura de cuando en cuando; es comida ésta, por lo magnífica, demasiado pesada para nuestros débiles estómagos.

Una vez leído y meditado, sentirán, como yo he sentido, un agradecimiento inmenso para esas ideas llenas de frescura que nos acarician y que nos alientan; la vida nos sonríe á través de cada una de sus páginas; es un amigo que comprende las torturas más íntimas de nuestro corazón, que nos ilumina con un alborar lleno de luz y de esperanza.

Deseáramos que todos los que amamos sintieran esa necesidad de justicia, y nos sorprende que ese espíritu lejano nos comprenda cuando los que nos rodean están tan lejos de hacernos felices.

A pesar de esto, yo creo que M. Novicow se

excede en su optimismo galante al echar todas las culpas de las desgracias de la mujer á las instituciones y á la falta de bondad del hombre. Nosotras mismas tenemos en parte la culpa de nuestro estado de servidumbre y rebajamiento y del papel tan poco airoso que desempeñamos en la sociedad. La mayor parte de las mujeres se dan cuenta, al tener uso de razón, de la falta de consideración con que son tratadas en la vida; todas tenemos momentos en que sentimos rebelarse nuestra dignidad y entrevemos que hemos nacido para más altos destinos; sentimos dentro de nosotras una fuerza considerable, algo que nos dice que si quisiéramos saldríamos de esta esclavitud, y sin embargo, una pereza inexplicable nos doblega, y esa tendencia al sacrificio inútil, tan desarrollado en muchas mujeres, nos acaba de aniquilar.

En efecto, salir de este estado significa un esfuerzo, estudiar, instruirse, trabajar. ¡Y cuántos obstáculos y qué de voluntad no necesita una mujer que desee llegar al fin! ¡Es tan fácil, tan cómodo dejarse llevar por la corriente, hacer lo que hemos visto hacer á nuestras pobres madres! Que el hombre se tome la molestia de pensar por nosotras, de tener opiniones, de trabajar, de sustentarnos. Y nosotras, para conquistar esta vida de holgura, le servimos, nos esforzamos en agradarle, nos hacemos sus esclavas. Y él, acostumbrado á prescindir de nosotras, se sorprende y se disgusta cuando se le habla de nuestros derechos. Poco importa que nuestras uniones estén sancionadas por la ley ó sean de esas libres á las que tanta importancia parece dar M. Novicow; mientras la mujer no sirva ella sola para atender á su propia subsistencia, mientras necesite del hombre para que

la alimento ó la proporcione el lujo que ella no sea nunca capaz de adquirir, la mujer tendrá forzosamente un amo; sólo variará en que si realiza varias uniones los amos serán varios. Todas vemos que, en los matrimonios en que la mujer es la rica, el marido parece carecer de autoridad eclipsado por la personalidad de su mujer. En efecto, ¿hay nada más humillante que depender de otro, estar en sus manos, no poderse mover en ningún sentido? Y las mujeres en general, y sobre todo la española, ¿no está acostumbrada á oír desde sus más tiernos años que la carrera de la mujer es el matrimonio? Si es pobre, como su salvación única; y si es rica, para aumentar su capital ó su prestigio. Cierto que hay, sobre todo en la clase del pueblo, mujeres que trabajan, pero éstas, que podrían gozar de alguna más autoridad como en realidad se dan algunos casos, se dejan imponer por la fuerza, y hasta parecen muchas de ellas sentirse gozosas ó por lo menos muy resignadas de esta brutal opresión.

Es bastante conocido el caso de aquel caballero que, paseando por una calle de un barrio apartado de Madrid, oyó gritos de mujer acompañados de insultos, protestas y llanto. Detúvose un momento y á los pocos instantes vió salir de la casa donde se oía la disputa una mujer joven, despeinada, jadeante, pidiendo socorro. Un hombre la seguía á pocos pasos en actitud amenazadora blandiendo un garrote. El caballero, indignado, se interpuso entre aquella fiera de la que huía la pobre mujer, y le increpó duramente por su conducta infame y cobarde. El hombre pareció sentirse avergonzado. Murmuraba entre dientes disculpas y protestas. La mujer guardaba un extraño silencio. De impro-

viso, y viendo la actitud humillada y confusa de su hombre, sintió un arrebató de generoso sacrificio: «Caballero — dijo encarándose con el señor aquel, que contemplaba estupefacto la escena; — aquí no le llama á usted nadie. Es mi marido y si me pega puede hacerlo.» (¡!)

Por este caso y otros muchos que podría citar, se ve que tenemos la culpa de nuestro triste estado. Nosotras mismas somos las que alentamos la injusticia y la barbarie. Y ¡ay! de la que intenta hacer su propia emancipación saliéndose de este estado de opresión asfixiante. Además de los obstáculos innumerables que se la interponen, nosotras mismas, las demás mujeres, no perdonaríamos medio de criticarla y ponerla en ridículo.

El señor Novicow trata de materia tan interesantísima como el título de este libro indica (además de otros no menos sugestivos relacionados todos con la libertad de la mujer), de un modo genial y atrevido, pero siempre con una delicadeza y un tacto admirables. Dudo que pueda encontrarse obra más interesante ni más atractiva; más llena de entusiasmo, de energía, de claridad. Maravilla la finura de observación del señor Novicow, el prolijo estudio que ha hecho de todas las circunstancias que obscurecen la vida de la mujer.

Como todo libro que trata de implantar algo nuevo y palpitante, esta obra tendrá detractores. Los enemigos del progreso, los rutinarios, «los conservadores», que dice Novicow, evitarán cuidadosamente que caiga en manos de su dependencia femenina. No les conviene.

Pero la verdad, cualquiera que sea, se abre paso al fin. Este libro nos muestra un camino donde al final encontraremos nuestra propia di-

cha. Nos crea una nueva sociedad, un nuevo mundo.

Nosotras, las mujeres, para las que talento tan esclarecido se emplea en nuestra defensa, debemos quedar eternamente agradecidas. Y ojalá sea éste el nuevo catecismo que sirva de guía á todas mis hermanas.

ESPERANZA GAS.



LIBRO PRIMERO

Error es dolor

CAPITULO PRIMERO

LAS IDEAS SUBJETIVAS Y EL ORDEN SOCIAL

Años ha, los periódicos rusos han relatado el hecho siguiente. Una joven había dado á luz un niño. Atolondrada, una mañana, sale sin ser vista, lo echa en una alcantarilla y vuelve á su casa. Pero, al cabo de algunas horas, el amor maternal se despierta en su alma. Vuelve al lugar del suceso y al fin encuentra al recién nacido. Le prodiga mil caricias y besos. Por la tarde, se la ve en un estado de demencia casi completo, medio yerta de frío, meciendo cariñosamente el cadáver de su hijo. Luego la infeliz acusada de infanticidio, es enviada á trabajos forzados. ¡Tenía 17 años! ¿Cuál fué la causa de los sufrimientos de esa infortunada? La idea, dominante en su medio, de que dar á luz un niño, sin haber cumplido una ceremonia preliminar denominada matrimonio, es una acción que deshonra á una mujer para siempre.

Imaginad otras ideas en la sociedad en que vivía esta joven. Imaginad que el hecho de dar á luz un hijo, hecho precedido ó no de ciertas ceremonias convencionales, fuese considerado como la cosa más noble y más honrosa. Suponed que, después del nacimiento de un hijo, aun de padre desconocido, fuese costumbre felicitar á la joven madre, dándole pruebas de respeto y simpatía.

Es de toda evidencia que en una sociedad donde hubiesen reinado tales ideas, la joven de que acaba de hablarse no habría intentado jamás ahogar á su niño. Por el contrario, se habría mostrado contenta y orgullosa de su nacimiento. Habría mostrado á todos su hijo con orgullo y satisfacción.

En China el nacimiento de una hija se considera como un castigo del cielo. Y es porque los chinos se imaginan que es un deber el culto de los antepasados, y piensan que sólo el hombre es capaz de efectuar las ceremonias de éste culto. Si los chinos no creyesen en la vida futura, ó si creyesen que una mujer puede practicar los ritos funerarios tan bien como el hombre, el nacimiento de una hija no sería considerado por ellos como una desgracia.

El culto de los antepasados consiste en ofrendas y plegarias. La mujer tiene pies y manos: puede aportar las ofrendas, colocándolas en el sitio destinado. La mujer tiene lengua: puede recitar las plegarias del ritual. La mujer puede, pues, realizar las ceremonias del culto de los antepasados tan bien como el hombre. Pero, por una idea puramente convencional, los chinos *creen*, que eso no lo puede hacer la mujer. Esta opinión, que no se funda en nada concreto, es la fuente de sufrimientos innumerables para millones de desgraciadas mujeres en el celeste Imperio.

Así, pues, si las ideas reinantes en China y en Europa hubiesen sido otras, la situación de la mujer habría sido diferente.

Toda criatura viva huye el dolor y busca el placer. Sometida á esta ley universal de la biología, el hombre, á cada instante de su existencia, trata de regular su conducta de manera que obtenga el máximum posible de goce. Pero toda acción tiene por antecedente necesario una representación. El hombre concibe primero un estado de cosas, aun no existiendo, pero posible, y pone sus músculos en movimiento para realizarlo. El conjunto de las acciones del hombre constituye su conducta; la conducta de un cierto número de hombres produce las instituciones sociales. Así en cierto momento se ha pensado que en vez de dar la instrucción á los niños en el seno de la familia, era preferible reunirlos en un local separado, fuera del hogar, é instruirlos por grupos. La escuela ha sido el resultado de esta idea. En otro momento se ha pensado que el Estado debía sostener las escuelas y la inmensa institución que se llama instruc-

ción pública, con su ministerio central y sus innumerables empleados, aparece. Si la idea de que es posible instruir á los niños fuera de la familia no se hubiese presentado á los hombres, la instrucción pública no hubiera existido jamás.

Las instituciones sociales son, pues, el resultado de las ideas formadas con anterioridad en la cabeza de los hombres. Sin duda las necesidades de orden fisiológico hacen que algunas de aquellas sean inevitables, pero no todas. Así la alimentación y el vestido son necesidades fisiológicas; dan origen á los fenómenos sociales de la producción y del cambio. Un cierto número de instituciones derivan necesariamente de aquí. Pero á estas instituciones inevitables el hombre añade otras que provienen de simples razonamientos de su espíritu. Los teóricos han pensado que un país se arruina si importa más que exporta. Entonces, para evitar esta pretendida desdicha, se ha creado todo un conjunto de instituciones; aduanas, carabineros, comisiones de tarifas, etc.

Esta idea de que un gran número de nuestras instituciones sociales tiene por origen ideas subjetivas y que no están fundadas en hechos *naturales*, por consecuencia irrefragables, es muy difícil de hacer admitir, aún de los espíritus más claros. Habitados á ver una cierta organización social, nos parece que es conforme al orden de las cosas y que corresponde en todo á necesidades reales y positivas. Pero tan pronto como se comprende que la mayor parte de nuestras instituciones están basadas en ideas subjetivas, se comprende también que al cambiar las ideas, las instituciones deben ceder igualmente.

He demostrado ahora por el ejemplo de la aduana y de la escuela, hasta qué punto una idea subjetiva crea directamente una institución social. Pero existe una manera directa que debo exponer ahora.

Los hombres se han dado cuenta de que algunas de sus acciones tenían consecuencias agradables, y otras consecuencias penosas. Unas aumentaban su felicidad, otras la disminuían. En vista de esto se han establecido juicios acerca de estas acciones. Las que producían goce han sido calificadas de *buenas*, las que producían sufrimientos han sido calificadas de *malas*. El conjunto de estos juicios ha constituido la moral. Los hombres que cometían las buenas acciones eran estimados y amados por sus semejantes; los hombres que cometían las malas acciones eran rebajados y detes-

tados. A consecuencia de estos juicios sociales, ciertas acciones eran consideradas convenientes y permitidas, otras censurables y prohibidas.

En esta fase la presión de la sociedad sobre el individuo se ejerce por lo que se llaman las costumbres.

Pero la sociedad da un paso más. Puede ver que la sanción del vituperio y la antipatía públicas no es suficiente, y que es preciso una sanción más fuerte aun para las acciones juzgadas perniciosas. Entonces la sociedad, por el órgano especialmente adaptado é esta función, dicta lo que se llama una medida legislativa, ó, en otros términos, hace una ley.

Por ejemplo, se puede juzgar en un momento dado que no es bueno que un hombre se case con la hermana de su mujer difunta. Entonces se hace una ley para prohibir esta clase de matrimonios. En otro momento, por el contrario, puede juzgarse bueno que un hombre se case con su cuñada. Entonces, si existía una ley que prohibiese esta clase de enlace, se llega á su abolición. Esta nueva vía por la cual las ideas subjetivas influyen primero sobre las costumbres y luego sobre la legislación, origina también la creación de instituciones sociales.

Así se consideraba en otro tiempo que no era necesario dar á los obreros garantías especiales contra los patronos. Se pensaba que el patrono podía despachar á sus obreros cuando le viniese en gana, sin dar más explicaciones y sin darles la menor indemnidad. Más tarde, han cambiado las ideas. Se ha juzgado que es bueno proteger á los obreros y se ha creado á este fin una serie de instituciones sociales coronadas por un ministerio del trabajo.

El análisis de la segunda vía por la cual se crean las instituciones, muestra que toman su origen de las ideas subjetivas del espíritu.

La idea de que lo que hoy llamamos en Europa «las bases del orden social» corresponde á hechos naturales, no resiste un solo instante á la crítica. No sólo las sociedades próximas á la nuestra están fundadas sobre «bases» diferentes, sino que nuestra misma sociedad reposaba, en otro tiempo, en principios que nos parecen ahora contranaturales.

Todo lo que precede es la introducción necesaria á este trabajo. Los hombres que proponen modificar las instituciones existentes son, en general, considerados como revolucionarios, como enemigos del orden público, en una palabra, casi como malhechores. Es, pues, in-

dispensable establecer muy claramente que el «orden público» de hoy resulta de ideas subjetivas que pueden ser completamente erróneas. Nada impide, pues, á los que quieren turbar este «orden público» de tener, no propósitos subversivos, sino al contrario, tendencias altamente bienhechoras.

CAPITULO II

EL MARTIRIO DE LA MUJER

I

Después de haber contado, en el capítulo anterior, la historia de la joven condenada á trabajos forzados por infanticidio, he dicho que si otras ideas hubiesen reinado en su país, habría experimentado goces y no sufrimientos. Ciertas ideas, pues, producen la infelicidad de los humanos y otras su dicha. ¿Cuáles son las que tienen esta última virtud? El lector ha respondido sin duda por adelantado: las ideas verdaderas, las que están conformes con la naturaleza de las cosas. Si un hombre tiene la idea de que no es preciso alimentarse, y deja de comer, sufrirá las torturas del hambre durante cierto tiempo, luego acabará por morir, pues creer que uno puede prescindir del alimento es un error. Así, pues, si la conducta de los hombres se conforma á la verdad, serán felices: si no está conforme, serán desgraciados. El error engendra el dolor, como la verdad el goce.

Ahora, como la conducta de los hombres produce las instituciones sociales, si estas instituciones aseguran una gran suma de felicidad, es porque están conformes con la naturaleza de las cosas, ó en otros términos porque están basadas en la verdad. Si, por el contrario, las instituciones producen una débil suma de dicha, es porque no se conforman con la naturaleza de las cosas, ó en otros términos porque están basadas en el error.

La humanidad se compone (en partes casi iguales) de hombres y mujeres. Si la suma de felicidad correspondiente á cada sexo es la misma, tal suma será la mayor posible, lo que equivale á decir que las instituciones serán perfectas. Pero, si la suma de felicidad que corresponde á un sexo es menor que la que corresponde á otro, el total de la felicidad disminuye para la comu-

nidad entera. Esto significa que las instituciones sociales son imperfectas, porque las perfectas serían las que asegurasen el máximo posible de felicidad.

Tomemos la cifra de 10 para indicar la suma de felicidad de que puede gozar el sexo masculino. Si el sexo femenino goza de la misma felicidad, el total será 20. Pero si el sexo femenino goza de una felicidad igual á 3, el total común será 13 sólo. Y no se diga que, si se reduce la felicidad de la mujer á 3, la del hombre puede elevarse á 17 y que el total, en este caso, será también 20. Este razonamiento no es completo. Pues si la felicidad del hombre pudiera elevarse á 17, y si la de la mujer fuese igual, la humanidad gozaría de una felicidad equivalente á 34 y no á 20.

Jamás podrán ser consideradas como perfectas las instituciones sociales si no realizan el máximo de felicidad. Pero este máximo no es posible sino en el caso de que la parte correspondiente á los dos sexos sea la misma.

Pasemos ahora á considerar la condición á que está reducida la mujer en las sociedades modernas, para ver si es posible admitir que su parte de felicidad es la misma que la que corresponde al hombre.

II

La felicidad está en razón directa de la suma de goce. Imaginad un hombre que cada día tenga placeres nuevos. Poseería la felicidad absoluta. Pero no es sólo el número y la continuidad de los goces lo que importa, sino su intensidad. Se es más feliz cuando uno se eleva á veces á alturas fulgurantes que cuando se permanece en una línea media, aun cuando ésta sea notable. Ahora bien, entre los goces posibles aquí abajo, el amor ocupa el primer puesto. El éxtasis religioso es lo único que puede comparársele en intensidad. Hasta le es superior. Pero no es dado gozarlo á todo el mundo. Es preciso tener un temperamento muy delicado para poder sentirlo con toda fuerza. Y no basta esto. Es menester un concurso, muy raro, de circunstancias favorables. El éxtasis religioso, además, es antes un fenómeno psíquico que social. Puede alcanzar su máximo de intensidad en medio de cualquier institución.

El amor, por el contrario, es un sentimiento casi universal. Toda criatura humana puede experimentarlo tan pronto como se presentan ciertas circunstancias. Pero para el amor, en gran parte, estas circunstancias dependen de las instituciones sociales.

Parece difícil negar que el amor sexual da la felicidad más intensa que pueda imaginarse. Todos los otros goces palidecen á su lado, como la fría y débil claridad de la luna ante la deslumbradora y ardiente claridad del sol. El abrazo de dos seres que se adoran es el minuto de felicidad más grande que puedan realizar los humanos y quien no ha experimentado, por lo menos una vez ese paroxismo de bienaventuranza suprema, no puede decirse que ha vivido aquí abajo.

Un ser así tiene derecho á considerarse sacrificado y á lamentarse eternamente de la injusticia que le hace la sociedad. Tiene derecho á renegar de las instituciones que son contrarias á la base misma del orden natural, pues si hay un derecho inalienable é imprescindible es el de tomar parte del modo que se pueda más completo en la felicidad que proporciona las condiciones fisiológicas y psicológicas del ser humano.

Ahora bien, es fácil demostrar que, dadas las instituciones actuales, la mujer no podrá nunca experimentar la plenitud de los goces que provienen del amor.

Por de pronto, un número considerable de mujeres son vendidas á los hombres. En las sociedades bárbaras la venta es directa; en las sociedades que se llaman civilizadas la venta es indirecta y toma el nombre de matrimonio ó de prostitución. Aun en países tan adelantados como Francia, la inmensa mayoría de las uniones las arreglan los padres á su gusto. La joven es entregada á un hombre por el cual no siente la menor pasión, y naturalmente, tiene con él más bien sensaciones penosas que agradables. En estas circunstancias, no hay felicidad posible para la mujer. Con frecuencia, en nuestras sociedades, las jóvenes victrten abundantes lágrimas en el momento de ponerse la ropa nupcial. Y esto es con motivo, pues la mayor parte de las veces van derechamente al sacrificio.

La inmensa mayoría de las mujeres no ha experimentado nunca el punto culminante de la felicidad que puede dar el amor, precisamente porque este punto sólo es alcanzado por la vibración simultánea del alma y del cuerpo.

Pues bien: las condiciones de nuestras sociedades modernas rara vez permiten que se desarrolle una circuns-

tancia de este género. En efecto, pensemos el modo más favorable y supongamos que una joven locamente enamorada se casa con el hombre que corresponde á su pasión. Mis lectoras no tienen más que echar una mirada á su alrededor para comprender que estos casos son raros. Pero en fin, hay algunos. ¿Es esto decir que nuestras instituciones permiten, aún á estas criaturas privilegiadas, alcanzar el punto culminante de la felicidad terrestre? No, ciertamente no. Apenas dos jóvenes están enamorados uno de otro, les hacemos padecer una serie de tormentos. En primer lugar, el período del noviazgo. Los prometidos están colocados como en el margen de la sociedad. El vacío se hace alrededor de ellos. Y no obstante se les vigila de cerca. Se les prohíbe absolutamente abandonarse á los impulsos de su ser. Esto sería contrario al honor. En fin, llega el día del matrimonio. ¿Puede imaginarse nada más cruel? Los enamorados están sometidos á una serie de terribles pruebas. La ceremonia nupcial, por de pronto es la cosa más indecente que puede imaginarse. Solamente la costumbre nos impide el rechazarlo. En efecto, tal ceremonia se reduce en último análisis á una convocatoria de padres, amigos y conocidos, para hacerles la siguiente declaración: tenemos el honor de participaros que esta noche la Señorita X se entregará al Señor Z. Los jóvenes esposos tienen perfecta conciencia de que tal es en suma la significación última, de la ceremonia nupcial. Así sufren cruelmente, sobre todo la mujer á quien se atormenta con placer maligno, creyéndola ignorante de todo.

Cuando, tras de mil impertinencias, los jóvenes esposos, aun los más enamorados, quedan al fin solos, están extenuados de fatiga, enervados de mil maneras, en una palabra, en la disposición de espíritu más funesta y menos natural para cumplir un acto de que depende la felicidad de toda la vida. La inmensa mayoría de las mujeres casadas, guardan un recuerdo desastroso de su noche de boda. El momento en que, virgen, se abandona al ser amado, debería ser la hora suprema y más dichosa de la vida de la mujer, hora de la cual debería guardar el recuerdo encantador de un sueño paradisíaco. Nuestras instituciones imperfectas hacen que este momento, aun en los casos más afortunados y más raros, sea por el contrario la fuente de impresiones penosas y á veces de un asco insoportable. Evocado por el recuerdo, este momento no hace el efecto de un sueño encantador, sino de un minuto de angustia y de tormento.

Ciertamente, puede suceder en la vida de la mujer,

que, más tarde y en otras circunstancias, goce de la embriaguez más completa que puede dar el amor. Pero esto no compensa el anterior desencanto. El momento más importante de la vida es aquel en que se pierde la virginidad. Si esta pérdida se cumple en medio de la felicidad completa, la mujer alcanza el empíreo; su vida entera queda iluminada como por la más magnífica de las auroras. En este minuto la vida alcanza su mayor valor. La mujer puede ser dichosa hasta la ancianidad por el solo recuerdo de ese momento. Puede conservar siempre el calor del alma y el optimismo del espíritu, con sólo pensar que se ha caldeado, aunque no haya sido más que por algunos segundos, en el más ardiente de todos los focos. La juventud es el período más importante de la vida; el alma exhala sus más dulces perfumes y produce sus flores más bellas. En la juventud puede hacerse provisión de esos deliciosos recuerdos que son los únicos que pueden consolar cuando el tiempo aporta frialdades y tristezas, desilusiones y ¡ay! la pérdida de los seres amados. El punto culminante de la felicidad está pues marcado por el primer amor, por el primer abandono completo; por el primer abrazo apasionado. Si este primer amor no ha sido más maravilloso y más deslumbrador que todos los otros, la vida no ha dado todos los goces que podía dar, es decir, se ha perdido casi completamente. Puede afirmarse con certeza que en nuestras sociedades modernas, de cada diez casos en nueve (tal vez habría que decir más bien el noventa y nueve por ciento) la pérdida de la virginidad no fué acompañada para la mujer de las impresiones más radiosas de su vida. De cada diez mujeres, nueve son víctimas de la imperfección de nuestras instituciones.

Cuando, después de una primera tentativa, de ordinario infructuosa, de unión matrimonial, la áspera necesidad de la dicha se despierta en el corazón de una mujer, cuando experimenta el ardiente deseo de amar y ser amada, cuando encuentra el objeto adorado, dos vías se ofrecen delante de ella: una franca y directa, el divorcio, y otra tortuosa y oculta, el adulterio. Es fácil demostrar que ambas vías causan á la mujer una serie de sufrimientos que disminuyen notablemente, ó anulan casi por completo los goces del amor nuevo.

En cuanto al divorcio, no existe en todos los países. La iglesia católica no lo admite. Una mujer que experimenta un amor nuevo está condenada á un sufrimiento perpetuo: á pasar su vida sin tener la dicha de unirse

de una manera legal y á la faz de todos con el hombre á quien ama.

En otros países, el divorcio es posible pero difícil. Es á veces cuestión de dinero, de modo que es inaccesible á los pobres, esto es, ¡al noventa y nueve por ciento de la población! Además, según ciertas legislaciones, sólo se concede el divorcio en casos de orden fisiológico. Una mujer, debería tener derecho á dejar á un hombre porque no le ama y ama á otro. Este es el caso calificado de incompatibilidad de humor y aun de incompatibilidad momentánea. Pero muchos códigos no admiten el divorcio por simple consentimiento mutuo. En este caso la mujer vuelve de nuevo á arrastrar la cadena hasta el fin de su vida. O bien debe simular pretextos de divorcio que atacan á su honor y á su reputación. Es una fuente de sufrimientos penosísima. Añadid los arreglos del juzgado, los debates contradictorios y públicos. En una palabra, lo más frecuente es que en las sociedades que marchan á la cabeza de la civilización, una mujer no pueda divorciarse sin quedar cubierta de vergüenza y de desprecio. Y notad que la mujer debe sufrir tanto más cuanto menos ha merecido esta infamia. Pues si una mujer rompe con el orden establecido por simple libertinaje, es justo que soporte la pena de su conducta. Pero cuando una mujer es completamente pura y leal, cuando quiere noble y abiertamente romper una unión que aborrece para contraer otra, á la faz del mundo, las vergüenzas que le inflige el juzgado son de una injusticia que rebela.

Imaginemos no obstante que el divorcio sea fácil y que se consiga sin trámites legales públicamente. Tampoco puede realizar el máximum de felicidad para la mujer. Pues precisamente este máximum viene de la libertad de entregarse al hombre que se ama en el momento mismo en que se siente por él la más poderosa de las atracciones. Pues bien, los trámites legales del divorcio, por fácil que sea éste, no puede nunca coincidir con tal momento. Y luego el divorcio supone un segundo matrimonio. Y vuelta á empezar el noviazgo y la ceremonia nupcial, uno y otra más penosos aun en la segunda unión que en la primera.

Consideremos ahora la otra vía; el adulterio. Es la más corta y por esta razón la prefieren muchas mujeres. ¡Pero cuántos sufrimientos acarrea! Ante todo el riesgo, pues en ciertos países, aun cristianos y civilizados, el marido tiene el derecho de matar sin más paliativos á la mujer sorprendida en flagrante delito. Es-

te asesinato no es considerado como un crimen y el hombre puede perpetrarlo cuando le parezca. La vida de la mujer adúltera no está pues protegida por la ley, y ha de temer constantemente la violencia.

En seguida viene la obligación de entregarse á pesar de todo al marido detestado, sin tener otra pasión ni otro deseo que el amante adorado. Figúrese qué tortura debe causar esta obligación. Y no obstante la impone la ley; la mujer no puede sustraerse á ello.

No menos penoso es el tener que obrar siempre á escondidas. Cuando el corazón se desborda de amor, se querría pasar todo el tiempo con el objeto adorado. La mujer por lo general sólo puede darle algunos cortos momentos. En los intervalos, la mujer se ve obligada á languidecer en una soledad tanto más cruel cuanto más intenso es el amor. ¡Qué cosa más deliciosa es recorrer el mundo con un ser idolatrado! Seguramente es una de las alegrías más intensas de la vida. Pero la mujer adúltera no puede realizar semejante sueño sino muy rara vez. Si alguna vez lo consigue, no la deja en paz el terror de un encuentro fortuito que puede comprometer en un segundo toda la felicidad penosamente ganada durante semanas y meses.

¡Y luego es tan dulce mostrar al mundo entero el ser que se adora! ¡Es tan dulce pasearse de su brazo y mostrarse orgullosa de ello! Por supuesto, la mujer que traiciona á su marido no puede gozar de aquella alegría. Inútil es extenderme más acerca de este punto. Mis lectoras completarán seguramente la serie de percances que se presentan á la mujer que tiene una pasión fuera del matrimonio.

En resumen, si se compara los goces que proporciona el adulterio y los sufrimientos que acarrea necesariamente, no puede dudarse de que en general éstos disminuyen á aquéllos de una manera notable.

Hablemos ahora de la mujer que se ha sentido con valor para afrontar las convenciones de la hora presente. Libre y virgen se entrega al hombre amado en el momento en que la pasión la arrastra hacia él. Más tarde no quiere casarse legalmente para poder disponer de sí misma y para tener el derecho de entregarse á otro hombre si deja de amar al primero. ¡Cuántos sufrimientos atroces aguardan á una mujer valerosa é independiente de esta clase! Ante todo, considerada como una mujer deshonrada es despreciada por la sociedad. Le está prohibido el acceso á las cosas respetables. Como una apestada, ó tiene que vivir sola con su cóm-

plice, ó bien frecuentar una clase de gente que le inspira desprecio y asco.

Aparte de las mujeres que tienen bastante valentía para sobreponerse á las conveniencias sociales, hay otras que sin reflexión ninguna se dejan arrastrar por los impulsos de su corazón. ¡Cuántas desgraciadas mujeres son infelices para toda la vida por un solo instante de embriaguez! La sociedad las castiga por haber obedecido á las leyes de la naturaleza. Esto es verdaderamente monstruoso. Pero hay algo peor aun. ¡Cuántas mujeres ceden para hacer dichoso al hombre amado más que por su propio placer! En este caso, la sociedad las condena á la infamia (es decir, á una muerte lenta) porque han cumplido un acto de sacrificio y de ternura. ¡Cosa verdaderamente monstruosa también! ¡Y en tanto que las morales oficiales entonan alabanzas en todos los tonos al altruísmo, el acto de altruísmo más completo que pueda realizar una mujer es calificado de libertinaje y de perversidad!

Ahora bien: si el abandono al hombre adorado, aun realizado de la manera más pura, tiene por consecuencia la maternidad, una serie nueva de duros sufrimientos empieza para la mujer. No solamente es primero castigada por haber obedecido á la ley de la naturaleza, sino que lo es aún más por haber cumplido el más sagrado de todos los deberes. Tanto valdría *castigar* á un centinela porque no ha abandonado su puesto en el momento del peligro. A consecuencia de las ideas reinantes, se llega á la extraña conclusión de que si una joven resulta embarazada y se empeña en abortar, es más considerada que si da á luz una criatura humana, hecha, como dicen los creyentes, á imagen de Dios. La joven que ha practicado una especie de infanticidio anticipado es más honrada, porque nadie conoce su «falta».

¡Es preciso aun recordar que un gran número de desdichadas jóvenes se suicidan al sentirse madres!

Considerad otra fuente de sufrimientos. Los niños nacidos sin la sanción social son *ilegítimos*. Sus madres son despreciadas: no sólo sufren en sus propias personas, sino también acaso aun más cruelmente en la de sus hijos. ¡Cuánto deben de sufrir, al ver á los seres que aman más en este mundo llevar el estigma durante toda su vida, á causa de su «mala acción»!

Apenas hay necesidad de que yo me extienda en este punto. Todos saben que la existencia de las mujeres llamadas «perdidas» es una serie de tormentos tan crue-

les que suprimen casi por completo la felicidad de la vida. Y todos ven que las mujeres, tan despiadadamente condenadas al infortunio por nuestras convenciones sociales, pueden ser las criaturas más nobles, más puras, más tiernas y más adorables que puedan imaginarse.

Acabo de indicar lo que el amor puede proporcionar á la mujer, en nuestras sociedades occidentales. El examen más superficial basta para establecer que tal amor le da precisamente lo contrario que reclama. El amor debería proporcionar á la mujer la felicidad más intensa que fuera posible alcanzar aquí abajo. Pues bien, para la inmensa mayoría de nuestras compañeras, el amor es la fuente de los sufrimientos más crueles y más inmerecidos. Es, pues, incontestable que nuestras instituciones sociales hacen de la mujer una víctima, digna de la más profunda lástima.

III

Después del amor, lo que contribuye más á la felicidad de la criatura humana es el desarrollo armonioso de la personalidad. Veamos lo que nuestras costumbres actuales y nuestros códigos conceden á la mujer desde este punto de vista.

Me parece que no se negará que la primera condición para adquirir un desarrollo intelectual completo es la libertad material de los movimientos. Pues bien, la mujer, esclavizada por nuestras ideas rancias, no tiene ni siquiera la facultad primordial para disponer de su persona é ir donde mejor le parezca.

Durante la exposición de 1900 encontré en París á una señora polaca, á quien conocía años ha. Era una mujer entrada en años y de salud muy delicada. La acompañaba su hija y aquella señora me la habría confiado de buena gana para que viera la exposición. Pero tenía reparo por si nos encontrábamos por casualidad á algún conocido de su país. En tal caso se habría comprometido su hija y no habría podido casarse. Le pregunté si caso de que se tratase de un hijo le habría prohibido pasearse conmigo por la exposición. Pero la joven no podía hacerlo y tuvo que quedarse en el hotel tristemente al lado de su madre. He aquí, pues, para esa chica una disminución sensible de placer, un atentado

á su derecho de criatura humana de adquirir conocimientos científicos y de experimentar sensaciones artísticas de todo género.

A la verdad, las jóvenes americanas comienzan á sacudir el yugo. Casi han adquirido la libertad de sus movimientos; pero ¡ay! los Estados Unidos no son aún la humanidad entera (1).

La situación de la mujer casada no es mucho mejor que la de la soltera. Sin duda goza de un poco más libertad; pero de todos modos no es lo bastante. En París he encontrado á muchas compatriotas, y yo no conocía á nadie. No obstante ellas tenían que privarse de ir al paseo ó al teatro conmigo por temor á provocar críticas maliciosas, si por casualidad encontraban algún conocido. En las sociedades europeas no hay harém ni giniceo, por fortuna; pero la mujer no posee ni la décima parte de libertad que le sería necesaria. Cuando un hombre desea visitar un país cualquiera por gusto ó por instruirse, toma su billete para el tren, y parte. Imaginad una muchacha que obre así. Esto parecería una acción indigna. Aun mujeres casadas no se atreverían á hacerlo.

Así la mujer está privada de la primera condición para el pleno desarrollo intelectual: la libertad de los movimientos.

En segundo lugar está privada de la libertad de la instrucción. No hay aún un solo país en Europa en que todas las instituciones de instrucción pública estén abiertas indistintamente á los dos sexos. No hay aún un solo país en que la mujer sea considerada como una criatura humana en la plenitud de sus derechos. Si hubiese un país de esta clase, no se discutiría si ésta ó aquella escuela está abierta ó no para la mujer. Esto

(1) Yo vi una tarde, paseando por la vía Carracciolo en Nápoles, á dos jóvenes, en coche, sentadas frente á sus padres. Parecían poseer todos los bienes de la tierra; la fortuna (su equipaje era magnífico), el nombre (en las portezuelas figuraban las armas de la casa), el gusto (llevaban vestidos muy elegantes), buena figura (eran muy bonitas las dos), la juventud (parecían tener de 18 á 20 años). A pesar de esto, una expresión de profunda tristeza se pintaba en sus semblantes. Parecían gozar de una dicha muy escasa. Hablé de esta escena á una señora napolitana amiga mía, persona ya entrada en años. Y me dijo que si se le proponía volver á los 20 años, pero en las mismas condiciones que entonces se encontraba, rechazaría en seco tal ventaja, con tal de conservar la poca libertad que le permitían sus años. Véase cuán deprimente es el estado de las jóvenes en nuestras sociedades.

sería evidente por sí mismo, como hoy es evidente que todas las escuelas están abiertas indistintamente á los rubios y á los morenos. Con timidez, aquí ó allá, se abren ciertas escuelas á las mujeres; pero la verdad, las restricciones son aún tan numerosas que el derecho de la mujer ó la cultura intelectual integral parece una conquista muy lejana. Y aun cuando la mujer es admitida en las instituciones de instrucción superior, el código le opone ciertas restricciones y las costumbres públicas considerables obstáculos. En ciertos países los estudios superiores son totalmente inaccesibles á la mujer; en estos casos, es un atentado al derecho. En otros países, no hay restricciones legales; pero la opinión no es favorable á que la mujer se entremeta en los santuarios científicos. Y se da el caso de que para penetrar en tales santuarios la mujer, tiene que sufrir bastantes molestias.

IV

Cuando la edad de los estudios ha pasado, cuando la edad madura llega, otra condición para adquirir el pleno desarrollo intelectual es poder disponer libremente de su haber y del producto de su trabajo.

Aquí entramos en el vasto dominio del derecho civil. Sería preciso un volumen para exponer las limitaciones odiosas é injustas que la mujer sufre. En muchos países la mujer casada no goza aún de la libre disposición de su salario. Sólo recientemente se le ha reconocido este derecho en Francia y en Inglaterra. En cuanto á disponer á voluntad de sus propiedades muebles é inmuebles, en cuanto á vender, comprar, hacer contratos, comerciar, testar, dar, todo ese conjunto de derechos civiles elementales que constituyen la personalidad, la mujer no los posee sino en pocos países. ¡Imagínese cuántos sufrimientos acarrea éstas limitaciones de derecho! El esclavo antiguo estaba autorizado, aun por las duras leyes de Roma, á disponer de su peculio. ¡La mujer moderna no ha adquirido aun en todas partes este privilegio! ¡Nuestras compañeras, nuestras hermanas y nuestras madres, están peor que los esclavos, en el pueblo considerado como el más duro de la antigüedad!

Lo repito, no me extenderé en el terreno del derecho civil. Por decirlo así, es ilimitado. Y además, desde este punto de vista, la desigualdad del hombre y de la

mujer, ha sido objeto de tantos y tan sabios estudios, que nada nuevo puede decirse sobre esta materia (2).

Después de la libre disposición de la propiedad, hay otra región en que los derechos de la mujer, están violados de la manera más indigna, proclamando su personalidad inferior á la del hombre por el código. Me refiero á la prohibición de servir de testigo, en los actos judiciales. ¿Cómo se quiere que la mujer alcance un desarrollo intelectual análogo al del hombre, cuando se le prohíbe respetarse á sí misma? Cuando se pone la confianza en una criatura humana, su alma se eleva para merecerla. Pero cuando se le prohíbe á la mujer servir de testigo, no se le da ninguna confianza, y se le degrada, impidiéndole que sienta esa satisfacción interior que es al fin el más fuerte estímulo para hacer el bien.

También es inicuo que se la excluya del jurado. Negándole la posibilidad de ejercer esta función tan grave, se ofende la honorabilidad y la dignidad femeninas.

Pero, en este caso, el mal es aún mayor. En efecto, por excluir á la mujer, la justicia resulta muy imperfectamente hecha. La equidad más elemental debería exigir, que en todas las causas el jurado, se compusiese de un número igual de hombres que de mujeres. Pero esto debería ser de rigor, sobre todo cuando se trata de un crimen pasional. Todo el mundo sabe que la justicia, para este asunto, deja mucho que desear. Los hombres son á veces escandalosamente perdonados, y las mujeres tratadas con una severidad extrema (3). Pues bien; la imparcialidad es no sólo útil para el sexo femenino, sino para los dos, pues la estricta justicia y la felicidad de las sociedades, son términos casi sinónimos.

Pasemos al trabajo de la mujer. Inmediatamente aparece uno de los más profundos ataques á sus derechos: la desigualdad de los sueldos. Los periódicos rusos han relatado ulteriormente un hecho muy característico. Una joven, disfrazada de hombre, había trabajado varios años en una fábrica. Cuando se descubrió su disfraz se le dijo por qué razón había obrado así.

(2) Razón tengo para afirmar que el dominio del derecho civil es ilimitado. Observo que he omitido hablar de una de las mayores iniquidades cometidas contra la mujer; la desigualdad de las sucesiones, en vigor aun en tantos países.

(3) Si se objeta que los jurados hombres, movidos por la sensualidad se muestran por el contrario más indulgentes hacia las mujeres, el mal existe de todos modos. Entonces las mujeres son las privilegiadas, y eso no es justo.

«Es muy sencillo, respondió ella; si yo hubiese venido aquí con faldas, se me habría pagado á razón de 80 céntimos todo lo más por día. Vestida de hombre, gano un rublo. Soy pobre y sola; esta diferencia es una fortuna para mí».

La moraleja de esta historia es sencilla pero lamentable. A igualdad de trabajo, la mujer está mucho peor pagada que el hombre. Y esto es un hecho de observación vulgar: no sólo el trabajo de la mujer no es siempre inferior al del hombre, sino que á veces le aventaja. Indudablemente la mujer es inepta para ciertos oficios que exigen fuerza física. De por sí ya se aleja ella de tales faenas. Pero para los oficios que puede ejercer, no se ve claro en qué aventaja el trabajo masculino al femenino. Y no obstante, el trabajo de la mujer se cotiza á dos tercios, á la mitad y aun al tercio del trabajo del hombre. Esta desigualdad resulta de que generalmente, se cree que el salario de la mujer, es sólo un apoyo para su familia. Y aun es tolerable esta cosa; pero ¡ay! con frecuencia lo que gana la mujer, no sólo sirve para mantenerse á sí misma y á sus hijos, sino también á su marido. Y tampoco en estos casos se le paga mejor.

Otra injusticia se comete con las mujeres que trabajan en las oficinas de las empresas privadas, ó de las administraciones públicas. Ante todo, solamente puede alcanzar los grados inferiores de la jerarquía. Así, aun en los grandes almacenes, los puestos elevados están reservados á los hombres. Y esto por la suposición de que las facultades de la mujer son inferiores. Sin embargo, es curioso que mientras se considera incapaz á la mujer, para dirigir por ejemplo, un departamento, se la tiene por perfectamente apta para dirigir toda la empresa. La señorita Arístide Boucicault, ha llevado las cuentas de los almacenes del *Bon Marché* con rara habilidad. Pero si hubiera querido limitarse á la sección de sederías, se la habría considerado incapaz para tan difícil cargo. ¡El colmo de la inconsecuencia! Y no obstante, esto se repite en todos los rangos de la jerarquía social. La mujer es declarada inepta para ser diputado y ministro, y en cambio se la considera perfectamente apta para dirigir á un estado, ya como reina, ya como regente. ¡Incapaz de dirigir una parte y capaz de regir el todo! ¡Buena lógica! La pretendida incapacidad de la mujer para las grandes empresas industriales, comerciales, y administrativas, es sencillamente un

prejuicio, una convención que no resiste á la crítica de los hechos positivos.

Pero admitiendo esta pretendida inferioridad, desde el momento en que se la admite para los trabajos subalternos, no se ve claro por qué, á igualdad de trabajo, debe percibir menor recompensa. Esto es un atentado no sólo á sus derechos, sino, lo digo otra vez, á su dignidad.

Consideremos ahora las profesiones liberales: la mayor parte de las que exigen una cierta dosis de responsabilidad, por ejemplo, el notariado, están cerradas para las mujeres. He aquí una injuria gratuita que también se hace á nuestras compañeras, y naturalmente, toda injuria es fuente de dolor. Para que la suma de felicidad correspondiente á la mujer, fuese igual que la del hombre, habría que admitir, por de contado, que todas las profesiones y todas las carreras, sin distinción alguna, son accesibles á ambos sexos, lo mismo que todas las escuelas. Los derechos civiles y políticos no deberían jamás basarse en el sexo, sino en la capacidad. Una mujer debería tener derecho á ser primer ministro, si tuviese el talento necesario para cumplir esta función, lo mismo que hoy tiene derecho á ser maestra de escuela.

¿Es necesario insistir más para convencer de que la incompatibilidad para ejercer todas las profesiones es una causa de sufrimiento para la mujer? Sobre este particular no cabe ninguna duda. No sólo la mujer está incapacitada para ganar el pan cotidiano, sino que se le hiere en su dignidad. Además, cuando se siente capaz de ocupar un puesto elevado y se le rechaza únicamente á causa de su sexo, esa iniquidad la llena de un sentimiento de odio y de amargura, que disminuye grandemente su felicidad.

V

Tras del derecho civil, pasemos al derecho político. Aquí también la mujer resulta maltratada: está casi por completo privada de los derechos del ciudadano. En primer lugar, queda fuera de esas grandes consultas nacionales, que deciden á veces, de los destinos de los pueblos: los plebiscitos. Si mañana, por un concurso de felices circunstancias, fuese posible solucionar la cuestión de Alsacia-Lorena por la vía del plebiscito, ¡los

hombres serían llamados á votar y las mujeres no! Suponer por un momento una alsaciana menos capaz de tener voto en tal asunto, que un alsaciano, es sencillamente una aberración mental. La mujer no es sólo tan patriota como el hombre; lo es más, si cabe. Y esto, en primer lugar, por una razón psicológica: el patriotismo es un *sentimiento*. Pues bien, todo el mundo reconoce que, en cuestiones de sentimiento, la mujer aventaja mucho al hombre. La vida íntima del corazón es el dominio propio, especial de la mujer. Por otras diferentes razones, la mujer siente la patria en mayor grado que el hombre. Se dice con razón que la nacionalidad está determinada por la lengua *materna*. La mujer es la que nos enseña á hablar, y, con el lenguaje, pone en nuestros corazones los primeros gérmenes del amor á la patria. La mujer tiene tanto más derecho á tener voto en las grandes cuestiones nacionales, cuanto que ella es la que asegura, en mayor parte, la expansión de la patria. Las anexiones políticas pueden hacerse por la acción de la fuerza bruta, es decir, por los cañones y los fusiles que manejan los hombres. Pero las conquistas *nacionales*, es decir, las asimilaciones que hacen las anexiones ventajosas y definitivas, no pueden verificarse sino por medios psíquicos. Los rusos han podido imponer su dominación en una parte de Polonia por la fuerza militar. En virtud de esta misma fuerza, han introducido su lengua en las escuelas, los tribunales y la administración. Pero, por estas medidas brutales, los rusos no han asimilado un solo polaco. Al contrario, han impedido su asimilación. Completamente diversa es la acción mental. Hacia la mitad del siglo XVIII, Francia conquistó moralmente á casi toda Europa. En esta época, todas las personas ilustradas hablaban francés. Pues bien, es fácil demostrar que esta expansión de la lengua francesa se debe, en su mayor parte, á la mujer. Ella es la que creó esa conversación culta, el salón y todos los refinamientos deliciosos de las costumbres, que aseguraron la supremacía de la cultura francesa. Esta dominación moral sería hoy acaso más extendida que hace dos siglos, si hombres como Bonaparte, Massena, Rapinat, Brune, Murat, Davout y tantos otros rudos y despiadados guerreros no hubiesen provocado, con sus conquistas y brutalidades, una fuerte reacción contra los franceses. Así, el hombre ha venido á deshacer la obra de la mujer y á detener la expansión de la nacionalidad francesa. Los Estados en que la mujer está subordinada, tienen una potencia civilizadora casi

nula. Los turcos no han podido asimilar los países que poseyeron durante más de cinco siglos.

La mujer es, pues, el artista principal de la grandeza de la patria (4). La mujer es también el más poderoso sostén de la patria. El corazón de la mujer es la roca inquebrantable, el macizo en que reposa la nación. Para no citar más que un ejemplo, recuérdese el heroísmo con que las madres polacas defienden su país contra la rusificación y la germanización. Allí donde los hombres habrían tal vez abandonado la lucha, las mujeres no desmayan un solo instante y están convencidas del triunfo definitivo.

Por todo lo que la mujer hace á favor de la patria, imagínese cuán doloroso será para ella no poder ejercer ninguna acción sobre los destinos del país. ¡Cuán ofendida en primer lugar, debe considerarse, al verse fuera de las solemnes consultas plebiscitarias! Se prohíbe, por decirlo así, á la mujer el ser patriota, cuando lo es por todas las fibras de su ser y á veces más que nosotros. Por la privación de los derechos políticos quitamos á la mujer uno de los mayores goces de aquí abajo, el de participar directamente en los destinos de la patria. El individuo se preocupa ante todo de sus intereses personales, luego de los del municipio y de la provincia. Cuando puede ejercer acción en los destinos de la asociación más elevada que existe aquí abajo, la nación, se siente engrandecida de orgullo y de fiereza. ¡Y nosotros arrebatamos á nuestras compañeras estas satisfacciones! Las rebajamos pues á un grado inferior de la jerarquía social, las humillamos haciéndolas sufrir tanto más cruelmente cuanto menos lo merecen.

Nuestras instituciones actuales están basadas en la opinión de que una Mme. Roland, por ejemplo, (que ha tenido durante algunos meses en sus manos los destinos de Francia), una Mme. Staël, una Berta Suttner, no son capaces de ejercer un voto político racional, y en cambio el último de los mozos de labranza, iletrado y estúpido, es capaz de ejercerlo. Esta opinión es tan absurda que por sí sola demuestra la gran imperfección de nuestras instituciones actuales. Salta á los ojos que la naturaleza no distribuye las capacidades según el sexo; nuestras instituciones deberían haber tenido en

(4) Y cuanto más se adelante, más. Pues el triunfo de la civilización supone la substitución de los medios morales, en las luchas humanas, á los medios brutales y coercitivos.

cuenta este hecho incontestable. Deberían haberse basado en realidades y no en ficciones.

Después del derecho de votar, casi todas las demás funciones políticas están prohibidas á la mujer. Por esto se les inflige una serie de sufrimientos que no sabemos tomar en consideración, pero que son muy serios. Ante todo, manteniendo á la mujer fuera de la política, impedimos su desarrollo intelectual. La forzamos á vivir en una especie de ilotismo mental. He aquí ciertamente lo más cruel que puede hacerse contra una criatura humana. En efecto, si la mujer tuviese los mismos derechos políticos que el hombre, desde el voto legislativo hasta la facultad de ejercer todas las funciones políticas (5), habría sido incitada á adquirir los conocimientos y las aptitudes necesarias para cumplir estos deberes sociales. Es natural que así habría aumentado su potencia intelectual. Ahora que la mujer permanece fuera de la sociedad, se considera á sí misma como una criatura inferior y se abandona á la inmoralidad del espíritu. Por otra parte, los hombres también la dejan tranquilamente que permanezca en este nivel inferior. Pero si la mujer tuviese derechos políticos, se habría sentido inmediatamente la necesidad de instruirla, como sucede con el hombre. Se habría hallado medio de proporcionarle una instrucción indispensable, en tanto que ahora los políticos no se cuidan de ello, pues no tienen necesidad alguna de la mujer. Luego, además del desarrollo intelectual, hay una cuestión de dignidad que es muy importante. Si la mujer tuviese los derechos políticos, se le prodigarían toda suerte de adulaciones para tener su voto. En una palabra, gozaría de una situación infinitamente superior á la que hoy día tiene.

Así, pues, privando de derechos políticos á la mujer, se detiene ante todo su desarrollo intelectual y se la priva de una serie de alegrías de gran valor (6), ó en otros términos, se disminuye de una manera sensible, la suma de su felicidad.

Nadie podrá negar que por encima del derecho político está el derecho penal. Este es la base de la sociedad, pues asegura al ciudadano el derecho de vivir. Ahora

(5) Veo sonreír á muchos de mis lectores, al pensar en un primer ministro con faldas. Y no obstante, es perfectamente natural que haya autócratas con faldas, como María Teresa y Catalina II, por ejemplo, que no desempeñan del todo mal sus cargos. ¡Oh rutina!

(6) ¡Qué mayor satisfacción que verse honrado! He ahí frecuentemente uno de los más poderosos motores de humana.

bien, desde este punto de vista elemental, la mujer es tratada con una injusticia verdaderamente escandalosa. El código francés autoriza al marido á matar á la mujer sorprendida en el acto de cometer adulterio. Así, aun en el seno de una de las naciones más civilizadas del globo, la mujer no está segura de su propia vida, amenazada á cualquiera hora del día. Ved al más vil asesino, al bandido que ha cometido infinidad de crímenes; sin embargo, no se le ejecuta antes de haberle dado medios de explicarse y de defenderse. Pero el primer marido colérico, puede dar muerte á su mujer sin que le castigue la ley. Es imposible que haya nada más infame contra la mujer, pues, en ciertas circunstancias especiales, se le rehusa hasta el derecho á la vida (7). Y lo que hace que esta injusticia sea aún más odiosa, es que es unilateral. El legislador no da en modo alguno derecho á la mujer, para que mate á su marido si lo sorprende en delito de adulterio, y castiga el adulterio de la mujer con penas más severas que el del marido. Así en Francia la mujer tiene de tres meses á dos años de prisión; y el hombre una multa de cien á dos mil francos.

VI

He relatado rápidamente los sufrimientos por que pasa la mujer. He omitido un gran número de ellos, y no obstante, este capítulo es ya muy largo. Nótese además que he hablado únicamente de la mujer europea, cuya situación es aún, á pesar de todo, relativamente muy elevada. ¿Qué decir de la mujer salvaje que cuando es joven es carne de placer y cuando es vieja se la mata como cosa sin valor? ¿Qué decir de las desgraciadas musulmanas que gracias al harem, son prisioneras du-

(7) Ultimamente leía una novela de Marco Praga: *La rubita*. Es la historia de un ingeniero que, al saber que su mujer lo engaña (obligada á ello para procurarse algún dinero), la mata de un tiro. El jurado lo absuelve por unanimidad. Esto parece perfectamente natural al autor. Precisamente lo contrario de lo que tendría que ser. La consecuencia racional de la violación del contrato conyugal debe ser la anulación de su contrato y en modo alguno el homicidio. El ingeniero en cuestión es un vulgar asesino y es preciso la profunda perversidad moral de nuestro tiempo para no comprenderlo así y para absolverlo.

rante toda su vida; de la mujer india, que padece desde su más tierna edad (8), de la china, mutilada para que agrade á los hombres? La suerte de las chinas es de tal modo horrible, que muchas se suicidan. Se necesitaría un volumen para describir la existencia lúgubre de la mujer en las sociedades salvajes, bárbaras y arcaicas. Naturalmente aquí no puedo extenderme más. Por otra parte, no es necesario, pues los escandalosos hechos que indico han sido expuestos muchas veces y son muy conocidos.

Si se desea resumir en algunas palabras el destino de la mujer, hasta nuestros días, puede decirse que ha sido la bestia de carga, la esclava, el instrumento de placer, la cosa y la propiedad del hombre. Y como si todos estos males no fuesen suficientes, añádase que la mujer es aún casi en todas partes, una menor de edad, una paria y una ilota.

Así, pues, nuestras instituciones quitan á la mitad del género humano, una parte considerable de la felicidad que debería corresponderle. Esto hace ver que nuestras instituciones son detestables.

En el libro siguiente expondré como debería estar organizada la sociedad para dar á la mujer la dicha á que tiene derecho, es decir, una felicidad igual á la del hombre.

Se ha visto que la imperfección de las instituciones, procede siempre del desconocimiento de la verdad. Así, pues, en las diferentes partes de este trabajo, debo indi-

(8) Los indios creen que si una mujer muere célibe, el alma de su padre debe ir al infierno. Naturalmente, los padres de familia, para evitarse esta terrible desgracia, no se dan punto de reposo para casar á sus hijas. Así se conciertan uniones á los 8 años y aun á menos edad. El matrimonio se consuma más tarde, en la época de la pubertad; pero desde que la joven se casa queda sometida á un régimen. No puede jugar ni distraerse como es propio de su edad. Debe conducirse como una esposa, estando sometida á las prescripciones impuestas por los ritos. En una palabra, la vida de la desgraciada mujer es un verdadero martirio. En la época en que quisiera desarrollar su persona moral y físicamente, se hace madre y baja á la tumba sin haber tenido ni por un momento la posibilidad de vivir para sí misma y de gozar del encanto de la existencia. Véase cómo el error causa el dolor. En efecto, si los indios no creyesen en la inmortalidad del alma ó en la vida monstruosa de que un Dios perfecto puede castigar á los inocentes en vez de á los culpables (en este caso el padre porque su hija no ha querido casarse), la mujer india no viviría sacrificada.

car los errores groseros sobre los cuales se funda la subordinación de la mujer. Uno de los más generalmente admitidos es la inferioridad corporal é intelectual del sexo femenino. Voy, pues, á examinar, antes que todo, esta cuestión capital. Luego pasaré á la exposición de mi tesis.

CAPITULO III

LA PRETENDIDA INFERIORIDAD DE LA MUJER

I

Los derechos de la mujer han sido violados de la manera más injusta, por que desde tiempo inmemorial, se la viene considerando como inferior al hombre, desde el punto de vista físico é intelectual. Si se demostrase que tal inferioridad no existe, la mujer adquiriría en la sociedad igual importancia que el hombre, y aumentaría su felicidad de una manera notable.

Importa pues, considerar con especial cuidado hasta qué punto la mujer es inferior al hombre. He aquí uno de los puntos más importantes de la cuestión. Solventada esta dificultad, las demás dudas habrán de aclararse inmediatamente.

Nunca se le ha ocurrido á una persona sensata, pensar que la tigre es menos sensata que el tigre, la camello menos inteligente que el camello, la cierva que el ciervo.

Estaba reservado á la especie humana, que ha producido las Hipatías, las Clemence Royer y las Sofía Kovalevsky, tener el sexo femenino inferior al sexo masculino. Es una particularidad de esta especie, y estoy por decir una excepción única, pues en el vasto dominio de la Zoología, las diferencias entre las facultades mentales de los machos y de las hembras, son completamente imperceptibles. La desemejanza de las fuerzas físicas, es también bastante rara. Puede deducirse de aquí, que en nuestro inmediato antepasado, el antropopiteco, se debía observar una semejanza completa entre las aptitudes de los sexos, como actualmente se observa en los monos antropomorfos.

Así, pues, en la época en que el antropopiteco ha adquirido esa inteligencia superior, que lo ha transformado en hombre, se ha establecido la desigualdad psíquica

de los sexos. Pues bien, basta representarse la marcha natural de la evolución, para ver desde luego, que la proposición precedente es contradictoria. En efecto, mientras que la mujer se elevaba, en tanto que pertenecía á la especie humana, se degradaba por ser del sexo femenino. Así pues, progresaba y retrocedía al mismo tiempo.

En realidad, en el hombre prehistórico, como en el salvaje moderno, no habrá diferencia intelectual alguna, entre el hombre y la mujer. La diferencia entre los sexos, no es un hecho de orden fisiológico ó psíquico, sino un hecho de orden *social*. La subordinación de la mujer, proviene de la diversidad de ocupaciones. Nadie como Letourneau, ha puesto en evidencia esta verdad, en el pasaje siguiente: «Desde la más remota antigüedad, dice, comenzó á establecerse entre los dos sexos de la especie humana, una cierta división del trabajo, destinada á acentuarse cada vez más, en el curso de la evolución social: al hombre la caza y la guerra; á la mujer la educación de los hijos y las ocupaciones domésticas y pacíficas. Esta división no fué rigurosa en un principio. La mujer primitiva, no era menos valiente y vigorosa que el macho, y frecuentemente le ayudaba á luchar contra los enemigos racionales é irracionales» (9). En virtud de las leyes biológicas, la función puede crear el órgano; pero la falta de uso puede hacer que se debilite un órgano ya existente. A consecuencia del hecho de que la mujer abandonó las ocupaciones violentas, modificóse su tipo fisiológico en cierta medida. La hizo más débil, pero más graciosa que el hombre.

Sin duda, ciertas condiciones sociales ejercen su acción durante siglos y pueden producir á la larga, transformaciones fisiológicas. Pero parece que la subordinación de la mujer, no tiene por origen su mayor debilidad muscular. Esta debilidad, por otra parte, como voy á demostrarlo ahora, no es tan general como se pretende. La sujeción de la mujer, tiene por origen ideas sociales. Precisamente durante un gran período de tiempo, la caza primero, y luego la guerra, han sido consideradas como las funciones más importantes de la sociedad. Como tales, han revestido un carácter especial de dignidad y de honorabilidad. Por el hecho de ser excluída, la mujer ha sido rebajada á los ojos del hombre.

Limitada á ocupaciones despreciadas, ha participado

(9) Véase la *Revue de l'Ecole d'anthropologie*, Septiembre, 1901, p. 278.

de la desconsideración en que se tenía á los trabajos domésticos, y entonces se ha arraigado en los espíritus la idea de una inferioridad fisiológica y mental. Este error, ha llegado á ser tan universal, que aun pensadores como Aristóteles, han afirmado que la mujer, era un hombre incompleto.

Pero la inferioridad de la mujer, no resiste un solo momento á la crítica, á los ojos de todo individuo que no esté completamente obcecado por las ideas tradicionales.

II

Si hay una verdad incontestable es esta: ni las buenas cualidades, ni los defectos de la especie humana, están distribuídos por sexos.

Consideremos ante todo, el vigor muscular. Precisamente, la falta de fuerza física, es, según se cree, la característica del tipo femenino. He aquí una cosa muy convencional. En realidad, aun en nuestros días, hay mujeres que tienen un gran vigor corporal y hombres que son débiles, como hay mujeres débiles y hombres robustos. Lo mismo que hay mujeres de estatura elevada y hombres bajos y viceversa. Generalizando se descubre que la ventaja no corresponde siempre al sexo masculino. «La obrera de la fábrica trabaja once horas al día, empleando cuatro para cumplir sus obligaciones domésticas, dice madame Szchirmacher (10). Las mujeres que en semejantes condiciones se obstinan en servir, merecen verdaderamente llevar el nombre de sexo fuerte».

Después de la fuerza muscular, uno de los atributos más particulares del hombre, es el valor físico. Se trata de *mujersuela* al que no tiene este valor. Pero aun en este caso, los hechos positivos no corresponden á las ideas corrientes. Hay mujeres mucho más valientes que los hombres. Varias se han distinguido en la guerra, dando ejemplo de bravura y aun de temeridad. ¿Cuántos individuos de nuestro sexo han sabido morir con tanta grandeza y heroísmo como Carlota Corday? En nuestros días, las mujeres boers, han desplegado un valor que les envidiarían los hombres más intrépidos. (Recuérdese á madame Joubert).

(10) La *Revue* del 15 de Febrero 1902, p. 401.

Por el contrario, un gran número de hombres son tímidos, timoratos, y aun sencillamente cobardes. En este caso, todo depende también de los rasgos individuales y en ninguna manera del sexo.

Pero, se dice, hay que olvidar las variaciones personales, y considerar las medias. Estas últimas son las que tienen importancia, pues son resultantes generales que indican una ley natural.

Semejante manera de ver las cosas es errónea, y debe combatirse con energía. Los datos promedios tienen importancia como procedimientos nemotécnicos. Son indispensables como medio de representación, dada la debilidad de nuestra inteligencia. Pero son puras abstracciones, sin ninguna realidad objetiva. Por esto no pueden aplicarse directamente á los fenómenos sociales, que son hechos concretos y reales. Suponed que se fuera á decir á la baronesa Dudevant (Jorge Sand): «Señora, como el término medio de la inteligencia femenina es inferior al promedio de la inteligencia masculina (11), debéis dejar de escribir vuestras maravillosas novelas, y entrar en el hogar doméstico, para dedicaros enteramente al cuidado de vuestro marido». La baronesa Dudevant habría podido responder con justo motivo: «Puede ser que la mayor parte de las mujeres, tengan una inteligencia inferior á la de sus maridos; pero esto no me preocupa nada. Yo soy una criatura de carne y hueso. No voy á sacrificar mi vida y á privar á mis semejantes, de la alegría de leer mis obras, solamente para obedecer á una abstracción. Pues mi marido, no es capaz de escribir una sola línea y sin duda alguna, yo estoy á cien codos por encima de él.»

Pero es que las cifras medias son frecuentemente engañosas, pues resultan de un escaso número de observaciones, mientras que sólo tendrían valor, aun cuando este fuera relativo, en el caso de que se considerase la *totalidad* de los individuos. El hecho innegable es que hay hombres débiles, como hay mujeres fuertes. Si se pudiese medir la fuerza muscular de todos los hombres y de todas las mujeres, ¿quién sabe si no se llegaría á un promedio sensiblemente igual en los dos sexos, compensándose las desigualdades de una y otra parte? Pero admitamos que medidas científicas exactas, diesen una suma inferior para la mujer; ésta no tendría importancia alguna en nuestro tiempo. En una antigüedad

(11) Admitiendo que esto estuviese probado, lo que está lejos de ser, según voy á tratar de demostrar

muy remota, la fuerza muscular podía desempeñar un papel social importante. Hoy en día es un factor casi enteramente despreciable y desde luego subordinado. La civilización se encarga de prescindir de ella. Aun en la guerra, su dominio propio, ocupa un lugar secundario.

La fuerza intelectual es la que hoy en día está en auge, la que gobierna el mundo, y es, pues, la única que hay que tomar en consideración.

Aquí está el verdadero nudo de la cuestión, según se ha comprendido desde hace mucho tiempo. Así, pues, desde los tiempos antiguos se ha basado la subordinación de la mujer, no en su debilidad física sino en su debilidad mental.

III

La idea de que la mujer es inferior al hombre desde el punto de vista de la inteligencia, se considera como verdad casi indiscutible.

Y no obstante esa pretendida verdad, no tiene fundamento alguno científico en que apoyarse. La psicología aun no ha pronunciado su única palabra. Hasta el presente, el método de estudio, ha sido casi generalmente, la introspección interna. Aunque este método haya tenido su utilidad, no puede negarse que es puramente subjetivo. Si una mujer viene y nos dice, que, después de haber escrutado profundamente su conciencia, se siente superior intelectualmente á todos los hombres pasados y presentes, ¿cómo convencerla de lo contrario? No puede hacerse por el método introspectivo, toda vez que este método la ha conducido á tal resultado. Es preciso ponerle delante hechos objetivos; pero esto equivale á abandonar el método de introspección. Se ve, pues, que la psicología no podrá *nunca* dar resultados ciertos, si no se vale del método experimental, de las observaciones objetivas. La psicología científica comienza á entrar en esta vía y ha dado ya preciosos resultados. Pero todos reconocen que se trata, hasta ahora, de débiles tentativas en un terreno casi completamente desconocido. Del complicado mecanismo se comprende todavía tan poca cosa, que apenas puede decirse que se han entrevisto sus rodajes fundamentales. Se sabe tan poco de cómo la substancia cerebral produce el pensamiento, que muchas personas continúan afirmando que no lo produce, que se trata de un hecho inmaterial. Como no conocemos el

mecanismo de la inteligencia, no podemos afirmar de una manera científica y positiva á qué aspecto exterior del cerebro está ligado. Se ha tratado de unir la inteligencia á la capacidad de la bóveda craneana, á su forma, al peso del cerebro, al número de sus circunvoluciones, al contenido de fósforo, etc. Pero en pura pérdida. A poco que se hubiera reflexionado habría podido comprenderse, por otra parte *a priori*, que todas las tentativas de este género, son completamente vagas. El mecanismo del pensamiento se realiza, en el dominio de lo infinitamente pequeño, casi en la millonésima ó billonésima de micro (12). Este dominio no será accesible tal vez nunca á la observación directa de nuestros instrumentos de óptica. ¿Cómo, pues, esperar que se revele el secreto de nuestras facultades mentales, en cosa tan relativamente enorme como la forma del cráneo ó el número de las circunvoluciones?

Uno de los hechos aparentes en que se ha tratado de basar la inteligencia, es el peso del cerebro, y como quiera que se ha observado que por término medio el cerebro de la mujer es más ligero que el del hombre, se ha decidido perentoriamente que la mujer es inferior.

Semejante modo de ver las cosas, es un tejido de errores. Hay cerebros femeninos más pesados que los masculinos (13). Si, pues, la inteligencia estuviese en relación del peso del cerebro, sería preciso reconocer, que ciertas mujeres son más inteligentes que muchos hombres. Pues bien, esta comprobación basta para legitimar todas las reivindicaciones feministas. Pues, si madame X tiene un cerebro más pesado que monsieur Z (y por lo tanto es más inteligente), ¿en virtud de qué razonamiento lógico se rehusaría á madame X, los derechos civiles y políticos de que disfruta monsieur Z, so pretexto de que madame X por ser mujer ha de ser inferior de inteligencia? Si hay mujeres más inteligentes que ciertos hombres, de aquí se deduce que nuestras instituciones, para ajustarse á la verdad, deberían establecer las distinciones según las capacidades individua-

(12) El micro, como se sabe, es la milésima de milímetro.

(13) A este propósito citaré un hecho bastante curioso relatado por M. C. T. Woodruff (*An anthropological Study of the Small brain of civilised man*). Un sabio ruso dió como prueba de la inferioridad de la mujer la pequeñez del cerebro. Cuando murió se le hizo la autopsia y se comprobó que tenía un cerebro más pequeño que el de la generalidad de las mujeres.

les, pero de ningún modo, según los sexos. Precisamente es lo que piden los feministas.

Pero el hecho mismo de que la inteligencia dependa del cerebro, es una afirmación arbitraria y gratuita sin el menor fundamento científico. ¿Pues cómo considerar este peso? «Si el peso absoluto del cerebro es menor en la mujer, dice L. Büchner (14), el peso relativo (comparado con el peso del cuerpo) es más bien algo mayor. La mujer, como es generalmente más pequeña tiene necesidad de un cerebro más pequeño para las necesidades de su vida motriz. Si no obstante, su cerebro es relativamente más pesado, esto demuestra que tiene mayor número de células aptas para la función mental».

Se ve pues, que, considerando sólo los factores aparentes, puede afirmarse que el cerebro de la mujer es más bien superior que inferior al del hombre. Pero repito que estos factores aparentes, no tienen la mayor importancia, porque todas las tentativas hechas hasta el presente para asociar la inteligencia á un aspecto exterior del cerebro, han fracasado por completo. Pero esto no impide, que haya gentes que se tienen por serias, que establezcan de una manera perentoria, una asociación entre los órganos de la generación y la inteligencia. Lo arbitrario traspasa aquí los límites de la extravagancia. Se sabe que el pensamiento está en relación directa con el aflujo de sangre que recibe el cerebro, pues tan pronto como este aflujo cesa, el hombre cae en un síncope, y la vida mental se detiene. A pesar de este lazo tan estrecho, á ningún fisiólogo se le ha ocurrido pensar que haya relaciones entre la morfología del corazón y la inteligencia. Pero constantemente se asocia la potencia mental con los órganos sexuales, aunque el cerebro tenga relaciones mucho menos directas con estos órganos que con el corazón.

No puede negarse que existe un lazo entre los órganos genitales, y lo que se llama caracteres sexuales secundarios. Así los eunucos no tienen barba, pero nunca se le ocurrirá á ningún fisiólogo considerar el cerebro como un carácter secundario influido por los órganos genitales. Y además, aun cuando fuera así, faltaría aún explicar por qué *solamente* los órganos genitales *femeninos*, disminuyen la inteligencia. Nunca ha podido demostrarse seriamente este hecho con argumentos biológicos. Por otra parte se comprende perfectamente que el cerebro de los hombres eunucos, no pierde ni adquiere

(14) *A l'aurore du siècle*. París Schleider, 1901, p. 128.

ninguna célula nerviosa después de la castración: su capacidad virtual no varía por esta circunstancia. Se ve, pues, que no hay correlación directa entre los órganos sexuales y la inteligencia.

Pero, se dirá, es indudable que el papel de la mujer en la obra de la civilización, es mucho más inferior que el del hombre. La mujer no ha tenido un Aristóteles, ni un Descartes, ni un Newton. Esto es cierto. Pero esto no lo discuto yo ahora. Sólo se trata aquí de saber si á consecuencia de su constitución fisiológica y psíquica, la mujer no ha producido ni producirá *jamás*, semejantes genios. No tenemos derecho á afirmarlo, por la sencilla razón que no conocemos aún los factores que hacen despertar la inteligencia. Pero desde el momento que nos es imposible demostrar que la mujer nunca se elevará á la altura intelectual del hombre, su esclavitud acaba. Sin ningún género de duda, jamás el buey tendrá tanta inteligencia como el hombre. Es, pues, natural, que el buey esté sometido al hombre. Pero no puede afirmarse que la inteligencia de la mujer, no será igual algún día, á la del sexo fuerte, so pretexto de que actualmente la inteligencia de ciertas mujeres, aventaje ya á la de ciertos hombres. Si es así, la desigualdad de los sexos, no está fundada en ninguna base científica y positiva. Proviene de antiguos errores, de ideas preconcebidas y de viejas rutinas.

Ciertamente hay mujeres que son verdaderas muñecas, hasta el punto de que uno se pregunta si tienen alma. Pero la cuestión es saber si son muñecas á causa de la naturaleza del sexo femenino, ó á causa de ciertas particularidades individuales, unidas al conjunto de las influencias exteriores. Si todo consistiese en la naturaleza del sexo, *todas* las mujeres habrían debido ser muñecas. Ahora bien, como no sucede así, fuerza es admitir la otra alternativa, es decir, que el carácter de muñeca es un sesgo individual.

Ahora quiero aclarar un concepto anterior. Sí, la mujer no ha producido hasta el presente ni un Descartes ni un Newton. ¿Es esto decir que no han nacido en nuestro globo, mujeres que tengan una **capacidad mental** igual á la de esos dos grandes espíritus? ¿quién osaría afirmarlo? Es preciso distinguir entre los actos y las virtualidades. Descartes y Newton, son el producto de dos factores; sus capacidades individuales y el conjunto de las circunstancias sociales que han favorecido estas capacidades. Si Descartes y Newton, siendo niños de poca edad hubiesen sido robados por piratas

berberiscos, si hubiesen sido educados en Argelia y allí hubiesen pasado su vida sin hablar más que el árabe, Descartes no habría escrito jamás el *Discurso del Método* ni Newton los *Principios matemáticos de la filosofía natural*. No obstante, los cerebros de Descartes y de Newton, hubiesen sido los mismos. Habrían contenido una idéntica potencia virtual. Este razonamiento es aplicable á la mujer. ¿Quién sabe el número de las que, en el período histórico, han nacido con facultades superiores, iguales á las de los hombres más notables? Pero estas facultades no están desarrolladas. Y yo no hablo aquí solamente de la instrucción, sino del conjunto de condiciones sociales en que vive la mujer. Puede ser, por ejemplo, que en la antigua Grecia hayan nacido mujeres con una potencia cerebral virtual, igual á la de Aristóteles. Pero esas mujeres, encerradas en los gineceos desde la más tierna edad, fueron puestas en condiciones tales, que perdieron la conciencia de sus capacidades. «Y sin embargo, había algo aquí», dijo Andrés Chenier, golpeándose la frente al subir á la guillotina. Pero cuando pronunciaba estas palabras, había dado ya sus frutos. Había sido uno de los primeros poetas de Francia. ¿Cuántas mujeres de genio ha habido probablemente en el mundo, sin que hayan entrevisto que tenían algo en la cabeza! Millares de ideas se agitan constantemente en el espíritu de los grandes pensadores. Las que trasladan al papel, son una parte mínima de las que elaboran sus cerebros. Las virtualidades de este órgano son siempre superiores á su producción. ¿Quién sabe cuántos pensamientos han atravesado los cerebros femeninos, y han muerto antes de ver la luz? En fin, hay que notar que las facultades femeniles, se han precipitado en el lecho que les prepara la sociedad. ¿Quién medirá nunca el genio que han desplegado las mujeres para domar al hombre, y hacerle esclavo de sus voluntades? Un ejemplo célebre: Roxelana *la risueña* (15), entró en el harem del sultán como simple esclava. Bien pronto reinó sobre Soliman el magnífico, tan completamente como éste reinaba sobre su imperio. En realidad esta mujer gobernó á Turquía en el momento en que este país llegó al apogeo de su potencia. Imagínese el genio que debió desplegar para colocarse en tal situación. Ciertamente fué superior no sólo á una María Teresa y una Catalina II, sino probablemente también á muchos soberanos á quienes la historia honra con el tí-

(15) Vivió de 1595 á 1561. Era rusa de origen.

tulo de grandes. Estas facultades superiores, desplegadas para conservar el poder se perdieron en intrigas obscuras, mientras que si hubiese sido un hombre, habría producido grandes obras. ¿Y en cambio quién conoce á Roxelana *la risueña*? Apenas algunos individuos que se ocupan de estudios históricos.

El ejemplo de Roxelana, es uno de los mejores argumentos en apoyo de mi tesis. Quiero decir, que la mujer reducida á una vida vulgar, despliega facultades extraordinarias, que permanecen necesariamente desconocidas. «Más ciencia y más cálculo he necesitado para ir saliendo, dice Figaro, que para gobernar durante cien años todas las Españas.» La mujer podría decir exactamente lo mismo. Pero si, desde la más remota antigüedad, las condiciones sociales, hubiesen impulsado á la mujer á desarrollar sus facultades, el balance de sus altos hechos, hubiese sido muy superior á lo que es hoy.

IV

Pueden darse pruebas directas. Desde que las condiciones sociales comienzan á ser más favorables para la mujer, se muestra en ella el talento. «En América, dice Mr. A. Dumont (16), la joven hace estudios más detenidos que el hombre. Sabe, por consecuencia, que se casará por sus cualidades personales, por su gracia, por su valor físico, por su educación, por su instrucción; trata de adquirir todo esto y lo consigue. Respecto á la belleza, al valor intelectual y moral, Michel Chevalier, hace sesenta años, proclamaba ya su superioridad. Parece que es á la mujer á la que hay que atribuir la tendencia de la sociedad americana hacia un ideal de lujo, de educación, de cultura física y moral». Imaginad que la situación de la mujer, desde los tiempos históricos, hubiese sido la que ocupa actualmente en los Estados Unidos. No hay duda ninguna de que, una porción de talentos femeninos, que se han perdido enteramente, se habrían manifestado á la luz del día. En estas circunstancias favorables, la colaboración de la mujer en la obra de la cultura humana, habría sido muy diferente y no creo que nadie hubiese declarado que la capacidad mental femenina, era inferior á la masculina.

No hay derecho á juzgar de las facultades mentales

(16) *Essai sur la natalité au Massachussets. Journal de la société de Statistique de Paris*, octubre y noviembre 1897.

de la mujer, sino en el caso de que se la considere en las mismas condiciones del hombre. Pues bien; todo el mundo sabe que, aun hoy día, y esto en los países más adelantados, la mujer encuentra numerosos obstáculos que la impiden desarrollar su inteligencia. No hay, pues, que extrañar, que la mujer haya producido tan pocas obras. Lo contrario sería más bien lo portentoso, en atención á las dificultades que ha tenido que vencer.

Pero supongamos que después de muchos años de igualdad completa, desde el punto de vista de los medios de instrucción, se demuestra que la mujer no tiene facultades especiales para las matemáticas ó para la arquitectura, por ejemplo. ¿Probará esto su inferioridad? De ninguna manera. Tener facultades diferentes, no significa tener facultades inferiores. Euler no hubiese sido capaz de escribir una ópera como Mozard. Esto no significa que Euler fuese inferior á Mozard, como la incapacidad del autor de *D. Juan*, para hacer cálculos matemáticos, no prueba que fuese inferior á Euler. Por mi parte, pienso que ninguna facultad mental tiene que ver con el sexo. Sofía Kovalevski, aunque mujer, tenía aptitudes matemáticas, superiores á la mayoría de los hombres. Pienso que la mujer dará con el tiempo, capacidades en todos los ramos del saber humano. (Varias se ensayan ya en la arquitectura con éxito). Pero, aun cuando una cierta división del trabajo mental, se operase en los sexos, esto no demostraría inferioridad, en el uno ni en el otro. Pues la apreciación del valor es siempre subjetiva, en una gran parte. Para un amante de la música, la facultad de escribir el *D. Juan*, tiene más valor, que la posibilidad de resolver las ecuaciones de cuarto grado. Para un matemático, al contrario. Así, si las facultades de la mujer son diversas de las nuestras, no hay derecho para afirmar que sean inferiores.

Después de haber tratado de demostrar que es imposible deducir la inferioridad de la mujer, por los datos de la fisiología y de la psicología, voy á pasar á una serie de argumentos de otro orden.

V

Se afirma que la inferioridad de la mujer, proviene de que debe ejercer la función de la maternidad. Se dice que la necesidad de tener hijos y de criarlos, impide el pleno desarrollo de la inteligencia.

No quiero aquí fijarme en el hecho de que muchas mujeres no tienen hijos, por diferentes causas. Hablaré de esto más tarde. En el capítulo XI. Quiero fijarme ante todo, en las objeciones de mis adversarios, y no consideraré aquí más que á las mujeres que tienen hijos y que los alimentan con su propia leche.

*Pongamos las cosas en el peor terreno. Supongamos que una mujer ha tenido 20 hijos. Propiamente hablando, el último mes de la preñez, y el que sigue al parto, son ya de por sí bastante penosos para considerarse como una enfermedad. Consideremos la vida de una mujer que haya alcanzado á los 60 ó 70 años. Habrá estado enferma 40 meses, de los 720 ú 840 que habrá vivido. ¿Pero cuántas mujeres tienen 20 hijos? Una escasa minoría (17). Puede decirse que el término medio de hijos, no excede de 5 ó 6. La mujer, pues, tendría 10 ó 12 meses de enfermedad.

Es una cantidad completamente despreciable. Hay hombres que están enfermos durante 12 meses de su vida, sin que se le ocurra á nadie sostener que su desarrollo intelectual se detenga. Hay genios que han realizado grandes obras, han tenido la salud más precaria y, por decirlo así, han estado enfermos durante toda su existencia (18).

En cuanto al período de la lactancia, si se adopta un régimen conveniente, la mujer no tiene necesidad de interrumpir sus ocupaciones, mientras lacta á su hijo. La prueba de que es posible, es que millones de mujeres lo hacen todos los días: las que trabajan en la tierra, las que se dedican á quehaceres domésticos, las que van á las oficinas, y las que siendo ricas, no quieren abandonar sus placeres.

La maternidad es sin duda más absorbente que la pa-

(17) Las natalidades excesivas se observan sobre todo en las nuevas colonias, como el Canadá ó el Brasil meridional.

(18) Hay que añadir, además, que los males que provienen de la preñez son ciertamente mucho menos dolorosos que ciertas enfermedades á que está sujeto el hombre. A consecuencia de la molicie, acarreada por la buena posición social, se teme la maternidad. Realmente en un estado natural y sano, la mujer da á luz en caso normal, sin grandes sufrimientos. ¡Cuántas mujeres del pueblo, después de haber echado al mundo un hijo, continúan sus quehaceres como si nada hubiese pasado! He aquí, por cierto, un hecho poco deseable: pero por otra parte tampoco hay que exagerar en sentido contrario. No hay que considerar sólo á las mujeres ricas, que al fin y al cabo son una minoría ínfima en la sociedad.

ternidad. Pero los conservadores exageran. Ante todo, muchas mujeres no tienen hijos. En este caso, todo lo que se dice á propósito de las mujeres que se consagran á la maternidad, es pura declamación. Pero, dado el caso que tengan hijos, ¿es verdad que la maternidad sea de tal manera dominante, que suprima por completo la vida individual? A nosotros, á los *hombres*, nos toca colocarnos en este punto de vista, cometiendo sencillamente un error subjetivo. Como la maternidad es para *nosotros* una fuente de dicha, nos inclinamos á considerar á la mujer únicamente desde este punto de vista. Esto indica la estrechez de nuestro espíritu y nuestra impotencia para elevarnos á la apreciación de los hechos, tales como son en la realidad.

Ultimamente ha caído en mis manos el folleto de un escritor alemán, que sostiene que la inferioridad de la mujer, proviene de la función de la maternidad (19). El autor comienza por decir que la joven es como una flor; pero que desde que se casa se marchita y por consiguiente, se transforma en un ser inferior al hombre (20). Notad ante todo que este argumento puede aplicarse igualmente al hombre. Sucede también que nosotros llegamos á una época en que nos marchitamos y en que no podemos ejercer seducción alguna sobre el otro sexo. ¿No podría decirse entonces que por esta razón nos convertimos en seres inferiores á las mujeres?

Pero la tesis del doctor Möbius no es tampoco verdadera en sí misma. Todo el mundo sabe que la mujer no se marchita inmediatamente después de casada: al contrario. La belleza de la mujer va en aumento de los 25 á los 30 años, y aun en muchos casos, el punto culminante de la potencia pasional, corresponde al período que media entre los 35 y 40 años. Esto es precisamente lo que nos pasa á nosotros. El joven de 20 años, tiene ciertamente una gracia llena de encantos y de atractivos; pero sólo hacia los 40 años, acaba por dar todo lo que puede de sí. Admitamos, no obstante, que la mujer se agosta después del matrimonio, ¿qué quiere decir esto? Que su seducción externa desde nuestro punto de vista sensual, ha disminuído. ¿Es inevitable que esta disminución del atractivo físico vaya necesariamente acompañada de una disminución de las facultades mentales? En modo alguno; pues no se ve claro la

(19) Dr. P. J. Möbius. *Veber den physiologischen Sduachiun des Weibes*, Halle C. Harhold, 1901.

(20) Páginas 58 y 59.

conexión de causa y efecto entre estos dos fenómenos. Por el contrario, para la mujer como para nosotros, la mentalidad debe necesariamente desarrollarse y sobreexcitarse, tan pronto como las facultades afectivas son relegadas á un segundo término. Y todo el mundo puede comprobar que es así. El punto culminante del desarrollo mental de la mujer, como el del hombre, tiene lugar hacia los 40 años.

El matrimonio, dice Möbius, disminuye la potencia intelectual de la mujer. Así durante todo el tiempo que se conserva soltera, buscando el elegido de su corazón, conserva un fuego y un ardor que la igualan al hombre. Pero tan pronto como el elegido ha sido hallado, se replega sobre sí misma, sus facultades se apagan, en una palabra, se convierte en una criatura inferior. «En la epopeya de los Nibelungos, todo el tiempo que Bruniselda permanece virgen, aventaja á todos los hombres; pero tan pronto como la conquista Sigfredo se convierte en una mujer como las otras» (21). Aquí el publicista alemán, se va por los cerros de Ubeda. Para que su teoría fuese verdadera, sería preciso que una joven se prendara de un solo hombre, y estuviese enamorada de él, hasta el fin de su vida. ¿Pero cuántos casos hay de esto? Seguramente uno por cada diez mil matrimonios. Los Filemón y los Beaucés, no se encuentran al revolver cada esquina. Todo el mundo sabe que las más grandes pasiones, son las que duran menos. Desde los 20 á los 40 años, la mujer, lo mismo que el hombre, puede ir constantemente en busca de un nuevo amor.

A consecuencia de esto, ella no tiende á bestializarse (22). Y luego las mujeres no mueren todas en el momento que dejan de agradar á los hombres. Un gran número de ellas (no se enfade el señor Möbius), cometen la indiscreción de vivir mucho más tiempo. Precisamente es en el momento en que acaba su florecimiento físico, cuando la mujer ejerce mayor influencia social. Primero, como colaboradora en todos los géneros de la actividad humana, luego como educadora de sus hijos (23).

(21) Op. cit. p. 59.

(22) Este es el equivalente más exacto de la palabra alemana «versimplen» de que se sirve nuestro autor poco galantemente.

(23) Si la mujer se casa hacia los 20 años, cuando sus hijos sean adultos, ella tendrá de 40 á 50 años. Pues bien precisamente en la adolescencia y hacia la época de la juventud, los gérmenes intelectuales y morales inculcados por las madres tienen mayor influencia sobre las generaciones futuras.

Todavía puede sacarse una conclusión de la tesis de Möbius, y es que basta á las mujeres conservar la independencia de su corazón, para gozar siempre de sus facultades intelectuales. Así una cortesana, que es del último que llega, pero sin entregarse duraderamente á nadie, no peligraría de «bestializarse».

Un último argumento: Möbius dice que la mujer pierde sus facultades, tan pronto como encuentra el objeto de su amor. Pero no podrá afirmar que, á partir de este instante, el número de las células nerviosas, disminuye en su cerebro. Pues si afirmase esto, debería reconocer también, que, si la mujer pierde tal objeto (ya porque deje de estar enamorada, ya porque tal objeto muera), el número de las células nerviosas debe aumentar, lo que es absurdo. Así, pues, después de haber encontrado al elegido, el cerebro de la mujer, sigue siendo desde el punto de vista fisiológico, exactamente lo que antes era. La única diferencia estriba en que, por el influjo de nuevas circunstancias, tales células funcionan de diferente modo. Es imposible hallar un argumento más favorable para la tesis que yo sostengo; á saber: que las facultades intelectuales de la mujer, no son inferiores á las del hombre, sino que están encogidas á causa de las condiciones sociales.

Si el señor Möbius establece sus teorías, fundándose en casos prácticos, demuestra sencillamente que no quiere tomarse la molestia de ver más horizonte. Puede darse el caso de que muchas mujeres alemanas, estén rebajadas por la vida de familia. Pero el señor Möbius no tiene razón para considerar que este orden de cosas, sea el estado natural de la especie humana. Al contrario: que se da en diferentes países y épocas.

Por otra parte, y aún en Alemania en la época actual, un gran número de mujeres, no se dejan aniquilar por el matrimonio, y continúan desplegando en la vida de familia, una fecunda actividad. Estoy convencido de que la igualdad de los sexos, triunfará en Alemania, como en todas partes. Y si el señor Möbius, pudiese despertar de aquí á un siglo, se convencería que sus teorías quedaban desmentidas por los acontecimientos.

A prestar oído al señor Möbius, parecería que la mujer debe esforzarse por permanecer virgen, toda vez que así conservaría su mayor potencia intelectual. Mas he aquí que de pronto nos encontramos con que dice todo lo contrario. «Si la mujer no se consagra al servicio de

la especie, enferma y degenera (24). ¡Pobres mujeres! Si se casan, se «bestializan», si permanecen vírgenes, «degeneran».

Sin hablar de las irregulares contradicciones en que incurre el señor Möbius, puede demostrarse que su opinión suscita más objeciones que palabras tiene el folleto.

¿Por qué la mujer no puede servir á la especie sino por la maternidad, mientras que el hombre puede servirla de otra manera? Nos es indiferente saber si Shakespeare tenía hijos ó no. Su importancia proviene de sus dramas, y no de su progenitura. También nos es indiferente saber, si madame Dudevant (J. Sand) tenía ó no hijos. Su importancia proviene de sus novelas. Aun aparte de las obras de espíritu, la mujer puede servir á la especie, sin necesidad de parir. Una hermana de la caridad no es menos útil que una madre de familia.

Pero el mayor error del señor Möbius consiste en creer, que la mujer sólo sirve á la sociedad por la procreación. Para que la sociedad progrese, es preciso que se establezca en su seno, una diferencia de las funciones. Es preciso que un número de escogidos, crea las ideas y tome las iniciativas, (poco importa que ese número esté compuesto de hombres ó mujeres) y es preciso una masa de individuos modestos, que se consagren más particularmente á las funciones fisiológicas y económicas. Precisamente esos hombres mediocres, son buenas gentes que hacen muchos hijos y los educan con esmero. El padre de familia, hace *pendant* con la maternidad, practicada por las mujeres, cuyas facultades mentales no se elevan sobre el montón. Pero cuando la mujer tiene un gran talento, su maternidad no tiene importancia para la sociedad. La sociedad perdona á un gran escritor ó á un inventor, ejercer las funciones de familia, á causa de su valor mental, y no á causa de su sexo. Pero si todos los hombres se dedicasen á los deberes de la paternidad, el mal sería tan grande para la nación, como si todas las mujeres se dedicasen á los deberes de la maternidad.

El señor Möbius no tiene razón al pretender que la naturaleza, castiga sólo á la mujer, cuando no quiere servir á la especie haciendo hijos. La naturaleza no es parcial ni antifeminista. Es la justicia personificada. El hombre que se entrega al celibato perpetuo, experi-

(24) Op. cit. p. 55.

menta tantos trastornos, como la mujer que permanece virgen.

Lo que precede me parece demostrar de un modo evidente, que la mujer no está rebajada intelectualmente, por las funciones de la maternidad.

Así pues, la mujer no tiene menos aptitudes virtuales que el hombre: no hay en ella inferioridad fisiológica ni psicológica.

«Todos los descubridores de verdades, todos los que han inventado algo útil, dice Tarde, han sido en la antigüedad hombres libres; los esclavos no inventaban nada» (25). Pues bien, los esclavos en la antigüedad eran exactamente de la misma raza que sus amos. Todo ciudadano que era hecho prisionero de guerra, ó capturado por los piratas, podía ser vendido como esclavo. El divino Platón había sufrido este infortunio. «Los ciudadanos libres debían su superioridad inventiva á las ventajas de su situación, añade monsieur Tarde, y nunca á su superioridad de raza» (26).

Esto se aplica exactamente á la mujer; es de la misma especie que el hombre, su cerebro contiene un número parecido de células. Si su producción intelectual ha sido inferior hasta nuestros días, depende de las desventajas de su situación. Así es evidente que su pretendida inferioridad, no se basa en ninguna razón científica. Pero entonces su esclavitud, que está fundada sobre esta pretendida inferioridad, no se apoya en último resultado más que en un sencillo error (27).

Concluyamos.

A consecuencia del predominio de la fuerza brutal, en el período de salvajismo primitivo, la mujer es la cosa del hombre, su esclava, su propiedad. Cuando el salvajismo fué substituído por un régimen inspirado, en cierta justicia y seguridad, la mujer hubiera podido emanciparse completamente. Pero el espíritu tradicionalista y rutinario del hombre, se opuso á ello. Pero la iniquidad de las instituciones fué en un momento dado, una cosa evidente para todos. Entonces se trató de justificar

(25) *Psychologie économique*.

(26) *Ibid.*

(27) Se habla siempre de la inferioridad mental de la mujer. No obstante todo el mundo conoce las innumerables tragedias que ocurren en la sociedad á causa de la diferencia de ideas y de creencias religiosas entre personas que tienen á veces el mayor atractivo entre sí. Si la mujer fuese un ser tan ligero, tan superficial y tan nulo como se pretende, esas tragedias y esas rupturas dolorosas no se producirían jamás.

la sujeción de la mujer, declarándola inferior intelectualmente al hombre. Hízose este descubrimiento, para legitimar una iniquidad condenada por la conciencia. La mujer está actualmente en una situación subordinada, pues en ella ha sido mantenida durante muchos siglos, por nuestros groseros é ignorantes antepasados. Puedo dar una curiosa muestra de este razonamiento rutinario. Ultimamente, he leído en un periódico que el sufragio político de las mujeres, había tenido malos resultados en nueva Zelanda. Pues bien, cuando se ha establecido el sufragio universal en Francia y en otros países, y cuando ha producido malos resultados, se ha atribuído á la ignorancia de los electores, á su indiferencia, á su inmoralidad, etc. Nadie ha dicho que esto provenía del sexo. ¡Pero cuando se trata de mujeres, la culpa de todo la tiene el sexo!

Con la esclavitud de la mujer, pasa como con la guerra; nuestros limitados y groseros antepasados, han obrado así creyendo que era el medio más rápido de adquirir riquezas, y de solventar dificultades. Cuando los hombres han comprendido que esto era falso, debieran haber proclamado la inutilidad de la guerra. Pero no lo han hecho así por rutina. Entonces es cuando han hecho este escandaloso descubrimiento: el asesinato y el robo, son procedimientos infalibles de moralización.

Una palabra más.

Admitamos por un momento que la mujer fuese inferior al hombre ¿nos autorizaría esto á condenarla á una eterna desventura? Es soberanamente injusto, pues si la mujer tiene facultades modestas, no es por su culpa: ¡qué más querría ella que tener un prodigioso talento!

Hay hombres manifiestamente inferiores al término medio de sus semejantes. Y no por eso se les priva de los derechos civiles y políticos. ¿Y por qué no se hace esto con la mujer? Seamos lógicos. Si la mujer es realmente más débil y más limitada, habría que asegurarle ante todo, ciertas ventajas y ciertos privilegios, á fin de que pudiese luchar contra los hombres que le son superiores en inteligencia. Es preciso sostener y ayudar á los débiles, y no abrumarlos con cargas superiores á sus fuerzas, precisamente á causa de su debilidad.

LIBRO SEGUNDO

El orden social conforme á la naturaleza de las cosas

CAPITULO IV

EL DERECHO PRIMORDIAL DE LA MUJER.

Ahora voy á exponer cómo habría que organizar la sociedad para procurar á la mujer la cantidad de dicha que necesita. Pero haré observar, desde ahora, (desarrollaré esta idea más lejos, en el capítulo XV), que las soluciones racionales aquí propuestas, interesan igualmente al hombre. En efecto, creer que puede violarse los derechos imprescriptibles de una mitad del género humano, sin que esta colosal injusticia influya en la otra mitad, es el error más grosero en que pueda incurrirse. Si nuestras instituciones actuales quitan á la mujer una parte de su felicidad, quitan también al hombre una parte considerable de dicha.

Pero me veo detenido por los admiradores fieles de la moral antigua. «¿Qué, proclamáis que el goce es el único objeto de la vida? Caéis en el materialismo más degradante, sois un epicúreo». No se trata aquí de materialismo, ni de optimismo, ni de endominismo, ni de epicureísmo; se trata únicamente de la verdad. No soy yo el que proclamo que el goce es el fin de la vida, es la naturaleza entera. Es sencillamente la expresión del hecho biológico más indudable y vulgar; el ser vivo huye del dolor y busca el placer. Negar este hecho, es caer inmediatamente en la contradicción. En efecto, el sufrimiento disminuye la vida, y, llegado á un cierto grado de intensidad, la suprime. No admitir que el fin de la vida es la alegría, es admitir que el fin de la vida

es su propia destrucción. El goce es el fin de la vida, porque es la condición misma de ella, la trama por decirlo así. Es alegría todo lo que favorece el crecimiento de la intensidad vital, sufrimiento todo lo que la disminuye. Si un hombre pudiese hallarse constantemente en buen estado de salud (y no sufriese nunca ninguna enfermedad), sería inmortal. Por otra parte si un hombre es afectado de una enfermedad tan dolorosa que le prive completamente de gozar, será arrastrado al suicidio, y si no tiene valor para ello, llamará á grandes gritos á la muerte. El dolor es una muerte parcial, una disminución de vida; su opuesto, el placer, es un crecimiento de vida.

Esta verdad está oscurecida por la ciencia, en la inmortalidad del alma. Pero esta creencia no contradice en ninguna manera, el hecho fisiológico. La sanción de la moral laica es exactamente la misma que la de la moral religiosa: el goce. Solamente que en esta última, se transporta el goce á la vida futura. El místico, que pasa su vida terrestre infligiéndose tormentos y privaciones, no tiene otro fin más que el goce. Cree ganar el paraíso por las maceraciones y flagelaciones. El paraíso es la bienaventuranza absoluta durante la eternidad, es decir, el más alto goce que pueda concebirse. Se dirá acaso que el creyente hace el bien no para ganar el paraíso, sino para conformarse con la voluntad de su Dios. Pero, á menos de suponer que su Dios es ilógico, (lo que es una horrible blasfemia) es preciso que recompense á los que han obedecido á sus mandatos. Obedecer á Dios es, pues, siempre tender al paraíso.

Volvamos ahora á mi tesis.

El error engendra el dolor. La verdad puede únicamente producir la felicidad. Si quieren establecerse las instituciones sobre una base benéfica es preciso abandonar toda idea preconcebida y estudiar los hechos de una manera objetiva. La verdad no es otra cosa que el conocimiento preciso de la naturaleza.

Las relaciones sexuales, son el factor principal que regula el destino de la mujer. Por esto, en tanto que es una fuente de voluptuosidad, ha sido reducida por el hombre á una cosa, á una propiedad. Y por esto precisamente es desgraciada. En efecto, desde el momento en que el fin de la existencia de un ser, no es su propio goce sino el goce de otro, ese ser pierde su personalidad, es decir, la posibilidad de la dicha completa.

Las relaciones sexuales son las que debo examinar aquí, en primer lugar.

Para adquirir nociones exactas sobre estas relaciones, es preciso de toda necesidad estudiarlas directamente, sin dejarse sugestionar por ninguna consideración económica, política, religiosa, etc. Pues si no se obra así, no se practica el método racional de investigación, reconocido como indispensable, en todo estudio serio. Cuando un astrónomo observa la marcha de un cuerpo celeste, deja de lado las consideraciones de orden económico ó religioso. Hagamos como los verdaderos sabios, si queremos descubrir y formular la verdad.

Pues bien, desde que se estudian las relaciones sexuales de una manera puramente objetiva, se ve inmediatamente que algunas de ellas, producen el mayor paroxismo de placer, mientras que otras, por parte de la mujer, producen una pasividad fría, exenta de toda satisfacción ó acompañada de una dosis más ó menos fuerte de disgusto, es decir, de sufrimiento.

Pues bien, cuando se busca la causa que produce esa felicidad intensa en las relaciones sexuales, se llega á descubrir que el ser humano es un conjunto de órganos de diversa naturaleza. Estos órganos producen una serie de fenómenos, que tenemos la costumbre de dividir en fisiológicos y psíquicos. Pero estos dos géneros de fenómenos, están íntimamente ligados entre sí. Su independencia es completa, y en buena filosofía, cuando nos hallamos desembarazados de la carga metafísica de nuestros antepasados, comprenderemos que no hay línea de demarcación entre lo fisiológico y lo psíquico. El ser humano es uno. No es un compuesto de dos principios antagónicos, el alma y el cuerpo, sino de un principio único que funda todas las manifestaciones vitales en una admirable y maravillosa armonía.

Esto dado, observamos que ciertas criaturas humanas de sexo diferente, experimentan en ciertos momentos unas por otras, ese atractivo especial que se llama amor. Las primeras manifestaciones son de orden psíquico (á esto se llama *gustar*.) Después si las circunstancias son favorables, el atractivo es cada vez más poderoso y se extiende á la persona entera. El alma y el cuerpo, vibrando al unísono, pueden producir la sensación de felicidad más deliciosa y más completa que puede experimentarse aquí abajo. La unión sexual, conforme á las verdaderas leyes de la naturaleza, es, pues, la que se cumple entre dos individuos que se atraen mutuamente, y en el momento en que se atraen.

Tales son las condiciones verdaderas de las relaciones

sexuales. La moral social debería pues decir á la mujer :

Por el hecho de haberte entregado al hombre que amas y que te ama, de haberte abandonado á él, en el momento que vuestros corazones rebotaban afecto, mereces un tributo de simpatía y admiración. Tu conducta es noble, grande, bella. Por haber obrado así, serás honrada durante tu existencia entera. Si más tarde tienes un hijo, en que depositarás el más dulce perfume de tu alma, este hijo te recordará constantemente un minuto de felicidad moral y física, que te llenará de alegría y de orgullo. Y porque este niño ha sido concebido en ese momento, te honraremos más. No sólo habrás cumplido al ponerlo en el mundo la función más alta y más magnífica de la mujer, sino que lo habrás hecho de aquella manera que eleva todo tu ser físico, hacia las esferas más espléndidas del ideal humano. Tendrás el orgullo y la satisfacción de decir que tu hijo, es un hijo del amor. Lo habrás concebido no como en las especies animales inferiores, por simple contacto material, sino en un delirio en que las fibras más delicadas de la voluptuosidad, habrán vibrado al unísono, con los sentimientos más tiernos, más profundos, más magníficos de tu alma».

Cuando la moral oficial hablará ese lenguaje, las instituciones que regulan las relaciones sexuales, estarán basadas sobre la naturaleza de las cosas, es decir, sobre la verdad. Esas instituciones producirán la mayor suma de felicidad posible.

Pero se dirá que el matrimonio en su forma actual será entonces suprimido. Precisamente. Ese es el nudo de la cuestión. Las instituciones humanas, para ser bienhechoras, deben conformarse á la naturaleza de las cosas, y no ir contra ella y violentarla; la unión sexual, es un acto fisiológico y no social. Este acto debe cumplirse en el misterio y la sociedad no debe meterse á reglamentarlo. Puede tener por consecuencia el nacimiento de un hijo y por esto puede originar relaciones sociales numerosas y complejas. La sociedad debe intervenir para regular estas relaciones, pero sólo en este caso (28). Las instituciones sociales deben tener tan sólo presente, la felicidad de los seres humanos. Si, pues, las formas actuales del matrimonio, tienen por resultado privarnos de los más grandes goces que existen en la tierra, tales formas son imperfectas y hay que cambiarlas.

(28) Véase el cap. IX.

El hecho natural es que la voluptuosidad adquiere su punto culminante, cuando la unión sexual se realiza en el momento del amor (29). Las instituciones sociales, deben conformarse á esta realidad.

En la sociedad organizada de una manera racional, (tal como lo será necesariamente tarde ó temprano), la joven que se habrá entregado por amor, no experimentará ninguna vergüenza ni remordimiento. Por el contrario, tendrá la alegría más intensa al comprender que se ha elevado, ennoblecido y transfigurado.

El error capital que hay que desarraigar de nuestros espíritus, es que sea culpable tener relaciones sexuales, sin haber antes recibido la sanción de la sociedad. Notemos ante todo que este hecho es considerado punible, solamente para la mujer. Esto basta para demostrar que la pretendida culpabilidad, es una pura aberración. Pues si se trata de un hecho *natural*, la culpa es de los dos sexos. Un asesinato hace el mismo mal, ya sea cometido por un hombre que por una mujer; ni más ni menos. Cuando se trata de un hecho natural, la igualdad de los sexos, surge necesariamente. Así la culpabilidad de la mujer en caso de amor libre, es sencillamente un prejuicio social, basado en un error y que tiende á la desigualdad.

Sería verdaderamente absurdo creer que pudiera caer la deshonra sobre un hombre, al alimentarse sin la autorización previa de un funcionario público, toda vez que la nutrición es un acto fisiológico que no depende de las autoridades sociales. Pues también es absurdo pedir la

(29) Se sabe que el estado psíquico del hombre tiene una gran influencia en ciertos fenómenos puramente fisiológicos, como la secreción del jugo gástrico por ejemplo. Una comida se digiere tanto mejor cuanto más agradables y más alegres son las condiciones en que se realiza. El carácter de este trabajo no me permite entrar en consideraciones de orden fisiológico respecto al amor. Lo siento, pues las cuestiones serias merecen ser estudiadas á fondo. Pero como he de hablar en este libro de cosas sumamente delicadas, me veo obligado á mantenerme en una gran reserva á fin de que no puedan atribuírseme aficiones frívolas que jamás he tenido al escribir estas páginas. Por lo demás no tengo nada que enseñar á los lectores que saben de lo que hablo. En cuanto á los que lo ignoran, me permito recomendarles un librito escrito sin la menor intención erótica: *Breviario del amor experimental* del Dr. Guyot (París, Flammarion). Una palabra solamente. Muchas mujeres ignoran que hay en el amor un punto supremo de intensidad que va seguido de un aplanamiento de los sentidos. Viven, pues, en un estado perpetuo de ansiedad que á veces produce trastornos nerviosos y mina su salud. Estas desgraciadas son víctimas de nuestra moral errónea.

autorización á los magistrados, para llevar á cabo ese otro acto de naturaleza más íntima, cual es el amor.

Tal deberían de ser nuestras ideas sobre la unión social, para que se ajustasen á la verdad. Si fuese así, millares de sufrimientos se ahorrarían á millones de criaturas humanas, ó en otros términos, la suma de felicidad aumentaría infinitamente sobre la tierra.

En realidad, si se va al fondo de las cosas, se descubre que no podemos nunca sustraernos de los mandatos imperiosos de la naturaleza, ni desconocer sus leyes. No se admite aún de una manera oficial la legitimidad absoluta de la unión libre; se declara que es el colmo de la inmoralidad. Pero una voz secreta nos dice con fuerza irresistible, que ahí está la orden verdadera y por lo tanto moral. Aunque nuestro espíritu esté pervertido y deformado por sotanas seculares, sentimos en lo profundo de nuestro ser, la simpatía más tenaz y el respeto más absoluto por la mujer que se entrega al hombre que ama, y en el momento que lo ama. Estas mujeres se califican de heroínas y en las escenas en que se describen los abandonos debidos á la verdadera pasión, nos impresionan deliciosamente. Leyéndolos, sentimos nuestro corazón vibrar con potencia. Y provocar en nosotros emociones armoniosas justamente porque están conformes con la naturaleza, mientras que la descripción de todo lo que es contra natura (hablo aquí de las perversidades de todo género), provoca en nosotros un asco indecible. Las mujeres que han obedecido al amor, están colocadas por nosotros en un empíreo de gloria y de poesía; Eloísa, Francesca de Rimini y tantas otras. Estas mujeres no están consideradas por la iglesia, pero lo están por el consentimiento general de la humanidad. El amor pone en las frentes de esas heroínas, una aureola de gloria y de luz.

Consideremos ahora las relaciones sexuales desde el punto de vista del hijo. Aquí también nos encontramos con aberraciones colosales.

Sería preciso establecer, como base fundamental de la sociedad humana, que en ningún caso el nacimiento de un hijo, acarrea el menor deshonor para la madre. Así, en tanto que el nacimiento del hijo sea considerado como un estigma para la mujer, el mundo estará sumido en la desgracia y en la barbarie (30). El nacimiento de

(30) En el fondo, barbarie y sufrimiento son términos sinónimos, pues la civilización de un país se mide por la cantidad de goces que corresponden á sus habitantes.

un hijo, debe ser siempre para la mujer, en cualquier circunstancia, un motivo de respeto y simpatía de todo el que la rodee. Pues se trata de un acto natural mientras que las formas del matrimonio pueden ser falsas y pasajeras.

Es fácil refutar los argumentos que podrían presentarse contra esta idea. En efecto, si el nacimiento de un hijo pudiera ser un deshonor *real* (¡singular afirmación!), uno se siente indignado al escribir enormidades semejantes. Pues como ya he dicho, en las cosas reales, son iguales los sexos. El robo es tan degradante para el hombre como para la mujer. Pues bien, si el hombre no se deshonra fuera de nosotros por haber engendrado un hijo fuera del matrimonio, prueba que el deshonor de la mujer en iguales circunstancias, es un puro convencionalismo.

Se dice que la igualdad de los sexos es imposible, porque el amor no tiene ninguna consecuencia para el hombre, mientras que puede tener una y muy importante para la mujer: la maternidad. Las personas que razonan así, caen en un profundo error. Y es muy singular que tal error no haya sido refutado de una manera definitiva.

En efecto, lo que establece la desigualdad de los sexos, lo que causa el sufrimiento particular de la mujer, no es el hecho fisiológico, sino el hecho social. Faltando complicaciones anormales, la mujer soporta el embarazo y el parto sin demasiado dolor. No son pues los males naturales los que molestan. No, lo que causa el cruel infortunio de la mujer, es que está *deshonrada* por haber dado á luz un hijo fuera del matrimonio. Es la vergüenza de ese deshonor lo que la tortura y lo que la impulsa hasta el suicidio. Ahora bien: ¿qué es el deshonor? Un estado particular de la opinión pública, respecto á un individuo. Pero una opinión no es un hecho de la naturaleza, es un modo de opinar subjetivo. Si la opinión considerase al hombre que ha engendrado á un hijo fuera del matrimonio como deshonorado, ese acto tendría consecuencias tan crueles para el hombre como para la mujer. Se ve pues, que no es en modo alguno la naturaleza sino nuestras ideas actuales, las que producen la desigualdad de los sexos, desde el punto de vista del hijo.

Y ved con qué injusticia tratamos á nuestras desdichadas compañeras. La naturaleza les ha dado la función de la maternidad. Parecería que se debiera colmarlas de satisfacciones morales y sociales, para compen-

sar sus sufrimientos físicos, prodigándoles pruebas de afecto y de simpatía y respeto. ¿Y en cambio qué se hace por las desgraciadas madres solteras? Se les condena á la vergüenza y al desprecio.

Esto basta para demostrar cuán odiosas é insensatas, son nuestras instituciones actuales. Siendo la base del orden social, que ninguna criatura humana se vea privada de la suma de felicidad que le corresponde, el amor debe ser considerado como el más sagrado é imprescriptible de todos los derechos. Pues si la juventud transcurre sin las fulgurantes emociones de la voluptuosidad, la vida ha fracasado por completo.

Ahora considerad lo mal organizadas que están nuestras sociedades. En lugar de alegrarse de que la mujer tenga el máximum de felicidad posible, en lugar de asegurarle el placer, se hacen esfuerzos porque éste sea una parte mínima.

¡Y es una desigualdad que indigna! Tomemos un caso de los más frecuentes. Un joven y una joven se adoran. En un momento de éxtasis, la muchacha se entrega á su amante. Más tarde el amor pasa, y la pareja se separa. El hombre continúa el curso normal de su vida, la mujer está deshonrada. Caen en la vergüenza y en el desprecio. Así la felicidad intensa de algunos meses no tiene consecuencias para el hombre. Pero la mujer debe pagar á veces con el infortunio, algunos raros momentos de felicidad. Ideas que tienen consecuencias tan nefastas, son necesariamente el colmo del absurdo.

Yo conocí una vez una señora que se había quedado viuda hacía algunos años. Era encantadora y muy capaz aún de inspirar pasiones. Pero no deseaba volverse á casar. Se veía obligada á vivir en una soledad absoluta, pues, decía ella: «Si yo tuviese un hijo me mataría». En efecto, si en nuestra sociedad se sabe que una señora sin marido tiene un hijo, se despierta la malicia primero y luego viene la deshonra. Precisamente lo contrario de lo que debería ser. Como el nacimiento de un hijo puede ser precedido de una serie de emociones deliciosas, la sociedad debería alegrarse de que la mujer las haya sentido. Debería, pues, aprobar por buena y por moral una conducta que ha tenido por consecuencia aumentar la suma de dicha. Debería reprobar por mala é inmoral una conducta que condujera al resultado opuesto. En efecto, querer la extensión del sufrimiento, es querer el triunfo del mal. Es inmoral desde luego, que el sufrimiento de un miembro de la sociedad, sea á costa de una alegría mayor procurada á otros miembros.

Desde este punto de vista puede comprenderse cuán falsas son nuestras ideas sobre la constancia y la inconstancia.

La inconstancia puede acarrear males muy crueles, al amante que permanece enamorado durante largo tiempo. Más adelante consideraré este caso particular. Pero generalizando, es preciso reconocer que la constancia, no es en modo alguno una virtud. Todo el mundo sabe qué fuente de goces infinitos traen consigo las pasiones nuevas. Todas las maniobras preliminares que conducen al amor, son verdaderos poemas de delicadeza y suavidad. La inconstancia está conforme con la naturaleza de la especie humana. Pocos hombres son capaces de no tener más que una sola afección en toda su vida. Pues bien, es moral conformarse con la naturaleza y no desobedecerla. Es preciso acomodar nuestras opiniones á la realidad, abandonar los viejos errores, y decidirmos á considerar como mal lo que hace *sufrir* y no lo que hace feliz.

Sé lo que van á decir los conservadores. «¡Predicáis una moral de turco! ¡queréis derribar el orden establecido!» Pero, en verdad, mis ideas ¿son tan radicales cómo se pretende?

Desde que el mundo es mundo, las mujeres se han entregado á los hombres que aman, y en el momento en que las aman. A pesar de nuestras leyes y prohibiciones de nuestra moral, millones de mujeres obran aún así. ¿Qué es lo que sucedería, pues, si la sociedad estuviese organizada según las ideas radicales que expongo aquí?

No habría, como hay, uniones calificadas de «dibres» y otras calificadas de «legales». Todas las uniones serían libres y todas las uniones libres serían legales.

Entonces, la cuestión de la constancia y de la inconstancia, se plantearía en su verdadero terreno. Es claro que las instituciones más perfectas no podrán nunca suprimir por completo el dolor, porque nuestra especie está sometida á la ley cruel de la enfermedad y de la muerte. Hay también en el amor un elemento doloroso inevitable. Dos amantes no dejan de amarse el mismo día (sin hablar del caso en que no se amen con la misma intensidad). Cuando el que se ha enfriado abandona al que permanece enamorado aún (cuando le es infiel), el menos enamorado hace sufrir necesariamente al que lo está más. No hay ningún remedio contra ese mal, como no lo hay contra la muerte. Sólo haré observar que la inconstancia y la infidelidad, son igualmente dolorosas cuando son infligidas por el hombre á la mujer, y por

la mujer al hombre. Nadie debe basar su felicidad sobre la desdicha ajena. Cuando la unión libre será la regla universal, si la infidelidad debe causar sufrimiento á uno de los dos cónyuges, el otro obrará de una manera grande y generosa (por lo tanto moral), tratando de evitarlo. Pero este caso se producirá indistintamente en los dos sexos. La infidelidad podrá ser considerada como un mal en la sociedad del porvenir, porque produce tormentos. Pero ningún deshonor alcanzará á la mujer infiel, porque se reconocerá que es absolutamente libre de amar á quien mejor le parezca.

En la sociedad futura no habrá *falta*. Toda unión, con tal de que se base en el amor, será considerada honrosa y moral. Naturalmente, con la unión libre no habrá tampoco adulterio ni traición. En la sociedad futura, ningún hombre tendrá derecho á decir: «esta mujer es *mía*». La mujer no pertenecerá á nadie, más que á sí misma. Entonces todos los dramas violentos, tan frecuentes en nuestros días, carecerán de objeto. Los hombres no se batirán por la posesión de una mujer, y no asesinarán á ninguna, por el hecho de haberse entregado á otro individuo. Las mujeres, á su vez, no tendrán necesidad de envenenar ó de matar á sus maridos ó á sus amantes. Los crímenes pasionales acabarán por inútiles. No habrá ninguna tiranía del marido sobre la mujer ni de la mujer sobre el marido. La odiosa é injusta dominación de una mitad del género humano, sobre la otra mitad, quedará suprimida. Las relaciones sexuales sólo tendrán lugar entre los amantes. El único lazo legítimo será el del amor.

Entonces las cosas entrarán en el orden natural. Difícilmente puede imaginarse hoy la suma de sufrimientos que se ahorrará á la humanidad y la suma de goce que le corresponderá, cuando las instituciones actuales, basadas en el error, serán reemplazadas por instituciones nuevas, basadas en la verdad.

Resumamos lo que precede, en algunas breves sentencias.

Para que la sociedad pueda adquirir el máximo de felicidad (desde el punto de vista que nos ocupa aquí), es menester que la mujer posea el derecho imprescriptible é inalienable de disponer enteramente de su cuerpo. Este derecho debe serle reconocido sin restricción de ningún género. Este derecho debe formar la base del orden social. La mujer cesa de ser, para siempre, una *cosa* para convertirse en una *persona*.

Repito lo que he dicho al comenzar este capítulo. Las

relaciones sexuales son el factor principal que determinan el destino de la mujer. Por esto he querido hablar de ellas, ante todo. Cuando la mujer sea absolutamente libre de disponer de su persona, obtendrá fácilmente todas las demás libertades, y, en muy poco tiempo, será igual al hombre, tanto desde el punto de vista del derecho civil como del derecho político.

CAPITULO V

LA MORAL

Antes de exponer cómo debería organizarse la sociedad hay que atender á una cuestión muy importante: el de la moral sexual. Sin una idea clara y positiva sobre este punto, el lector tendrá acaso algunas dificultades para admitir las ideas que voy á exponer.

¿Cuál es la moral sexual verdadera?

Para responder á esta cuestión, hay que acudir al examen objetivo de los hechos.

El hombre es una criatura muy compleja, que posee numerosos órganos. Pero una clasificación muy clara se impone inmediatamente entre las diferentes funciones vitales que se cumplen en nuestro ser. Esta clasificación se ve, por decirlo así, en el exterior, por la oposición entre la cabeza y el cuerpo. El cuerpo ejecuta las funciones fisiológicas ó animales, la cabeza las funciones psíquicas ó intelectuales. El uno es la bestia, la otra el ángel.

Esta distinción, establecida desde la más remota antigüedad, entre las funciones fisiológicas y psíquicas, ha hecho incurrir en un error grosero, que consiste en oponer unas á otras, considerándolas antagónicas. De este error proviene la imperfección de nuestras instituciones sociales. En realidad, las funciones mentales no son de una naturaleza particular: en el fondo, son fisiológicas, como las otras. Pero (lo que es aún más importante, y lo que se ignora á menudo) todos los órganos de nuestro cuerpo obran entre sí recíprocamente. No hay una sola función que no se cumpla por la acción simultánea de todos nuestros órganos. Desde que tal reacción no es completa, se presenta un caso patológico (si es momentáneo) ó teratológico (si es prolongado).

Con el amor pasa como con las demás funciones; para que sea completo, sano, conforme á la verdadera naturaleza de nuestro ser, es preciso que nuestro espíritu participe tanto como nuestro cuerpo; es decir: que la emoción psíquica acompañe la sensación fisiológica. Entonces, solamente, es cuando hay amor, en el sentido completo de esta palabra, que significa, ante todo, un estado particular del alma.

Considerando los hechos naturales, la conclusión verdadera es inevitable. Si las relaciones sexuales se cumplen con amor, es decir, con la *misma* participación del espíritu que de los sentidos, estas relaciones están conformes con la naturaleza de las cosas, entonces son sanas, y si no se cumplen, son contrarias á la organización de nuestro ser, es decir, son inmorales. En realidad, podría decirse que las relaciones sexuales, sin amor, son contra natura, exactamente como las relaciones entre individuos del mismo sexo. Precisamente eso es lo que nos produce la impresión de asco y repulsión.

Ved al joven que, por la mañana, sale de los brazos de una mujer adorada. Por numerosos que sean los arranques de la pasión á que se ha entregado, aparece como transfigurado. Le parece marchar sin tocar la tierra, le parece remontar hasta las nubes. Se siente engrandecido, ennoblecido; se cree señor del universo y hallaría muy natural ver á los transeuntes que se inclinan ante él, en señal de respeto. Se siente á cien codos por encima del vil rebaño de los humanos.

Ved, por el contrario, al joven que sale de los brazos de una cortesana. ¡Qué diferencia! Entra en su casa, llevando un estigma en la frente. Quisiera ocultarse á cien pies bajo la tierra para ocultar á todos su vergüenza. Lleva en el corazón un sentimiento de degradación, que quisiera lavar con meses de abstinencia. El alma ha sido violentada: ahora se venga. El joven se excusa y se desprecia y desprecia aún más á su cómplice.

Las mismas locuras, por voluptuosas que sean, cuando son dictadas por el mismo afecto y cuando se experimentan simultáneamente por los dos amantes, pueden ser nobles, bellas y puras. Pero si sólo están dictadas por el deseo de voluptuosidad física, pueden ser degradantes é inmundas.

La moralidad consiste, pues, en conformarse con las leyes de la naturaleza; la inmoralidad, en sustraerse á esas leyes.

Por no comprender claramente esta verdad elemen-

tal, se cae en aberraciones cuyas consecuencias han sido tristísimas.

«Nadie niega que la castidad sea mejor que la depravación,» dice el conde Tolstoi (31). Sin duda. Pero el error del gran novelista ruso consiste en confundir la depravación con el amor, cuando sólo hay depravación en aquellas relaciones sexuales en que falta el *amor*. Y precisamente es así, porque tales relaciones son contra natura. La castidad puede coincidir con la voluptuosidad más intensa. La mujer casta es la que se da *solamente* cuando ama; la mujer impúdica, la que se entrega sin experimentar la atracción psíquica, únicamente por el placer de la carne. No es la castidad la que hay que oponer á la depravación, sino el amor. La depravación es una ruptura de equilibrio, á consecuencia del predominio del cuerpo sobre el alma; la castidad es una ruptura á consecuencia del predominio del alma sobre el cuerpo. Los dos casos son contra natura, es decir, son patológicos, es decir, son inmorales.

La moral no se establecerá por la práctica de la castidad y de la abstinencia, como cree el conde Tolstoi, y como han creído antes de él tantos ascetas cristianos; la moral se establecerá por el triunfo completo del amor. Imaginad, en efecto, un mundo en que las relaciones sexuales no tuviesen lugar sino entre mujeres y hombres sincera y profundamente enamorados unos de otros. Este mundo sería el más casto y el más moral que existiese. La pureza de las costumbres sería completa; la elevación de los caracteres, alcanzaría su punto culminante, pues no habrían mentira ni traición.

Pues bien: es evidente que sólo una vía puede conducir á la moralidad completa; la igualdad absoluta de los dos sexos. En efecto: cuando la mujer podrá disponer enteramente de sí misma, podrá entregarse sola á aquel que le inspire amor, rechazando á los demás, es decir, no se prostituirá y permanecerá honrada.

Si la mujer fuese libre, haría el amor cuando se lo pidiese el corazón (como nosotros), pero como las mujeres no son libres de disponer de sí mismas, las que no se atreven ó no pueden romper obstáculos, permanecen vírgenes hasta que se casan. Entonces otras mujeres ocupan los puntos que dejan vacantes; se entregan por dinero, organizándose la prostitución.

Sin la esclavitud de la mujer, esa plaga no habría

(31) *Sur la question sexuelle*, tr. del ruso, por Bienstock. París, Stock, 1901, p. 25.

existido ó por lo menos, habría quedado reducida á un límite despreciable. En efecto ¿qué hombre se habría dejado arrastrar por un amor grosero, si hubiese podido tener impunemente relaciones sexuales con la mujer amada? Actualmente, el amor sano, y por lo mismo santo, se hace sumamente difícil. Y lo que este amor pierde, lo gana el amor malsano, el amor que se trafica. No pudiendo hallar las satisfacciones del alma, al mismo tiempo que las del cuerpo, nos contentamos con estas últimas, y tratamos de acomodarnos á ellas, refiriéndolas del modo más licencioso. Pero imaginad que los hombres no pueden tener relaciones con las mujeres si no son amados por ellas, y la prostitución, con todas sus consecuencias, desaparece en el acto.

Nuestras ideas erróneas son las que han arrastrado á la mujer á practicar la prostitución. Pero desde el momento que la mujer se ha puesto á traficar con su cuerpo, ha tratado de sacar el mayor provecho posible. Entonces, después de haber sido rebajada desdeñosamente por el hombre, la mujer ha tratado también de hacer todo lo que está en su mano para corresponderle. La mujer esclava es la que nos hace vivir en una atmósfera saturada de erotismo, procurando de todas las maneras imaginables excitar nuestras pasiones y nuestros apetitos, mediante el vestido lujoso y los adornos, las desnudeces de los salones y del teatro, los bailes lascivos y otros mil medios de este jaez. Nos hace vivir en un estado en que la voluptuosidad está á la presión de varias atmósferas, es decir en un aire corrompido y viciado. Y como estamos habituados á él no nos damos cuenta de lo acre y venenoso que resulta. Pero es tiempo de comprender que nuestro estado de libertinaje perpetuo es el colmo de la inmoralidad. El amor real por voluptuoso que se le suponga permanece necesariamente casto; sólo la prostitución lo degrada (32).

Después de la prostitución, otra causa de la corrupción profunda es el adulterio. ¿Pero quién es aquí el culpable? Nuestras instituciones que hacen de la mujer una esclava. Si el derecho de amar á quien quiera, no se le hubiese prohibido nunca, la mujer no hubiese tenido porqué ocultarse y engañar. Habría obrado á la luz del día, permaneciendo tranquila y honesta. No habría tenido necesidad de recurrir á la mentira, á la hipocresía, y á la astucia; vicios degradantes y fuentes de

(32) Se ha dicho: recuentemente que el amor vuelve á dar la virginitad á la cortesana. Hay mucha parte de verdad en esta idea.

cruel tormento para los que son víctimas de ellos. Pero privando á la mujer de toda libertad, la arrastramos por fuerza á la infidelidad sistemática. Su carácter ha sido rebajado: ha caído y nos arrastra en su caída. Nuestro resentimiento no ha conocido valla. La hemos llenado de reproches é imprecaciones. Es la Eva tentadora, la gran corruptora, la fuente de todas nuestras desdichas. ¡Ella es la que ha perdido al género humano! Desde hace muchos siglos se repiten todas estas amenidades, sin notar que la causa de nuestros males, no es la mujer, sino las aberraciones de nuestro espíritu, que no hace justicia á nuestra compañera y le niega hasta la personalidad. Si queréis que la sociedad esté sana, y por lo tanto moral y feliz, hay que hacer á la mujer completamente libre.

Voy á colocarme ahora en otro punto de vista, para examinar esta grave cuestión de la moral sexual. Nos conducirá á una conclusión idéntica.

A cada momento, la moral corriente se condensa, por decirlo así, en un cuadro ideal. No corresponde completamente á la realidad, no es lo que es, sino lo que *debería* ser y los moralistas de la época dicen, que si se realizase, el mal sería vencido y el bien triunfaría.

He aquí pues, el ideal de las relaciones sexuales, tal como es concebido por la moralidad oficial de nuestro tiempo.

Cuando la hora ha llegado, los padres se preocupan de casar á sus hijos. Buscan jóvenes cuya situación económica y las condiciones sociales satisfagan todas las conveniencias. Las familias traban conocimientos. Luego los jóvenes se tratan y no se ejerce ninguna presión sobre ellos (33). Se arreglan; se gustan más ó menos, no tienen nada grave que tacharse. Entonces los padres dan su bendición y se celebra una linda ceremonia en medio de las más dulces efusiones de ternura.

El joven esposo, completamente inocente, se une á una virgen que lo ignora todo. Los cónyuges permanecen fieles el uno al otro, hasta el fin de su vida; el esposo no conoce más que á una sola mujer, la suya; la

(33) El caso no es general ni mucho menos. Lo más frecuente es que los padres atiendan ante todo á sus propias conveniencias y ejerzan una gran presión sobre los hijos. La mayor parte de nuestros matrimonios modernos son una forma atenuada de la trata de blancas. Lo repito: sólo miro las cosas por el mejor lado posible; permanezco en el idilio.

esposa nada más que á un hombre, su marido. La monogamia se realiza de una manera completa. Los esposos tienen muchos hijos. Los educan con solicitud y los casan como se han casado ellos.

Tal es el ideal de la moral oficial. Es bellissimo... Solamente que es... contra natura: excluye el amor. Pues bien, el amor es uno de los sentimientos más potentes del alma humana. Y toda moral que no lo toma en consideración, es falsa por completo.

La moral convencional de nuestros días, para ser realizada, debería hacer de nosotros lo contrario del *superhombre* de Nietzsche, debería hacer de nosotros *sólo hombres*, debería colocarnos al nivel de los rumiantes. Esta moral habría podido admitirse en rigor en las sombrías épocas de la prehistoria. Pero á la hora actual, es demasiado tarde. Los tiempos han cambiado. La humanidad, felizmente, ha traspasado los umbrales inferiores. El alma humana no puede menos de experimentar el amor. Pues bien, si es imposible hacer retroceder al hombre hacia la animalidad, hay que decidirse á admitir que la moral oficial es falsa, porque no se conforma con nuestra naturaleza. Por el contrario, se debe admitir que la verdad moral es la que se funda en la naturaleza real del ser humano. Es decir, que sostiene que el amor debe ser la base de toda relación sexual.

CAPITULO VI

LA IGUALDAD SOCIAL DE LOS SEXOS

En una sociedad, organizada conforme á la naturaleza de las cosas, la mujer será educada, desde la infancia, con el mismo objeto que el hombre: vivir de su trabajo. Debe ser así, porque el trabajo es la ley universal de la biología. Todo ser, desde el microbio invisible hasta el más poderoso animal, trabaja sin tregua ni reposo para asegurar su existencia.

El trabajo es la ley de la naturaleza, y querer permanecer ocioso, es querer ir contra esa ley, es querer ser inmoral. Así, en tanto que el fin de la mujer no sea vivir de su trabajo, será deshonesta, pues buscará uno que la mantenga, es decir, se hará cortesana.

La mujer debe, pues, ser una unidad económica independiente. A la verdad, esta proposición, que parece á algunos revolucionaria, es, por el contrario, lo más conservadora que pueda imaginarse. Con esto no se hace más que sentar un hecho, comprobado desde la más remota antigüedad. Siempre y en todas partes, la mujer ha trabajado, no sólo tanto como el hombre, sino mucho más aun. Y lo que ha sido, continúa siendo (34).

Dado esto, puede preguntarse porqué ceguera extraña no se ha notado, hasta el presente, este hecho universal que salta á la vista: que la mujer se ha ganado siempre su vida con el sudor de su frente. Esta ceguera viene de las clases ricas. Estas forman una ligera capa social, apenas de una décima parte de la población, es decir, una cantidad casi despreciable (35). Pero esta

(34) Véase arriba. La mujer en nuestros días trabaja demasiado. La opinión pública y los legisladores tratan de reducir su labor.

(35) Este hecho está demostrado por las estadísticas más exactas. En Inglaterra, 752,296 contribuyentes ganan más de 4,000 pesetas (160 libras)

clase tan poco numerosa está muy puesta en evidencia. Forma como una película que recubre y oculta á las miradas las clases desheredadas. Así, hasta nuestra época, los moralistas, los hombres de Estado y hasta los sociólogos, al hablar de las mujeres han tenido siempre ante sus ojos, las que viven sin trabajar. Estas razas privilegiadas no son probablemente más de una por ciento (36). Pero ocupan de tal modo la escena, que sobre ellas se construyen todos los sistemas de moral, pasados y presentes. No hay que extrañar, pues, que esos sistemas, que no toman en consideración los otros 99 factores, sean tan falsos (37).

Desde la más remota antigüedad, hasta el presente, la mujer ha sido criada en la familia, obrera en el taller y en la oficina, trabajadora en el campo. Los quehaceres engloban la casi totalidad de las mujeres. Lo demás, es una cantidad despreciable. Querer, pues, que la mujer sea una unidad económica independiente, es querer lo que existe en todas partes de tiempo inmemorial: es, en realidad, recalcar un hecho.

Puesto que la mujer *es* y debe ser reconocida como unidad económica independiente, debe recibir una educación capaz de hacerle ganar el pan y de administrar sus intereses. En cuanto á la instrucción, considerada desde el punto de vista utilitario, debería darse á la mujer en el mismo grado que al hombre. Todas las instituciones escolares, desde las más modestas, deberían

al año. Multiplicando este número por cinco, para comprender las mujeres y los niños, se ve que, de 41.600,000 ingleses, 3.761.000 viven más ó menos bien. ¡Inglaterra es el país más rico del mundo! En Francia, 14,300 personas tienen más de 40,000 pesetas de renta. En Prusia, de 11.977,000 contribuyentes, 44,600 tienen más de 10,000 pesetas.

(36) No puede estimarse menos de 10,000 pesetas la renta anual necesaria para que la mujer pueda estar en su casa sin hacer nada. Pues bien, en la Gran Bretaña hay sólo 133,388 personas que tienen más de 7,500 Ptas. Contando las familias constituyen cerca del 1 % de la población total de un reino que (no hay que olvidarlo) es el más rico de la tierra.

(37) Un sociólogo amigo mío, uno de los más eminentes de Francia, me decía hace pocos meses: «El matrimonio es útil para la mujer. Sin él, cuando se pusiera fea sería abandonada y permanecería sin recursos. Y se pone fea muy pronto, al perder la juventud, mientras que un hombre permanece joven hasta los 60 años.» Así, para este *especialista*, para este sabio de oficio, la *mujer* es la ínfima minoría de los privilegiados. Si los *sociólogos* pueden engañarse de una manera tan lamentable, pensad en lo que harán los tristes mortales.

abrirse indistintamente á hombres y mujeres. La cuestión sexual no debería solventarse; la capacidad intelectual debería ser la única condición requerida.

Después de aquello que es necesario para ganarse la vida, se debería enseñar á la mujer lo necesario para bien conducirse. Aludo á los conocimientos de orden fisiológico sobre su organización sexual. El ideal de nuestro tiempo es que una joven no sepa nada de esto. Este ideal es absolutamente falso. Lo ha inventado el monstruoso egoísmo del hombre, á fin de satisfacer un goce más: la sorpresa de la joven. Este ideal es completamente funesto para la mujer. Le causa muchos infortunios; la desarma y la entrega sin defensa á las tentativas más odiosas y más indignas (38).

No hay razón para confundir la ignorancia con el pudor. Las jóvenes romanas, en los primeros tiempos de la república, iban á prosternarse delante de la estatua del dios paz, rogándole que les diese un buen marido. Pues bien, esta estatua representaba cosas tan poco decentes, que es difícil hacer la menor alusión. Esto no impedía á las matronas romanas de esta época, ser modelos de pudor y de virtud. Cuando una joven, en nuestras sociedades, es instruída en las cosas del amor, antes del matrimonio, se dice que está depravada. Pero la depravación no procede de conocer los hechos verdaderos de la naturaleza, sino que viene de que los conozca de una manera clandestina y malsana. En este caso, como en todos los demás, son nuestras ideas rutinarias las que desmoralizan á la joven. Si se le enseñase la verdad á la luz del día, no le haría el efecto de algo vergonzoso de que es preciso guardarse. En una palabra, la joven no sería corrompida.

Así en una sociedad racional, una joven sería instruída, hacia la época de la pubertad, de la organización fisiológica del ser humano (39). Y esto no le mer-

(38) La siguiente historia ha pasado recientemente en Francia. En una de las mejores familias, los padres habían tenido que ir á hacer un viaje. Habían dejado á su hija bajo la vigilancia de una institutriz. La señorita tenía 17 años: estaba ignorante de todo; era la pureza misma, segun se dice. Su inocencia causó su perdición. Se abandonó un día á un joven criado de su padre, sin saber lo que se hacía. Al cabo de algún tiempo, la institutriz notó que estaba en cinta. Las dos infelices mujeres se envenenaron. ¡He aquí los frutos de la ignorancia!

(39) Esto le es más indispensable que al hombre. En la época de la pubertad, se produce en la mujer fenómenos de naturaleza particular. Con mucha frecuencia, no se da á las niñas noticias ciertas sobre la na-

maría la decencia ni la delicadeza de sentimientos. *Saber é impudor* son términos tan poco sinónimos, que puede conocerse todo y seguir siendo la más pura de todas las mujeres.

He aquí, pues, á la joven de la sociedad racional instruída en todo lo que le es necesario para ganarse el pan y para conducirse en la vida. ¿Cuál va á ser su existencia? Exactamente la que un hombre lleva hoy. Las que sean ricas, se ocuparán de administrar su fortuna y ocuparán cargos de orden civil, político é intelectual. Las que sean pobres, trabajarán para ganarse la vida. Completamente libre de sus movimientos, no teniendo que dar cuenta á nadie de las inclinaciones de su corazón, la mujer podrá unirse con quien quiera. De pronto, su situación será modificada de una manera radical y mejorada en mucho. No habrá ya jóvenes seducidas y abandonadas, con el cortejo espantoso de males que acarrea ese estado. No habrá jóvenes vendidas y compradas como se practica actualmente en tanta escala. Las uniones que contraerán las mujeres en la época de la libertad absoluta, serán de naturaleza diversa. Para unas, pasiones más ó menos efímeras, para otras, alianzas de toda la vida (40). La naturaleza de la mujer es más ó menos semejante á la nuestra, y hay que pensar que, en el período de la primera juventud, será más volátil, más apasionada, más inconstante. «Il faut que jeunesse se passe», dice el adagio. En una sociedad bien organizada, esto se reconocerá tan legítimo para el sexo femenino como para el masculino. Después de un período de efervescencia y ardor, la mujer sentirá, como nosotros, el deseo de «reposo». Entonces contraerá uniones más sanas, más duraderas, más fuertes.

Oigo aquí que los conservadores exclaman con escándalo é indignación: «¡Pero lo que pretendéis presentar como el estado social perfecto es el colmo de la abominación!» ¿Pero es que lo que propongo es verdaderamente inaudito y nuevo? De ninguna manera. Se practica desde tiempo inmemorial, en escala inmensa. En las clases populares de muchos países europeos, las jóvenes se entregan con mucha frecuencia á sus novios y no

turalza de tales fenómenos (sobre todo en los conventos católicos). Green que se trata de algo anormal y patológico. Hay algunas que, por librarse de tales cosas, ponen en peligro su salud, y aun su vida.

(40) Este argumento se desenvolverá en el capítulo VII.

se casan legalmente, hasta que tienen un hijo. Pues bien, las clases populares forman las nueve décimas partes de la sociedad. Además, aun en las clases burguesas y aristocráticas, se ven millares de uniones de todo género, ya entre hombres y mujeres libres, ya entre hombres y mujeres casados (en este último caso, se practica la poliandria y la poligamia). Lo que yo pido no es, pues, una revolución tan radical. No es más que el reconocimiento oficial de lo que existe oficiosamente. Se trata menos de modificar las cosas, que el nombre. Pero este cambio de nombre tendrá una enorme importancia desde el punto de vista del derecho y de la moral, y podrá ser considerado como una de las resoluciones más importantes y bienhechoras que se habrán realizado en las sociedades humanas.

En la sociedad futura, la mujer se dedicará á ser una unidad económica, y todas las carreras le serán abiertas sin restricción. La igualdad será completa entre los dos sexos desde este punto de vista. Pero es preciso explicar claramente este punto. Se ha visto que, de 100 mujeres, 99 están obligadas á trabajar tanto como el hombre y aun más, por el hecho de que en ciertos momentos deben añadir el trabajo fisiológico de la maternidad, al trabajo de orden económico. La igualdad no significa enteramente que toda mujer haya de ejercer una profesión liberal: ser abogado, médico, notario. Nuestros adversarios ridiculizan las tendencias feministas, mostrando que conducirían á invertir el orden establecido: confinar al hombre en el interior de la casa, y poner á la mujer fuera. ¿Es necesario decir que nunca los feministas pensaron semejantes tonterías? No, lo que pedimos es sencillamente que á la mujer no se le prohíba ejercer ninguna profesión, si tiene aptitudes y deseo de ello. Una joven americana, Miss Ellen John, se ha examinado brillantemente de ingeniero naval. Ha propuesto un modelo de barco muy superior á lo conocido hasta hoy. Nosotros pedimos solamente que Miss John y todas sus compañeras no hallen obstáculos para construir navíos, por el sólo hecho de ser mujeres. Y esto por dos razones. Primero, por un sentimiento de justicia. Nadie debe estar privado de la posibilidad de desarrollar sus facultades y de sacar de ellas el mayor provecho posible, tanto si es mujer como si es hombre. Después, pedimos la igualdad de los sexos por interés máximo de la humanidad. Suponed que se rechazan los planos de Miss John (como se ha hecho, ¡ay! millones

de veces, en tiempos pasados) so pretexto de que ella pertenece al bello sexo. Entonces las ventajas de su espíritu de invención, se habrían perdido.

Nadie desea que *todas* las mujeres esten necesariamente fuera de la casa. La división del trabajo, que da á la mujer los quehaceres del hogar y al hombre la producción de los medios de sustento, puede ser, con frecuencia, ventajosa. Iré más lejos. Suponed que el trabajo del hombre sólo reporta 4,000 francos por año y que la mujer, con un empleo fuera de casa, pueda ganar 2,000. Es posible que la familia vivirá mejor con 4,000 francos, estando la mujer en la casa para dirigirla, que con 6,000, si la mujer está fuera todo el día, en el despacho y en el taller. Esto es evidente, y nunca lo han contradicho los feministas.

No, lo que niegan sólo es que sean beneficiosas las desigualdades indignas del orden actual. Por ejemplo, miles de individuos afirman aún hoy, que es inútil instruir á las mujeres, porque los maridos prefieren las ignorantes. ¿Puede imaginarse injusticia más odiosa? He aquí opiniones, contra las cuales los feministas protestan con todas sus fuerzas, y que desaparecerán inmediatamente en una sociedad organizada según la razón. La mujer debe ser instruída, ante todo, para sí misma. El saber es uno de los mejores goces que hay, y la mujer debe tener derecho imprescriptible á tener una parte de goces igual al hombre. Además, la mujer debe ser instruída porque no es sólo la reproductora del género humano, sino que es también una amiga, una compañera, un miembro de la sociedad y uno de los factores más importantes de la civilización.

Tratemos ahora de representarnos la sociedad futura. Cuando todas las profesiones liberales y las funciones políticas serán indistintamente ejercidas por los dos sexos, como hoy las profesiones manuales, las mujeres industriales, negociantes, profesores, médicos, diputados, trabajarán al lado de sus colegas los hombres y se sentarán con ellos en todas las asambleas. Entonces la actividad de las mujeres será una rueda indispensable de nuestras instituciones. Entonces se preocupará menos de su vida privada, y, por eso mismo, su libertad estará mejor garantida. Por otra parte, cuando la mujer será arrastrada, desde la juventud, por el torbellino del trabajo social, el amor no tendrá en su vida el lugar exclusivo que tiene en nuestra época. La mujer encontrará el amor en su camino, ocasionalmente. No vivirá única-

mente para buscarlo. Por eso, todas las facultades femeninas, estarán en equilibrio y se realizará la salud moral. Y precisamente cuando la igualdad arrastrará á la mujer en el engranaje general de la vida social, la obra funesta de los siglos de barbarie se borrará. He indicado más arriba cómo el tipo femenino se habrá formado por una diferenciación de las funciones sociales. Esta diferenciación vendría cada vez más á hacer de la mujer un ser inconsciente, una muñeca, que sirve de instrumento de placer. Sólo por la libertad y la igualdad ese tipo nefasto quedará destruído. Forzosamente, fatalmente, las mujeres, cada vez en número más considerable, se apartarán de ese tipo de juguete, y día vendrá en que tal tipo desaparecerá por completo.

Numerosas transformaciones se operarán entonces y, en primer lugar, la del vestido. Las etapas son fáciles de indicar. Las mujeres renunciarán primero á llevar vestidos indecentes. Abandonarán el escote que, dígame lo que se quiera, es un principio de prostitución. Después abandonarán las alhajas, los sombreros fantasía, las telas vistosas. Todas esas cosas son artificios para llamar la atención de los hombres, y excitar su sensualidad. Parecerán esas cosas degradantes á la mujer, cuando adquiera el sentimiento de su dignidad y la conciencia de ser igual al sexo fuerte. También nosotros hemos llevado en otro tiempo telas vistosas, mantos y joyas. Haciéndonos más intelectuales, hemos abandonado todas esas frivolidades. La mujer seguirá tarde ó temprano el mismo camino. Muy probablemente, como nosotros, se verá precisada á reemplazar los vestidos anchos y largos por otros más cortos. En la antigüedad, y hasta en el siglo XIV, los hombres han llevado también vestidos largos. Pero la vida se ha hecho más intensa y más nerviosa, y tales vestidos han llegado á ser molestos, y han sido substituídos por otros. La mujer pasará por las mismas fases. Se desembarazará alguna vez de los vestidos largos y pesados. Se hará un vestido cómodo, agradable y racional.

La mujer, libre y elevada en dignidad, no querrá condescender con el papel de *hetaira* y excitar al hombre con artificios de *toilette*. Pero no hay motivo para creer que será entonces menos atractiva y adorada. Las mujeres nos quieren, y aún locamente á veces, aunque llevemos el traje más feo, según creo, que jamás se ha inventado. Continuarán gustándonos también, cualquiera que sea la manera como se vistan. Y si, en la sociedad futura, el amor va más bien del corazón á los sen-

tidos que de los sentidos al corazón, la ventaja será enorme. Tal es la marcha normal (es preciso, en primer lugar, la unión de las almas, para que la embriaguez del amor alcance su punto culminante), es decir, el estado moral.

Es fácil comprender que la simplificación del traje aumentará de un modo considerable la felicidad de la mujer y la nuestra. Con un vestido más sencillo, la mujer no tendrá la excitación casi enfermiza de la *toilette*, que sufre en nuestros días con una intensidad tan violenta. Cuando se piensa en la suma incalculable de desdichas que tal excitación acarrea (41), puede estimarse en su justo valor el inmenso beneficio que resultará de su atenuación ó de su disminución. Además, cuando la mujer renuncie á *toilettes* complicadas, se vestirá en un decir amén. Entonces, ya no habrá aquellas interminables posturas delante del espejo, ni pérdidas insensatas de tiempo. Añadamos que el vestido será más higiénico. Permitirá á la mujer toda clase de movimientos, y la librárá de la tortura del corsé.

Así, pues, la igualdad, la libertad, el trabajo, la sencillez del vestido, transformarán completamente la naturaleza de la mujer. Permaneciendo agradable, amante y buena, será una personalidad humana, consciente de su valor. La huella del salvajismo primitivo habrá desaparecido por completo.

Cuando los dos sexos hayan llegado á ser factores iguales, la sociedad alcanzará su apogeo. Es débil hoy, precisamente porque no se desarrolla enteramente nada más que una mitad de las fuerzas sociales: las del sexo masculino. El día en que la igualdad completa del hombre y de la mujer se haya realizado, será un hecho consumado el advenimiento de la civilización, en el verdadero sentido de la palabra.

(41) Apenas tengo necesidad de entrar en detalles. Miles de mujeres han vendido su alma por *toilettes*, han arruinado generaciones y han arrastrado á los hombres á muchos extravíos. Recordad también los sufrimientos crueles experimentados por las mujeres que se sienten menos lujosas que la vecina.

CAPITULO VII

LA SUPERIORIDAD MORAL DE LA UNIÓN LIBRE

La superioridad del régimen que preconizo, sobre el que existe actualmente, es inmensa. Voy á tratar de demostrarlo en este capítulo, poniendo ante los ojos lo que debe de ser y lo que será, tarde ó temprano.

En una comedia, representada recientemente en Londres, una dama de la alta sociedad dice á una joven que ha adoptado por casualidad: «Querida, el único oficio digno de una mujer de nuestro mundo, es buscar un marido». Tal es la opinión dominante en la Europa que se llama civilizada, y en lo que se ha convenido en llamar «buena sociedad». Así, desde su nacimiento, la joven está preparada para tal negocio. (Hablo aquí de las clases acomodadas, como el lector ve). Se le enseñan las artes agradablemente, se la enseña los medios de agradar. Luego se la condena al mundo, haciéndola vestir trajes que excitan la sensualidad de los hombres (42). En una palabra, se la adiestra en el arte de atrapar á un caballero, para que éste la mantenga. En todas las lenguas del mundo, el conjunto de estos actos, debe recibir el nombre de prostitución. El fin de las familias más honradas y más acomodadas de nuestra época es, pues, hacer de sus hijas cortesanas. ¡Y á esto se le llama moralidad! Sólo á causa de una larga costumbre se comprende que todo sentimiento moral se entibie en nosotros. Si pudiésemos abstraernos un instante de nuestro medio y ver las cosas en su verdadero punto, semejante destino de la joven produciría en nosotros un sen-

(42) Y, curiosa contradicción, se recomienda á la joven hacer todo lo que le sea posible para excitar la sensualidad, pero se le dice también que es pecado mortal satisfacerla.

timiento de profundo disgusto y de invencible indignación.

En la comedia de que he hablado, la señora dice á la misma señorita: «No sois bastante rica para aspirar al lujo de un matrimonio por amor». ¡Así, el amor es un lujo; basta solamente atrapar un marido! Si la joven no tiene éxito en tal empresa, cae en ridículo, se la compadece y se la desprecia. Además, puede estar privada hasta el fin de sus días de los goces más legítimos del alma humana. Se hace solterona. Su carácter se agria. En una palabra, es una criatura condenada á la infelicidad, por nuestra moral tutelar.

Pero una joven acomodada ó rica, que no ha sabido conquistar un marido por sus condiciones personales, tiene una salida: comprar uno. Entonces comienza el tráfico más degradante. Una especie de trata de chalanés. Entre los herejes, el hombre es el que compra á la mujer, como si fuera un animal doméstico; en los países llamados civilizados, la mujer es la que compra un marido por medio de la dote. Nada más vergonzoso ni más contra natura. Mil consecuencias deplorables se desprenden de aquí. Desde luego, el amor no puede ser el fundamento de semejantes uniones. El mismo afecto, falta en ellas muchas veces, porque el afecto está basado, ante todo, en la estima de sí mismo y de los otros. Pues bien, ¿qué aprecio puede tener la joven hacia sí misma, cuando practica el amor puramente sensual, pues un marido comprado no puede ser un marido adorado? (salvo excepciones). Por otra parte, la situación del hombre es horrible en semejante unión. Una mujer que se vende es una cortesana y es despreciada; pero el hombre que se vende, lo es aún más, y con razón. El término que se emplea para calificar una situación así, es de tal manera duro, que no es conveniente. Se le ha dado últimamente, por perífrasis, el nombre de un personaje de Alejandro Dumas hijo.

En resumen, la unión matrimonial, en nuestros países, tiene dos aspectos principales: ó la mujer halla un hombre que la mantenga, tipo de la cortesana legítima y honrada, ó la mujer halla un hombre que, mediante dinero, consiente en procurarle ciertas satisfacciones sensuales: tipo del M. Alphonse legítimo y aceptado.

Hay una tercera combinación, generalmente practicada en los países extraeuropeos, y muy en uso también en los nuestros.

Los padres casan un muchacho y una muchacha, sin consultarles nada y aun sin que se conozcan. Es un sen-

cillo acoplamiento, como los que practican los zootécnicos.

¿Qué se hace, en estos casos degradantes, vergonzosos, no ya de la felicidad de esos muchachos, sino de la moral más elemental? Es preciso, verdaderamente, que la rutina nos haya cegado de una manera muy extraña, para que reconozcamos en esos ayuntamientos indecorosos y contra natura la *base sagrada é inviolable* del orden social, la condición misma de la moralidad (43).

La primera falta de estas uniones es que las que se basan en el amor son excepciones de que gozan algunos raros privilegios, mientras que deberían ser la regla universal. El segundo inconveniente, es que degradan al hombre y á la mujer haciéndolos practicar la unión sexual solamente de una manera física, sin la participación de lo más noble de su ser: el alma.

La unión libre nos evitará, una vez por todas, esos males y esas torpezas. Y es el caso de exponer aquí cómo será organizado (44). No es muy difícil. No hay que poner en prensa la imaginación. La situación de la mujer será exactamente la del hombre. En la sociedad futura, la unión sexual se verificará sin ninguna autorización ni sanción, en la intimidad y en el misterio. La mujer, después de haber contraído un lazo, ya continuará viviendo con sus padres, ya permanecerá sola, ya en fin se instalará con el hombre amado para fundar un nuevo hogar (45). La mujer podrá pasar á voluntad de una de esas combinaciones á otras y aun alternarlas, según lo exija su felicidad. Eso es precisamente lo que hacen en nuestros días los hombres.

(43) Permítaseme citar un ejemplo muy típico de la moral convencional. Lo hallo en una pieza de Donnay, *La Dolorosa*, representada hace algunos años en París, en el teatro del Vaudeville. He aquí el argumento: Elena Loformah se ha casado con Gastón Ardan, banquero judío. Ella ama á un escultor de gran talento, Felipe Lamberthier, que la adora igualmente. Ardan tiene reveses de fortuna y se mata. Elena, viuda, va á casarse con Lamberthier, cuando éste sabe que ella había tenido un amante en vida de su marido. Rompe inmediatamente las relaciones, porque considera á Elena deshonesta. Así, he aquí una persona que se ha casado con un hombre que detesta, y se ha entregado á él durante muchos años por el dinero. Según los convencionalismos corrientes, esto no impide que ella permanezca pura. Pero un día, ha cedido á un impulso desinteresado de su corazón y se ha entregado á un hombre que adoraba. ¡Ha dejado de ser pura, es una mujer perdida!

(44) Véase más arriba, p. 78.

(45) Id. p. 98.

Uno de los primeros resultados de ese estado de cosas, es que no habrá solteronas. Las mujeres no sufrirán ya ninguno de los males inherentes á tal condición. En efecto, cuando la unión libre sea universal, nadie sabrá cuál es la conducta de una mujer, y nadie se cuidará de indagarla. Si le place no vivir con el hombre que ama no tendrá que dar cuenta á nadie.

En segundo lugar, con la unión libre no habrá ya cortesanas ni Alfonsos. No quiero decir que en la sociedad futura, no haya prostitutas profesionales. ¡Ay, no! Las habrá siempre como habrá siempre ladrones. Pero tales profesionales estarán *fuera* de nuestra sociedad como están fuera los rateros. Lo que desaparecerá con la unión libre, es la cortesana legal enaltecida, la joven que atrapa un marido ó lo compra. Entonces la atmósfera social estará purificada y la unión sexual se verificará no sólo sin degradar al hombre y á la mujer, sino al contrario, moralizándolos. El amor, en efecto, es el moralizador por excelencia, porque amar es vivir en otro, sacrificarse por el objeto adorado.

Otro resultado moralizador del amor libre, será suprimir mentiras y traiciones, y el adulterio.

En las clases acomodadas, en nuestros días, lo que se enseña particularmente á las jóvenes, es el arte de agradar. Cuando han conseguido por este medio atrapar un marido ó cuando han comprado uno ¿qué va á ser de ellas? No aman sino muy rara vez á su compañero de existencia. Como se les ha enseñado, sobre todo, los medios de seducir, no saben hacer más que esto, y se ven arrastradas naturalmente á ejercer sus talentos y á agradar á otros que no son sus dueños legítimos. Las muñecas creadas por la civilización moderna, no tienen más que una cosa en la cabeza; las aventuras galantes. Es una razón para suponer la degeneración, pues la salud proviene del funcionamiento equilibrado de todos los órganos y de todas las facultades. Pues bien: cuando la mujer concentra su vida en la única preocupación del amor carnal, hay ruptura de equilibrios y por consiguiente estado morbosos. De esta ruptura de equilibrio, proviene en la mujer ese descontento perpétuo que hace imposible la felicidad.

Muchas jóvenes de nuestro tiempo, toman un marido sencillamente para tener más tarde la libertad de tener amantes. Los maridos lo sienten bien pronto. Entonces vienen ó dramas de familia que son la fuente de punzantes agonías y crueles tormentos ó bien rupturas táctas. En este caso, el marido hace como la mujer, y se

crea también un nuevo hogar. Apenas hay necesidad de decir que esta combinación produce el minimum de felicidad, pues los seres que se gustan, viven separadamente y los que no se quieren, juntos. Pero aparte del minimum de goce, esta situación es también inmoral porque las relaciones sexuales pueden continuar entre esposos que se detestan.

Con la unión libre nada de esto ocurrirá. Cuando una mujer rompa un enlace antiguo para contraer otro nuevo, lo hará abiertamente y sin ninguna hipocresía. Amará; no se entregará ni por deber ni por dinero.

Es preciso pensar también que en la época del amor libre, no habrá maridos, no habrá más que amantes. Yo pienso en cuanto á mí, que esto contribuirá en una inmensa medida, á consolidar las uniones y aumentar la fidelidad. Pues no puede negarse que en nuestros días, muchas mujeres toman un amante solamente porque esto tiene cierto encanto. Además, la libertad de la mujer aumentará en ella el juicio. En nuestros días toman con mucha frecuencia los amantes que el azar pone en su camino. No se hacen rogar mucho, precisamente porque no arriesgan nada. Pero que la mujer sea libre; no se entregará sino el día en que esté segura de obtener una cantidad grande de felicidad. No se interesará sino por los hombres que valgan realmente la pena, porque cada uno de ellos podrá no solamente limitarse á algunas citas raras y clandestinas, sino apurar la copa entera de celestiales felicidades.

No hay que olvidar además que la poligamia y la poliandria, son instituciones permanentes en nuestra sociedad. Solamente que como no están sancionadas por la ley, nos hacemos cuenta de que no existen. Esto es muy elegante, pero también es muy cándido. En realidad, muchos hombres, además de su mujer legítima, tienen un falso hogar y enlaces pasajeros que les hacen poseer simultáneamente, más de dos y hasta más de tres mujeres. Muchas damas también, además de su legítimo marido, tienen uno ó varios amantes. Pero cerramos los ojos. ¡Las apariencias son tan engañosas!

También diré que tenemos tesoros de indulgencia para los enlaces ilegales, porque sentimos que son conformes con la naturaleza de las cosas, y por tanto indispensables. No se quién ha dicho que el adulterio era el fundamento de la paz de los hogares. Es en efecto una escapatoria por la cual restablecemos el juego normal de las fuerzas de la naturaleza; juego que está falseado

por nuestros errores y nuestras aberraciones (46). Sí, ciertamente, la inmensa mayoría de los seres humanos, experimenta más de una afección durante su vida. Sí, ciertamente, la pasión satisfecha produce la saciedad y somos por esencia criaturas inconstantes. Nuestras instituciones deberían amoldarse á nuestra naturaleza y no contrariarla. Pero no lo hacen así y nos obligan á practicar la poliandria y la poligamia. No obstante no es conforme á nuestra organización psíquica poder amar á más de una persona á la vez. La poligamia y la poliandria son, pues, contra natura, es decir, inmorales. ¿Cómo librarnos de esas prácticas corruptoras y degradantes? No hay más que un medio; la unión libre. En nuestros días se admite que un hombre puede practicar la poligamia y una mujer la poliandria, con tal de que sea clandestinamente. Pero en el período de la libertad, ninguna mujer tendrá necesidad de ocultarse. Será su derecho imprescriptible el vivir con quien le parezca y el tiempo que crea conveniente. En esta condición, la mujer no será arrastrada á tener amores ocultos, á no ser que tales amores, no puedan confesarse. Pues bien, la opinión pública, por lo mismo que respetará todos los enlaces puros, es decir, fundados en la afección, será intransigente para los que tengan otra naturaleza. Las mujeres que tengan varios enlaces, únicamente por sensualidad, serán excluidas de toda sociedad honrada, como lo son ahora las cortesanas. De este modo también la unión libre, purificará la atmósfera moral.

Otra inmensa ventaja de esta unión sobre el matrimonio actual, es que podrá ser rota á cada instante. Hay un gran interés social en que esto sea así. Un error profundo, ha hecho que se vean las cosas de un modo diferente hasta hoy. El interés capital de la sociedad, es que sus miembros sean lo más felices posible. La sociedad debe tender á que los lazos que hacen de la vida un infierno, se rompan lo más pronto que se pueda, siendo reemplazados por otros que hagan de ella un paraíso. Cuando todas las uniones estén bien consolidadas, los odios á veces tan feroces, que dividen á los esposos, no tendrán razón de ser. En efecto, si las gentes que se detestan se separasen en el momento, no permanecerían unidos más que los que se amaran. De esta manera, extendiéndose la simpatía sobre la tierra, la sociedad se haría cada vez más moral. Si todos los hombres se amasen unos á otros, los sentimientos *malos*

(46) Véase más adelante, p. 128.

desaparecerían y subsistirían sólo los sentimientos buenos; esto equivale á decir que la moralidad alcanzaría su punto culminante.

Por la unión libre desaparecería también la tiranía ejercida en nuestros días por la mujer. Por ella, la felicidad humana progresaría prodigiosamente, pues los sufrimientos impuestos á la mujer por la servidumbre, forman un océano de miseria más vasto y más profundo que el Pacífico. Pero aparte del aumento de la felicidad, la supresión de la tiranía tendrá una gran influencia moralizadora. Nada más corruptor que el despotismo. Precipita la animalidad, atrofia la sensibilidad, produce un desequilibrio que causa verdaderas neurosis. A consecuencia de su impotencia, Calígula, Nerón, y tantos otros, han degenerado. También los ingleses del Sud de los Estados Unidos, han sido completamente depravados. La autoridad inmensa dada al marido, lo corrompe. Cuando la unión libre se establezca, tal autoridad desaparecerá. El hombre se verá obligado á respetar á su compañera convertida en su igual, que podrá abandonarle á cada momento. Entonces constantemente en el hogar mismo de su familia (47), el hombre tendrá el sentimiento permanente de que es preciso respetar el derecho de sus semejantes. Esto será la mejor escuela. El hombre será un ser civilizado, que respetará la justicia como el bien supremo. La unión del hombre y de la mujer se transfigurará. Entonces verdaderamente habrá una asociación de dos seres vivos, para darse mutuamente lo que mejor tienen.

Pero si el despotismo es nefasto para el que lo ejerce, no lo es menos para el que lo sufre. Cuando no hay la posibilidad de defenderse á cara descubierta, y de oponer á la fuerza una fuerza igual, que permita permanecer firme y orgulloso, uno se ve obligado á defenderse por medios indirectos: la astucia, la mentira, la deslealtad. La tiranía ejercida sobre el débil, es como una ola que atraviesa sus venas. La tiranía quita á veces hasta el sentido de la rectitud, hasta la comprensión elemental del bien y del mal. Los pueblos vencidos están corrompidos frecuentemente por la presión que se ejerce sobre ellos. Así son considerados como la hez de la humanidad, y los mismos opresores los desprecian.

Durante muchos siglos, hemos hecho todo lo posible para corromper y rebajar á las mujeres con nuestra ti-

(47) Pero dirán los conservadores que con la unión libre no hay hogar. Se engañan, como demostraré en el capítulo siguiente.

raña. Hay que reconocer que tienen un fondo, por decirlo así, inagotable. Porque todavía no han sucumbido todas. Pero muchas de ellas lo han hecho. Entonces les hemos reprochado sus mentiras, sus falsedades, su duplicidad, su hipocresía. Hemos venido á afirmar que la mujer no tiene el sentimiento del honor y que uno no puede fiarse de ella. La hemos quitado todos los derechos civiles y políticos, la hemos tratado con desconfianza é injusticia, como al peor de nuestros enemigos.

La degradación de la mujer es el resultado de nuestra tiranía y desaparecerá en cuanto se establezca la unión libre. Esta será la única forma de vida conyugal. La mujer no tendrá necesidad de mentir, de ocultarse, de ser hipócrita, de emprender caminos tortuosos. Alzará la cabeza, se levantará y al perder las huellas de la servidumbre quedará moralmente regenerada.

Se comprende que cuando se suprima el matrimonio, el adulterio desaparecerá también. Las consecuencias de este hecho, serán inmensas y modificarán el sentimiento del honor tal como le comprendemos actualmente.

Hoy, si una mujer engaña á su marido, éste se cree obligado á lavar su afrenta con sangre. ¿Pero de dónde viene esta obligación? De la idea de que la mujer es su propiedad, su cosa. Cuando no hay matrimonio, la defensa de la mujer no se impone. El señor X es el amante de la señora Z. La señora Z le es infiel con el señor Y. Según nuestras costumbres si el señor X envía sus padrinos al señor Y, éste puede decir: «No estoy obligado de ningún modo á batirme con el señor X; no tiene ningún derecho sobre la señora Z; no es su marido. Si el señor Z me provoca, es harinà de otro costal: le debo una reparación por las armas». Se ve pues que el punto de honor no se ejerce sino cuando el matrimonio ha hecho de la mujer, la posesión del marido. La infidelidad de la amante, puede hacer sufrir mucho más cruelmente toda infidelidad de la esposa legal; pero no *da derecho* á provocar al rival dichoso.

Con la unión libre, los asuntos de honor, como el aquí expuesto, no tendrán razón de ser. Ninguna mujer pertenecerá á ningún hombre: se pertenecerá enteramente á sí misma. En la sociedad futura, si Pablo tiene relaciones con María y si ésta lo abandona después por Pedro, este último al ser provocado por Pablo, podrá decir: «A la amante de Pablo le ha gustado vivir conmigo. Nadie puede negarle este derecho imprescriptible. Ninguna satisfacción tengo que dar».

Ciertamente que este lenguaje no parecerá precisamente admirable á las personas imbuídas de las antiguas ideas sobre la servidumbre de la mujer. Pero es fácil demostrar que tal lenguaje está más conforme con la moral verdadera. Aunque las ideas modernas no tuviesen otro resultado, más que el hacer los duelos imposibles, contribuirían sencillamente á extender la justicia en el mundo, es decir, el bien. En efecto, lo que el duelo tiene de chocante contra el sentido moral, es que el culpable puede perfectamente ser vencedor y el inocente vencido, de manera que el vicio puede ser recompensado y castigada la virtud.

Pero además de la supresión del duelo, la libertad de la mujer, contribuirá también al triunfo de la justicia, desde otro punto de vista importantísimo. El predominio dado á los hombres amables sobre los que no lo son. ¿Qué significa por ejemplo que la señora X abandone al señor Y para ir á unirse con el señor Z? Significa en definitiva que el señor Z le parece más amable. Si es así, es *justo* y legítimo que el señor Z, que tiene mejores cualidades tenga más felicidad. El triunfo de los mejores es el bien. Por el triunfo de los mejores y la eliminación de los malos, las especies animales se han elevado en la escala de los seres. En una época bárbara las gentes poco amables, toscas y brutales, pero fuertes, predominaban. En una sociedad más justa, las gentes toscas y brutales, no podrán medrar. El éxito será de las gentes amables. El adjetivo *amable* que parece tener un carácter algo superficial, designa, no obstante, la más elevada de todas las superioridades, es el que encanta, el que atrae por las cualidades más preciosas. Belleza física y elevación mental. Es, pues, el mejor en la acepción más exacta y más noble de este término.

La libertad de la mujer favoreciendo el triunfo de los mejores, contribuirá pues, á apresurar el perfeccionamiento de la especie humana, ó como dicen los naturalistas á operar una selección favorable en su seno.



LIBRO TERCERO

Las objeciones

CAPITULO VIII

PRETENDIDA SUPRESIÓN DE LA FAMILIA

«¡Cómo! dicen los conservadores; ¿queréis abolir el matrimonio? Pero entonces suprimís la familia.»

No hay error más profundo que ese. El matrimonio es una institución social, la familia es un hecho *natural*. Puede realizarse la una sin el otro. Los animales no tienen matrimonio, y no obstante tienen familias. El matrimonio es un conjunto de ceremonias que tienen por fin realizar ciertas uniones de orden político y civil. Ante todo, el matrimonio tiende á la respetabilidad, si puede decirse así. La sociedad parece decir á los jóvenes: «Después que hayáis cumplido ciertas formalidades, juzgadas útiles por la opinión de vuestros semejantes, vuestra unión será declarada honrada. Podéis anunciar vuestra unión, sin temor á que se os critique». En segundo lugar, el matrimonio establece una serie de relaciones económicas. Da, por ejemplo, derecho á apropiarse el salario de la mujer, priva á ésta de la libertad de disponer de sus bienes, y, cuando hay contrato, estipula arreglos financieros de diversos órdenes. En fin, el matrimonio tiene por fin establecer las reglas de la filiación (*is pater quem nuptiae demonstrant*, etc.), de donde derivan los derechos de sucesión, tanto desde el punto de vista civil (herencia), como desde el punto de vista político (títulos, privilegios de clase, etc.)

El matrimonio reviste las formas más diversas en las sociedades humanas, desde las más sencillas á las más

complexas, que se hallan en la Europa occidental (48). Pero todas estas formas son puramente convencionales. Podrían ser sensiblemente modificadas ó aún suprimidas completamente por el legislador. Una forma muy curiosa de matrimonio se encuentra en Rusia, en los Molokanes, secta disidente de la iglesia ortodoxa. Se convoca á los padres, amigos y conocidos. Se forma un círculo. Entonces los novios se presentan, cogidos de las manos. El joven dice: «Tengo el honor de informaros que tomo á la señorita, aquí presente, por esposa». La joven dice: «Tengo el honor de informaros que tomo por esposo al señor aquí presente». Estas dos frases constituyen toda la ceremonia del matrimonio en los Molokanes. Si una joven, que no las ha pronunciado, vive con su amante, se la considera deshonrada y perdida. Y las consecuencias son desastrosas, porque las costumbres de estos sectarios, son muy rígidas. Pero, tan pronto como la joven ha proferido las palabras sacramentales, es tenida por virtuosa y sin tacha, viviendo con el mismo amante.

Ahora pregunto: ¿No es esto pura ficción? ¿No es verdaderamente una crueldad indigna hacer sufrir torturas atroces á criaturas humanas, porque han olvidado cumplir una ceremonia puramente convencional?

El establecimiento del matrimonio civil, en las sociedades occidentales, ha demostrado también, de una manera muy clara, cuán fútiles son las convenciones sociales. Para los hombres religiosos, que consideran el matrimonio como un sacramento, el matrimonio civil, puro contrato, debe hacer el efecto de una verdadera abominación. La vida común que viene como consecuencia, debe hacerles el efecto de un simple concubinato. No obstante, el matrimonio ante el alcalde, tiene todas las consecuencias civiles y políticas, y una mujer que se contenta con él, es una mujer honrada, aún para los católicos fervientes. Dese un paso más, suprimase el matrimonio civil, como se ha suprimido el matrimonio religioso obligatorio; las costumbres se adaptarán á las leyes nuevas y las uniones, sin autorización ni sanción, podrán parecer tan dignas de respeto y tan honrosas como actualmente el matrimonio civil.

Pero la familia es otra cosa. Es un hecho del orden

(48) Aquí las formalidades son múltiples en extremo: consentimiento de los padres, publicación de bandos, firma del contrato, matrimonio civil, ceremonia religiosa, y, á veces, en dos iglesias, si los cónyuges son de culto diferente.

natural. Pueden variar las leyes y las costumbres; pero la familia seguirá siendo lo que es.

Reducida á sus elementos más sencillos, la familia es la unión de dos individuos de sexo diferente, viviendo en comunidad con su progeñe. Como el niño no puede bastarse á sí mismo en los primeros años de la vida, esta asociación familiar es inevitable. Si no se formase, el género humano y las sociedades no existirían. Pretender, pues, que se suprimirá la familia al abolir el matrimonio, es un absurdo. Sin duda, puede modificarse, en cierto modo, el personal de la asociación familiar (49), pero el elemento irreductible, la madre, el padre y los niños, permanecerá invariable.

Y es así precisamente porque la familia es un hecho del orden natural y es absurdo suponer que tenga necesidad de coerción para mantenerse. Las gentes superficiales se imaginan que, sin una legislación sobre el matrimonio, en una palabra, sin un código, el padre se irá por un lado, la madre por otro, y los niños, abandonados á su triste suerte, tendrán que morir en edad temprana ó ser educados por la sociedad. La humanidad ha vivido muchos siglos en la anarquía más desenfrenada. La fuerza bruta lo dominaba todo. Hemos, pues, sido impregnados de esa idea infantil de que tal fuerza es la base misma del orden social. Nos parece, que si desapareciese, todo el orden social vendría abajo. Se cree, por ejemplo, que las grandes naciones modernas morirían en flor, si el poder central no lo impidiere por la fuerza de las armas. También nos imaginamos que las familias se dislocarían inmediatamente sin la coerción del Estado, que toma aquí la forma de la legislación matrimonial.

Repito que no hay error más grave. Y esto, por la sencillísima razón de que la base de la vida social, no es la fuerza bruta, sino un conjunto de fenómenos fisiológicos y psíquicos. El hombre y la mujer viven juntos porque esto les proporciona goces morales y materiales. Tienen sus hijos cerca, por la misma razón. Los impulsos muy complejos que les hacen obrar así, toman el nombre de afectos. Suprimid mañana todas las formas de matrimonio hoy existentes y las facultades afectivas de nuestro ser, continuarán siendo las mismas; por consecuencia, los lazos de la familia seguirán siendo tan

(49) Hago alusión á la poligamia (vida común de un hombre y varias mujeres) y á la poliaudria (vida común de una mujer con varios hombres) y otras combinaciones de todo género.

sólidos como antes. Las facultades afectivas, en efecto, no están en relación de las medidas legislativas, sino en función de los fenómenos fisiológicos y psíquicos del ser humano.

Y los hechos demuestran completamente lo que digo. Cuando el matrimonio civil ha reemplazado al matrimonio religioso, ¿se observó la menor disminución de las facultades afectivas? ¿Ha podido observarse que todos los hombres y todas las mujeres, casados sólo ante el juez, han querido librarse de sus hijos ó no los han querido? El número de los padres buenos ha seguido siendo, después de establecerse el matrimonio civil, exactamente el mismo que en la época en que sólo existía el matrimonio religioso.

Los fenómenos fisiológicos y psíquicos son anteriores á las medidas legislativas, no dependen de ellas. Son las leyes sociales las que provienen de esos fenómenos, y no al contrario.

No sólo puede existir la familia sin cohesión, sino que, cuando la fuerza haya desaparecido completamente de las relaciones sexuales, el lazo de familia adquirirá mayor potencia. En primer lugar, cuando la unión sea libre, cada nuevo día pasado será una fuente de contento. En segundo lugar, la potencia y la duración de un lazo está en razón directa de la suma de felicidad en que se funda. Con los matrimonios actuales, que son con frecuencia simples arreglos de orden económico, las primeras impresiones entre esposos son generalmente desastrosas (sobre todo para la mujer). Así la potencia del lazo formado es mediocre. Pero si los jóvenes se han abandonado uno á otro, en un momento de éxtasis y delicias, el comienzo de su unión está iluminado por una deslumbrante aurora. Un lazo, formado en circunstancias tan radiantes, será muy difícil de romper. Los conservadores se imaginan que, cuando la mujer sea libre, irá á vivir un mes con un individuo y al mes siguiente con otro. Pura ilusión. Hoy se encuentra á veces mujeres que se enamoran de un individuo por toda la vida. ¿Qué razón hay para creer que dejará de haber criaturas de corazón tierno porque el legislador haya abolido ciertas ceremonias matrimoniales? ¿Es admisible que pueda cambiarse la talla de los quintos por una modificación de las leyes de reclutamiento? Las facultades afectivas son un hecho tan *natural* como el de la talla. Cuando la unión libre sea considerada como legal, habrá tantas mujeres dulces y buenas y tantas mujeres malas como hoy. Puede, pues, predecirse que la duración me-

dia de las uniones *felices*, no será ya corta en nuestro tiempo.

Actualmente, lo que nos hace ilusión, es que los lazos ilegales se rompen por lo general, más pronto que los legales. Pero eso es muy natural, porque los lazos ilegales van acompañados de una serie de sufrimientos (desprecio público, necesidad de ocultarse, entrevistas raras, etc.) que los lazos legales no dan. Se explica, pues, que haya una tendencia á librarse de lazos que no pueden dar una felicidad completa. Pero, en la unión libre, no ocurrirá así, y se obtendrá el máximum de felicidad.

No hay razón que apoye la idea de que la unión libre hará la inconstancia obligatoria. Es un juicio *a priori* que no resiste ni por un momento á la crítica. Si dos seres se aman desde la adolescencia, si continúan queriéndose durante el resto de su vida y hasta la más extrema vejez, nadie en el período de la unión libre, les impulsará á separarse. En la sociedad futura se comprenderá que es bueno romper las uniones infelices, pero no las afortunadas.

Me interesa dilucidar este punto con toda claridad. No quiero que pueda reprochárseme ni por un momento, que quiero en este libro relajar las costumbres. No aconsejo á la mujer que sea inconstante, frívola y ligera. Estoy muy lejos de semejantes ideas. Considero que la perfección de la criatura humana, está en razón directa de su potencia de afección. Imaginad una joven y un joven, que experimentan un amor que les llena la vida. Imaginad que, tanto él como ella, experimenten repugnancia á contraer una nueva unión. Esto sería, á mi modo de ver, el sentimiento más admirable que pueda imaginarse. Aún en el caso de que la afección pase, comprendo perfectamente que una mujer pueda considerar todo cambio como una mancha á su manto purísimo, y que prefiera privarse del amor más bien que pertenecer á dos hombres en su vida. Admito perfectamente estas delicadezas de sentimiento, y las respeto mucho.

Lo único que pido es que esta unión, esta inmolación de la vida á un solo ser adorado, venga de un impulso interno y libre y no de una coerción brutal impuesta por las leyes ó las costumbres. Pues sólo cuando procede de un impulso espontáneo la constancia es fuente de dicha.

Esta es la ocasión de hablar de otra consecuencia del afecto.

Un hombre y una mujer se unen. Tienen hijos á quienes adoran. Al cabo de algunos años las pasiones se

calman y acaso, por una y otra parte se presentan amores nuevos. Pero no se abandonan, por cariño á los hijos. He aquí también una conducta muy lógica y que merece aprobación. Pero la condición indispensable es que proceda de la libre voluntad de los cónyuges y no sea impuesta por una autoridad exterior.

En la sociedad futura, en que las instituciones sociales tendrán por objeto la felicidad del individuo, esos seres admirables y raros que sienten amores únicos, estarán en condiciones más ventajosas. En nuestros días, no se sabe si la constancia procede, en parte, del temor (50). Por eso tiene mucho menos valor y belleza. En la sociedad futura, en que se sabrá que la constancia procede únicamente del afecto, la constancia será mil veces más preciosa.

Además, lo que no hay que perder de vista es que la libertad será el correctivo de muchos males. Cuando un hombre sepa que su compañera puede abandonarlo á cada instante sin más explicaciones, se verá obligado á guardarla consideraciones y á no usar las brutalidades y la tiranía de hoy. La mujer, á su vez, pudiendo ser abandonada á cada momento, tratará de hacerse agradable y evitará los procedimientos agrios que son hoy, por desgracia, la norma de las familias. A consecuencia de esto, muchas uniones, que con el régimen matrimonial de hoy se habrían disuelto (51), subsistirán, por el contrario, en la época de la unión libre.

No hay que olvidar, en efecto, que la ruptura de las uniones se practica, en nuestro tiempo, en una vasta escala. La Iglesia católica es la única que mantiene la indisolubilidad del matrimonio. Pero la Iglesia ortodoxa de Oriente, la anglicana, innumerables sectas cristianas, el judaísmo, el islamismo y un gran número de otras religiones, reconocen perfectamente el divorcio. En Rusia, es una cuestión de dinero; en Rumanía, de las más fáciles; en América se concede con entera libertad. No obstante, no se nota que la práctica del divorcio, aun siendo éste muy fácil, haya producido la disolución de las uniones sexuales.

La única diferencia entre el estado presente y el estado futuro, será esta: actualmente, las uniones y las se-

(50) Entiendo con esta palabra todas las consecuencias crueles que la sociedad actual impone á la mujer infiel, divorciada ó abandonada.

(51) Por *disueltos* no entiendo sólo los divorcios legales, sino las separaciones efectivas, no sancionadas por la ley, que tan frecuentes son en nuestros días.

paraciones se cumplen después de ciertas ceremonias convencionales, es decir, con la sanción de las autoridades sociales. En el porvenir, se harán libremente, sin autorización, sanción ni ceremonias. Aparte esta diferencia, que asegura mayor felicidad, la sociedad conservará casi enteramente su aspecto actual.

La unión libre del porvenir tendrá, sin duda, formas más flexibles que el matrimonio actual (52). Ya se ve apuntar el comienzo de una era. Según la iglesia católica, el matrimonio es indisoluble. Cuando no es feliz, es como la prisión eterna, sin esperanza de salvación. He aquí la fórmula más rígida que imaginarse pueda. Después, se adapta el divorcio: las formas de matrimonio son más clementes. ¡Pero todavía, cuantas gradaciones! En cada país la ley exige condiciones diferentes para la ruptura del lazo conyugal. Existe toda una escala de disposiciones, de las más severas á las más suaves. En las sociedades muy adelantadas, el divorcio por simple incompatibilidad de humor, es un progreso adquirido, una conquista realizada.

Con la unión libre, la flexibilidad será completa. Esto es precisamente lo que constituirá la superioridad del porvenir sobre el presente, porque en biología, como en sociología, la perfección estriba en la posibilidad de adaptarse lo más pronto posible á un conjunto de condiciones nuevas. Se comprende perfectamente, en el porvenir, una mujer y un hombre que viven primero separados y luego se reúnen bajo el mismo techo, después se separan de nuevo sin que el afecto que los une haya disminuído. No así en nuestros días. La mujer debe seguir al marido. Está obligada á vivir con él. Y, precisamente, porque la unión futura producirá formas menos rígidas, podrán más fácilmente adaptarse á las necesidades del momento, será más perfecta.

Lo que precede, habrá determinado claramente, (según creo) las tendencias feministas. La familia debe estar fundada sobre otras bases; pero esto no significa que haya de destruirse la familia. Es absolutamente imposible. Pero, aun cuando así fuera, no sería eso nuestro deseo. La tesis de este libro es que es preciso reemplazar las instituciones que proporcionan una pequeña parte de felicidad por otras que la proporcionan en mayor escala. Es, pues, fácil comprender que es diametralmente opuesto á mis ideas, querer suprimir una

(52) Véase p. 85.

institución que es la fuente de los mayores goces que pueden experimentarse aquí abajo. La familia, en efecto, en este mundo, es el punto culminante de la felicidad humana, es el objeto definitivo de la vida. Hallar un ser que se adora y del que se es comprendido, consagrarse enteramente á él, fundar juntos un hogar, agrupar alrededor de sí criaturas deliciosas que se llaman hijos, cuidarlos, verlos crecer y desarrollarse, sentir que no se va entre olas encrespadas, sino que la confianza y el afecto nos han conducido al puerto finalmente: ¿qué felicidad mayor? Las demás circunstancias de la vida, son únicamente ensayos y preparaciones que conducen á ese fin supremo.

Así, pues, los feministas no tenemos la menor tendencia á suprimir la familia. Puede decirse, por el contrario, que somos los más decididos sostenedores. Pues la santidad del hogar, y la felicidad de la familia serán una vana palabra hasta que la mujer no esté subordinada al hombre. La familia no puede ser *moral* si no se funda en el amor. Pues bien, el amor completo no es posible sino entre iguales, pues desde que aparece la menor subordinación, que procede de una coerción *externa*, el lazo que une á los individuos no es sólo moral, pues no es *únicamente* moral. He aquí un hombre y una mujer que viven juntos y constituyen familia. Si tienen derecho á abandonarse á cada instante y no se abandonan, saben perfectamente que la fuerza que les une es *interna*, es decir, que es el afecto. Así son felices. Pero tan pronto como la coerción aparece, su felicidad desaparece también, porque la duda puede albergarse en su alma.

Pues bien, como la felicidad está en razón directa de la suma de afecto, puede deducirse que la unión coercitiva, por el mismo hecho de poner en duda el afecto, es un enlace inferior á la unión libre.

Así, pues, nosotros, los emancipadores, somos los verdaderos sostenedores de la familia, porque queremos darle bases más puras, más nobles, más santas.

¿Añadiremos que nunca los feministas han pensado en organizar vastos falansterios en que se practicaría el comunismo y en que los niños, alimentados por procedimientos mecánicos, serían educados por la sociedad? Esto equivaldría á suprimir la familia. Algunos cerebros quiméricos han concebido esas locuras; pero esos soñadores iluminados no tienen nada que ver con los feministas. Son comunistas. Los feministas son individualistas convencidos, generalmente. Impulsan precisamen-

te el individualismo, hasta sus límites más extremos queriendo aplicarlo no á la mitad del género humano, sino á la humanidad entera, á la mujer como al hombre. Además, todo espíritu científico debe ser opuesto en absoluto á los sistemas falansterianos, por la sencilla razón de que disminuyen la felicidad del individuo; única cosa positiva y *real*. La felicidad de la sociedad, en oposición y fuera de los hombres de carne y hueso, de que está compuesta, es la más nueva y la más fantástica y la más funesta de las abstracciones.

Los feministas más adelantados están, pues, por la familia, pues en ella sola es donde el individuo puede encontrar el máximum de felicidad. Por lo demás, basta conocer las ciencias sociales, aun superficialmente, para saber que las civilizaciones son tan imposibles sin la familia, como los organismos superiores sin las células.

Pasemos ahora á otras objeciones.

Se dice que es preciso conservar el matrimonio, en interés máximo de la mujer. Sin esta institución, el hombre no se verá obligado á subvenir á las necesidades de sus queridas, y la situación de éstas será desesperada.

Hay un gran número de errores en esta opinión.

En primer lugar, no se tiene en cuenta los sentimientos humanos. No puede sostenerse seriamente que el hombre es una simple máquina en la cual no tienen lugar fenómenos psíquicos. Ciertamente, el hombre tiene con frecuencia malos sentimientos. Es egoísta, duro y brutal. Pero también es bueno: puede ser abnegado, tierno, delicado. Porque las temperaturas de 20° bajo cero son realidades, en París, durante el invierno, no se deduce que las temperaturas de 20° sobre cero no lo sean también, en verano. De todo hay en la naturaleza.

Considerar arbitrariamente un solo lado de las cosas, no es razonar de una manera científica. Pues bien, cuando la unión libre haya reemplazado al matrimonio actual, los hombres buenos y afectuosos proveerán á las necesidades de sus compañeras, por impulso íntimo, sin tener necesidad de coerción (53). Es un error creer que la supresión de la coerción, hará desaparecer de golpe, y como por arte de encantamiento, á todos los hombres que tienen facultades afectivas. Sin duda, las gentes duras y secas, darán poco dinero á sus compa-

(53) Haré observar que en nuestros días los hombres, á pesar de sus defectos, dan generalmente mucho más dinero á sus queridas que á sus mujeres legítimas.

ñeras; pero también hoy dan poco dinero á sus mujeres legítimas. La legislación existente no es una salvaguardia bastante para el sexo débil.

Examinemos, en efecto, lo que vale la ley que obliga en nuestros días al marido á subvenir á las necesidades de la mujer.

Es preciso poner en evidencia, que esta obligación es un arma de dos filos. Si el marido debe mantener á la mujer, los bienes de ésta pertenecen ó son administrados por el marido. Hay que confesar que hemos hecho la legislación conyugal en ventaja nuestra. En el estado actual, los derechos de la mujer no están garantidos por la ley; por el contrario, son violados del modo más inicuo. Gracias á nuestros códigos, no sólo el marido no mantiene siempre á su mujer, sino que, por el contrario, ella es la que, con su mezquino salario, mantiene muy frecuentemente á su marido y á sus hijos. ¡Cuántas veces también en las clases acomodadas, el marido se come la fortuna de su mujer del modo más escandaloso!

Y luego, ¿cómo puede la mujer, actualmente, hacer valer su derecho á ser mantenida por el marido? Este derecho, como se va á ver, se reduce á ficciones con que nos contentamos por pura hipocresía.

En efecto, se presentan dos casos fundamentales: ó los cónyuges son pobres, ó son ricos.

Si el marido no gana nada, lo que la mujer puede darle con sus ganancias no es nada. Si gana poco, y si el tribunal adjudica á la esposa una pensión alimenticia, ésta se reduce á una suma tan mezquina, que la mujer ha de vivir de su trabajo. Añadid, además, que la pensión es á veces muy difícil de percibir. Así, pues, á pesar del matrimonio civil y religioso, á la hora actual, cuando un marido no quiere subvenir las necesidades de la mujer, no lo hace. La unión libre no acarreará, pues, ningún atentado á los intereses económicos de la mujer pobre.

Pasemos á los ricos. En la sociedad futura, la mujer dispondrá libremente de su fortuna. El amante no tendrá ningún derecho sobre su haber. Si una unión se deshace, la mujer continúa viviendo con su dinero. La supresión del matrimonio actual será, pues, más ventajosa para la mujer.

Por fin, existe una tercera combinación, la de una joven pobre que se casa con un hombre rico. Como la pensión alimenticia es fijada por los tribunales, en relación con la fortuna del marido, una mujer pobre que,

en nuestros días, está abandonada, se halla en una situación más ventajosa que si el matrimonio no existiese. Pero es preciso tener presente que las uniones de este género, son cantidades despreciables porque el número de ricos es muy restringido. Y luego, no son interesantes sino en el caso de que la joven pobre se haya casado con el hombre rico *por amor*. Pues bien, el número de los casos en que un hombre muy rico, al abandonar á la mujer adorada, no quiera darle para alimentos, será probablemente raro.

En cuanto á la joven pobre que se casa con un rico *sin amarlo*, es una criatura deshonesta que quiere suscribirse á la gran ley del trabajo. Es sencillamente una cortesana que busca quien la mantenga. Si ha sido abandonada por su marido y se queda sin recursos, debe sencillamente entrar en el derecho común y ponerse á ganar el pan con el sudor de su frente. El abandono será para ella un beneficio, porque será causa de su regeneración.

Se ve, pues, que, de todos modos, la unión libre no acarreará trastornos económicos á la mujer.

Esta es la ocasión de poner aquí de manifiesto otro error que en parte ya he señalado.

El eminente sociólogo de que antes he hablado (54), dice que el matrimonio es útil, sobre todo, á la *mujer*, «porque, á medida que se hace vieja, quedaría sin recursos, mientras que el hombre permanece joven hasta los sesenta años». Deberá admitirse que si el hombre de 60 años puede agradar todavía á la mujer, el de 30 le gustará aún más. Si, pues, se permanece en el terreno del amor, hay muchas probabilidades para que los viejos no hallen compañeras jóvenes. Por consecuencia las viejas tendrán también compañero. Es preciso reflexionar además en el hecho de que en nuestra época, de inmoralidad escandalosa, la prostitución se ejerce en grande escala. Los viejos encuentran mujeres jóvenes pagándolas (sea de una manera directa como cortesanas, sea indirectamente como mujeres legítimas). Pero cuando la unión libre, establezca el reinado del amor, los viejos no podrán entregarse á sus desvergüenzas. Entonces se contentarán con sus pasiones juveniles, que serán para ellos, la única esperanza.

Es un error creer que el apoyo *material* del hombre, sea más indispensable á la mujer que el apoyo personal de la mujer al hombre. Al contrario. Privada del apoyo económico del hombre, la mujer puede ponerse á tra-

(54) Véase la nota de la pág. 76.

bajar y ganarse la vida. Pero privado de los afectuosos cuidados que sólo la mujer puede y sabe prodigar, el hombre queda reducido á la existencia más miserable. Por esto se ve en nuestros días á tantos viejos mozos, casarse con sus cocineras y á tan pocas solteronas, casarse con su cocinero. Un hogar sin mujer, es mucho más insoportable que un hogar sin hombre. Así, pues, una vez que la prostitución se atenúe, parece evidente que en la época del amor libre, el número de mujeres abandonadas no será mayor que en nuestros días.

Una última objeción y de las más graves: la religión. ¿Si las instituciones conformes á la naturaleza de las cosas, no se acomodan á las enseñanzas de la fe, qué debe hacerse?

Ante todo, debo decir, que se puede ser el hombre más ateo del mundo, y respetar profundamente la religión. Es pues posible sostener que los creyentes obrarán de una manera razonable, obedeciendo escrupulosamente las órdenes de su Dios. Si tienen la convicción de que es preciso el celibato, que domén las tendencias de la carne y permanezcan castos. Obtendrán de esta manera una recompensa, que equivale á las delicias del amor. Primero el contento de sí mismos y luego la certeza de la vida eterna (para los que crean en ella). Si una religión no admite la santidad de la unión sexual, sino después del matrimonio ante el altar divino, los creyentes de esta religión, deberán abstenerse rigurosamente de practicar la unión libre, pública ó clandestinamente. Harán bien en vivir conforme á su conciencia y á su fe. Y en una sociedad, compuesta en su mayor parte de librepensadores, las personas religiosas deben gozar de la más profunda y completa libertad.

Pero no hay que confundir *la* religión con *las* religiones; cada cual se imagina que la religión, en cuyo seno ha nacido, es *la* religión, es decir, la única verdadera.

Es evidente, sin embargo, que la verdad no depende únicamente del azar del nacimiento. Háyase visto la luz entre los salvajes de Australia, ó en las orillas del Támesis, la suma de los tres ángulos de un triángulo, es igual siempre á dos ángulos rectos. Un hombre puede cambiar de religión: un musulmán, por ejemplo, puede convertirse al cristianismo. Entonces, en la primera fase de su vida, la poligamia puede parecerle conforme á la voluntad de Dios, en la segunda la peor de las fornicaciones, severamente prohibida por Dios. Y puede perfectamente llegar un día, en que todos los hombres

se conviertan á la religión, que dará sanción divina á la unión sexual, conforme á la naturaleza de las cosas.

Esto es tanto más probable, cuando se piensa en que todas las religiones varían incesantemente. Así los pastores liberales de la iglesia de Ginebra, no admiten desde hace algunos años, la divinidad de Jesucristo, mientras que sus colegas los ortodoxos, la admiten todavía. Véase pues, la revolución radical que se ha cumplido en el seno de la iglesia cristiana, en un breve espacio de tiempo. Pues, preciso es decirlo, entre creer que Jesucristo es un doctor de juicio, ó que es la segunda persona de la Trinidad, hay un verdadero abismo.

Como las religiones evolucionan perpetuamente, puede determinarse un cambio considerable en los europeos. Nuestras iglesias renunciarán sin duda, al odio salvaje que profesan actualmente. Podrán considerar algún día el orden de las cosas, conforme también con la voluntad de Dios, pues toda creencia contraria, es necesariamente impía: equivale á decir que Dios se ha engañado, haciendo el mundo tal como es, es decir, que Dios no es la perfección absoluta.

Un magnífico período de renovación, comenzará entonces para las sociedades europeas. La escisión entre las creencias y las realidades que producen hoy los sufrimientos más intensos y las tragedias más dolorosas, desaparecerán. La naturaleza precipita á Margarita en los brazos de Fausto. Pero á causa de los errores antiguos, nuestra sociedad hace de esta deliciosa criatura, una mujer perdida. Cuando evolucionando la religión, lo que es conforme á la naturaleza se reconozca que es conforme á la voluntad de Dios, Margarita subirá directamente al cielo. Esperamos que el momento bendito, en que la realidad se reconcilie con la fe, no está demasiado lejano de nuestra generación actual, tan triste y desventurada.

Me falta responder á una objeción.

«Aun en una pequeña asociación como la familia, dicen los conservadores, el orden es imposible sin una autoridad. La ley ha dado la autoridad al padre, y por eso se ha mantenido el orden. Con la unión libre, no habrá ninguna autoridad, la anarquía será la consecuencia y producirá la descomposición de la sociedad.»

Esta proposición está basada también en muchos errores.

Ante todo hay una confusión: la subordinación es sin duda indispensable en un regimiento ó en una adminis-

tración pública. Un regimiento está organizado con arreglo á un fin exterior á los individuos que lo forman: con el fin de hacer la guerra. En este caso, el fin debe pasar por encima de las conveniencias de las unidades que lo componen. El soldado debe someterse á ciertas molestias, para que el regimiento pueda cumplir su misión. No se entra en el ejército por gusto (55).

La unión sexual es cosa muy diferente. Se contrae sólo para la felicidad directa de los dos cónyuges, felicidad que no es posible para uno de ellos, si el otro á su vez no es feliz. Pues bien, si *la ley* subordina la mujer al marido, la ley hace que la mujer deje de ser una persona, y se convierta en una cosa; en otros términos: la ley decreta su infortunio. Para que en el hogar haya felicidad, es preciso que los dos cónyuges tengan exactamente la misma autoridad.

«Pero, responderán los conservadores, es materialmente imposible. Hay que vivir á pesar de todo. Si los cónyuges no llegan á entenderse, ¿cómo resolver sus divergencias?»

La respuesta es fácil.

Si una mujer y un hombre no llegan á entenderse, en general no deben vivir juntos, sino separarse. El hecho de que rara vez se entiendan, es la prueba palpable de que sus naturalezas psíquicas son irreductibles y que su unión, habiendo sido un error lamentable, debe ser rota.

Pero para las gentes que no están en estado de antagonismo constante, ¿qué hacer? No querrán separarse á cada pequeño disgusto; no obstante cada una de esas piques compone la trama de la vida diaria y debe regularse necesariamente, sin lo que la existencia es imposible. ¿Qué solución queda? Es muy sencilla: someterse á las leyes de la naturaleza. No hay dos hojas semejantes en el mundo, no hay dos individuos de la misma potencia cerebral. Siempre que una mujer y un hombre, están en presencia el uno del otro, uno de los dos tendrá una fuerza psíquica mayor; el otro una fuerza psíquica más débil (56). Como es conforme á las leyes de la naturaleza que, en un vaso que hay una mezcla, el líquido más pesado vaya al fondo y el más ligero flote, también

(55) Pero desde que una asociación se forma por gusto (por ejemplo un Ateneo), la igualdad absoluta de los miembros es condición indispensable.

(56) Me sirvo á propósito de la frase fuerza psíquica y no de la palabra inteligencia. La inteligencia es un factor muy importante, pero no el más importante de todos. La voluntad no lo es menos.

es conforme á las leyes de la naturaleza que, de dos personalidades, la más fuerte mande y la más débil obedezca. Desde que la subordinación es natural, parece buena y no solamente no hace sufrir, sino que producirá el efecto contrario. ¡Es tan dulce someterse á un ser que se ama y que se reconoce como superior! La obediencia no es un sacrificio doloroso, sino la supresión de una pena, es decir, un placer. Cuando se está seguro de su guía (y por lo tanto se le cree superior), en este caso particular, uno se deja conducir por él. Entonces se ahorra la fatiga de buscar su ruta, uno se abandona enteramente á la satisfacción de admirar el paisaje. En este caso la subordinación al guía produce un aumento de goce. Este ejemplo puede generalizarse para el conjunto de la vida.

Si la superioridad del hombre sobre la mujer fuese un hecho *verdadero*, como la superioridad del hombre sobre el buey, y si la ley hubiese establecido la autoridad del marido sobre la mujer, la ley conformándose con la naturaleza de las cosas, no habría producido ningún daño. Pero no pudiendo saber de antemano, cuál de los dos cónyuges será superior al otro, le ley, para ir de acuerdo con la verdad, no debe subordinar la mujer al hombre ni el hombre á mujer. No debe intervenir cuando es incapaz de establecer un orden, conforme á la naturaleza de las cosas.

Y por lo demás ¿cómo negar que la alternativa de la autoridad existe desde hace siglos? A pesar de todas nuestras leyes y de todas nuestras instituciones, en cada caso, la mujer manda cuando tiene su personalidad psíquica superior á la de su marido. Todo el mundo comprende que el orden de la naturaleza no puede ser anulado por nuestras legislaciones pueriles. Entonces ¿por qué esta hipocresía ridícula, por qué ese terror pueril de la realidad, por qué no reconocer de *derecho* lo que de *hecho* existe desde la más remota antigüedad?

CAPITULO IX

LOS HIJOS

El establecimiento de instituciones conforme á la naturaleza de las cosas, es quizá más útil para los hijos que para las madres. Así en tanto que perdure esa monstruosa aberración, de considerar el nacimiento de un niño, como una vergüenza, la suma de la dicha humana será mediocre.

Los conservadores pretenden que la subordinación de la mujer, es precisamente indispensable al niño, porque es ley universal de la naturaleza, que los padres deben sacrificarse por su progenie. Más adelante veremos si esto es así.

Pero ahora es preciso hacer constar que si se profesa tan tierna solicitud por los niños, lo primero que debe desearse para ellos, es que puedan vivir. Es fácil demostrar que nuestras instituciones actuales, producen matanzas de inocentes en una gran escala. Tres son los procedimientos: el aborto, el infanticidio directo y el infanticidio indirecto.

En nuestros días, por la vergüenza que va unida al hecho de nacer un hijo ilegítimo ó adulterino, muchas mujeres practican el aborto en todos los estados del embarazo. Cuántas criaturas han sido sacrificadas en nuestras sociedades occidentales, es imposible decirlo. Lo único que puede afirmarse, es que su número debe de ser considerable.

Después del aborto viene el infanticidio directo, es decir, practicado por la madre, poco tiempo después del nacimiento del hijo. Aquí se tienen ya algunas cifras. Hay 7'3 infanticidios por millón de habitantes y por año en Hungría, 4 en Dinamarca, 3'7 en Alemania, 2 en Italia, etc. Pero haré notar que la estadística, no registra más que los casos que llegan á saber los tribunales y

que éstos condenan. Pues bien, todo el mundo comprende que los casos de infanticidio que permanecen en la sombra, son superiores al número de los que son descubiertos y castigados. Los infanticidios directos, son de tal manera contra natura, que son generalmente excepcionales. El caso más generalmente empleado para matar á los niños, es el abandono ó la nodriza en casa de las *hacedoras de ángeles*. Abandonado el niño, cae en las instituciones caritativas. A pesar de los cuidados admirables que allí se le prodigan, es natural que la mortalidad sea muy superior en tales instituciones que en los hogares.

En cuanto á las *fábricas de ángeles*, son instituciones legales florecientes; existen en todas las grandes ciudades de nuestros países «civilizados». El corazón se oprime y uno se siente invadido por una piedad inmensa, al leer los detalles de las torturas infligidas á pobres inocentes, por sus pretendidas nodrizas. Así en Londres se albergan frecuentemente, hasta 10 ó 15 en cuartos pequeños. El aire respirable falta casi completamente y la muerte hace innumerables víctimas.

Tal es el fin que persiguen esas empresas de asesinos. Si la enfermedad no hace bastantes víctimas, se arroja á los niños al río. En un solo día, consiguieron recoger en Londres, en el Támesis, entre Wapping y Bateria hasta 40 cadáveres de recién nacidos.

¿Cuántas víctimas produce el grosero error de creer que es vergonzoso tener hijos naturales? No es posible fijar la cifra. Pero no hay que olvidar que se trata de un error *doblemente* funesto. En efecto, la sociedad impele á la mujer á matar á su hijo, y después, cuando ha cometido el crimen, la sociedad mata á la mujer que lo ha perpetrado. Esto es un doble asesinato causado por nuestra moral convencional.

Pues bien, es evidente que el día en que nuestras instituciones estén conformes con la naturaleza de las cosas, el asesinato de los inocentes quedará muy reducido. Entonces el nacimiento de un hijo será considerado, en cualquier circunstancia, como la cosa más honrosa para la mujer, será, pues, una fuente de alegría para la madre. No habrá motivo para cometer el infanticidio directo é indirecto. Este crimen no se efectuará, sino bajo el impulso de la más extrema miseria. Es decir, que será muy raro, pues es preciso que una mujer esté muy desprovista de recursos, para que mate á su hijo.

Se sabe que el infanticidio de las hijas, se practica en gran escala en las Indias occidentales. Hay regiones

enteras de la Rajputana, en que aun hoy no se ven niñas. Esta matanza de inocentes proviene de la idea puramente convencional de que la mujer no puede cumplir los ritos funerarios del culto de los antepasados. Cuando sabemos hechos de este género, nos indignamos contra la estupidez y la barbarie de los indios; estamos prontos á decirles: «Pero desgraciados, os engañáis groseramente, los antepasados no tienen necesidad de vuestro culto. O el alma es inmortal, y por lo tanto espiritual, y entonces es inútil hacerle ofrendas materiales, ó no es inmortal. Entonces la vida del antepasado, acabada con la muerte terrestre, no necesita culto. En ambas alternativas es absurdo matar á vuestras infelices niñas».

Pero nosotros mismos somos tan limitados como los indios, sólo que la costumbre nos impide ver. En efecto, imaginar que es inmoral tener un niño, sin haber cumplido antes con ciertas ceremonias convencionales, es tan absurdo, como creer que una mujer no puede realizar los ritos del culto de los antepasados.

Ciertamente no mueren todos los niños ilegítimos. Gracias al admirable instinto del amor materno, muchos niños sobreviven y llegan á la edad adulta.

Entonces la situación en que quedan en nuestras sociedades, es espantosa. Desde la más tierna edad, se les aplica el apelativo insultante de *hijo natural*. Van marcados con la infamia, como galeotes. Y esto es una injusticia que subleva. Si los padres solamente fuesen castigados, ya con penas legales ya con el desprecio público, pase. Pero con mucha frecuencia, los padres salen de apuros muy fácilmente, (sobre todo los hombres) y los pobres hijos, que son las criaturas más inocentes del mundo, pagan por los culpables.

Si nuestras instituciones matrimoniales actuales, no tuviesen otras funestas consecuencias más que esos tormentos horribles que recaen sobre tan encantadoras cabezitas, con esto sólo bastaría para rechazarlas en absoluto.

Y es que los hijos ilegítimos son una cantidad despreciable. Son 14 por 100 en Baviera (57), 10,23 por 100 en Suecia, 9,23 por 100 en Alemania, el 8,75 por 100 en Bélgica, el 8,41 por 100 en Francia. Pero si en lugar

(57) El gran número de nacimientos ilegítimos en Baviera no proviene de mayor inmoralidad. En modo alguno. Una ley no autoriza el matrimonio sino en tanto que se posee cierto haber. Los muchachos que no poseen ese mínimun no pueden contraer uniones legales y así los hijos son ilegítimos.

de países enteros que comprenden campos y ciudades, se consideran solamente los centros urbanos, se llegan á cifras mucho más elevadas. Los hijos ilegítimos son el 41 por 100 en París, 37 por 100 en Cracovia, 32 por 100 en Viena, 29 por 100 en Stocolmo, etc. Estas cifras indican cuán importante es en ciertas localidades la masa de desgraciados que nuestras leyes bárbaras é injustas condenan á sufrimientos tan crueles como inmerecidos.

Estos sufrimientos comienzan por el niño en la escuela. Muchas veces se ha descrito esto y mejor de lo que yo podría hacerlo. Esto me dispensa de hablar del asunto. Mis lectores no tienen más que acordarse de los casos que han visto. La escuela es un verdadero infierno para el hijo natural. Ciertamente millares de desgraciados, salen de allí con un carácter agrio y un pesimismo, que los hace ineptos completamente para disfrutar de dicha, el resto de su vida. ¡Cuántos quedan desmoralizados por completo! Hacer el mayor número de desgraciados posibles; tal es el fruto de nuestra moral pura y perfecta.

Además, el hijo ilegítimo se hace adulto. Cuando entra en la vida, ¡cuántos desengaños y sufrimientos! Primero debe ocultar cuidadosamente su origen. Si por circunstancias especiales es imposible esto, se producen las catástrofes. Una de estas circunstancias es el matrimonio. ¡Cuánto trabajo le cuesta á una hija natural encontrar marido! ¡Un hijo natural esposa! Y no se trata solamente de prejuicios sociales, sino de dificultades legales. En Francia son tan grandes, que hacen á veces que fracasen las bodas concertadas entre muchachos muy enamorados. Los padres, al saber que uno de los cónyuges es ilegítimo, se niegan á dar su consentimiento (58).

Ninguno de estos sufrimientos se producirá con la unión libre. No habrá entonces distinción entre hijos legítimos é ilegítimos. Cuando nuestras instituciones estén conformes con la naturaleza de las cosas, *todos* los hijos serán naturales. No habrá privilegiados y parias, elegidos y réprobos. Cada criatura humana que no se hubiese desviado del camino del honor y del deber, podrá alzar bien alta la cabeza, sin temer que se castiguen en él, las faltas cometidas por sus padres. Innumerables sufrimientos desaparecerán cuando la hora de la justicia haya sonado para los hijos ilegítimos.

(58) Véase á este propósito un excelente artículo de los señores P. Lagrange y J. Nouviön titulado *La justicia para los hijos llamados naturales* (La Revue, 1.º Diciembre 1901).

Pasaré ahora á describir otra tortura á que se somete á los hijos en nuestras instituciones actuales.

Con la unión indisoluble, ciertas casas se convierten en verdaderos infiernos. El marido y la mujer, esos dos encarcelados, pueden profesarse un odio tanto más feroz cuanto que su unión es indestructible. Los hermanos siameses se detestaban con furor. Pues bien, en las familias donde no hay amor, donde las querellas, los malos tratos, las injurias y aun á veces las batallas son habituales, la suerte de los hijos es sencillamente horrible. El terror pesa sobre sus cabezas constantemente. Las pasiones más contradictorias, se agitan en su corazón. Tampoco tengo necesidad de describir aquí escenas que todo el mundo conoce. Sólo diré que con mucha frecuencia los hijos salen de esos infiernos conyugales, desmoralizados para toda la vida. O bien, como los hijos naturales, salen tan doloridos, tan sombríos, tan desconcertados, que el resto de la existencia les hace el efecto de un siniestro sarcasmo. Y también aquí nuestra pretendida moral, tiene por efecto disminuir la suma de la felicidad humana.

Se ve, pues, que nuestras instituciones actuales, no garantizan ni con mucho los derechos más primordiales de los hijos. Esas instituciones les son tan poco útiles, como á la mujer. Puede afirmarse que les son más bien perjudiciales. Y que en interés de ellos habría que abolirlas lo más pronto posible.

He aquí cómo habrían de organizarse las cosas para que el niño tuviera el máximum de felicidad.

Ya he dicho que el amor es un acto fisiológico y debe cumplirse en el misterio, sin ninguna autorización ni sanción. La intervención social no debe producirse sino cuando es indispensable para asegurar á los hijos los derechos de los padres. Entonces se trata verdaderamente de un hecho *social*. ¿Por qué el hijo mayor de un lord toma en Inglaterra el título de su padre y se sienta en la alta cámara? Únicamente porque una ley positiva de este reino lo prescribe así. Si esa ley no existiese, ó si fuese diferente, el hijo mayor del lord no heredaría títulos ni funciones políticas, ó bien todos los hijos heredarían, ó habría otra combinación. Así también en Rusia una hija tiene derecho á la décima cuarta parte de la herencia paterna y en Francia á una parte igual á la de los varones, en virtud de las leyes de esos países, es decir, de arreglos sociales.

La sociedad debe, pues, intervenir necesariamente para la transmisión de los derechos de los padres á los hijos.

En el porvenir una ceremonia especial establecerá las filiaciones. Los oficiales del estado civil se dirigirán al domicilio de las personas que les llamen. Allí, ante testigos, y en las formas prescritas por la ley, registrarán las declaraciones de los padres y les darán un documento que establecerá los derechos de filiación del hijo.

Esta ceremonia de la declaración corresponderá al bautismo tal como exista en los países protestantes donde los registros del estado civil los lleva la iglesia. Naturalmente que esta ceremonia podrá ir acompañada de fiestas y regocijo.

No hay necesidad de decir que en la sociedad futura no sólo existirán la investigación de la paternidad, sino que el que se niegue á concurrir á la ceremonia de la declaración del hijo, sufrirá ciertas penas.

En nuestras sociedades se ha prescindido de la investigación de la paternidad en gran parte, sin duda para favorecer el egoísmo del hombre, así como para no atentar á la santidad del matrimonio (59). Parece como si se dijera á la joven: «Obráis mal entregándoos á un joven antes de haberos casado con él en la forma prescrita, y para castigaros por ello desligamos á vuestro seductor de toda obligación legal frente á vos, respecto á los hijos que hayáis podido tener con él. Habríaís debido casaros. No lo habéis hecho. Tanto peor para vos. Cuidad sola de vuestros hijos».

Pero cuando no haya matrimonios, el punto de vista del legislador será muy diferente. Nace un niño. El padre debe proveer su sustento tanto como la madre. El hombre no tiene razón alguna para sustraerse á ese deber. Si quiere sustraerse, causa perjuicio á su compañera y á su hijo. La sociedad, pues, tiene el derecho de hacerle cumplir por fuerza lo que no ha querido de buen grado.

Muy ciertamente, la investigación de la paternidad puede dar lugar á abusos. Habrá mujeres que atribuirán hijos á padres que no lo son. Pero aquí de los tribunales. El cobro de un letra puede dar lugar también á abusos. Pueden presentarse pérdidas. Pero nadie sostendrá que no hay que obligar á las gentes, á pagar lo que deben por el hecho de que haya algunos abusos.

Otra razón contribuye á que los hombres sean hoy muy hostiles á sus hijos naturales, y es precisamente el matrimonio. Un padre se inclina á amar y á favorecer

(59) El lector sabe, sin duda, que la investigación de la paternidad no está prohibida en todos los países civilizados, sino sólo en algunos.

á sus hijos legítimos más que á sus hijos naturales, porque las leyes y los costumbres contribuyen á que la situación de los primeros sea más ventajosa. Es vergonzoso tener hijos naturales y honroso tener hijos legítimos. Se ocultan, pues, los primeros, y se tiene á gala enseñar los segundos. Naturalmente, se ama más á un hijo que es una fuente de satisfacción, que á otro que sólo da disgustos. Pero en la sociedad futura, cuando *todos* los hijos sean naturales, esas circunstancias no existirán, y los hombres tendrán menos motivo para resistirse á declarar al hijo. Si no lo hacen, será únicamente por razones económicas y no por razones éticas. La razón económica no obrará más que sobre los indigentes. Pues bien: estos son menos numerosos que los que se ganan su vida por medio del trabajo.

Ahora debo responder á algunas objeciones. Con la supresión del matrimonio, dicen los conservadores, la mujer tendrá tantos hombres como quiera. Podrá contraer, pues, un gran número de enlaces. ¿Qué será de los hijos en tales circunstancias y quien los cuidará?

Ya he demostrado arriba que las uniones no serán probablemente menos duraderas en la época de la libertad que en nuestros días. Pero admitamos la tesis de nuestros adversarios y exagerémosla. He aquí una mujer y un hombre, que han tenido en su vida veinte uniones diversas.

Ante todo ¿quién puede asegurar que cada una de estas uniones ha de dar fruto? Actualmente las mujeres que tienen más de siete ú ocho hijos son bastante raras. Lo mismo pasará en lo porvenir. Pero admitiendo que una mujer tenga veinte hijos, que provengan de uniones diferentes, su situación no sería en modo alguno más trágica que en nuestros días.

Ante todo hay que establecer un hecho importante. En nuestro tiempo las separaciones se hacen á consecuencia de un proceso que ocasiona heridas mortales. Esas heridas causan resentimientos. Entonces, cuando se verifique una separación se evitará toda clase de relaciones. Los hijos colocados entre dos padres que no quieren verse ó que se mantienen á la defensiva, de una manera hostil y reservada, los hijos, digo, están en una situación penosa que les hace sufrir mucho. No será así con la unión libre. Las parejas se abandonarán no solamente sin gran resentimiento sino con una cierta benevolencia. Además, las separaciones no serán envenenadas por el veneno de los procedimientos judiciales. En nuestros días, sería ridículo que un hombre se pasee

amigablemente con una mujer de que está separado. En la época del amor libre, esto no parecerá ridículo sino perfectamente natural. En estas condiciones, los hijos pasando alternativamente del padre á la madre, que ya no serán hostiles ni se odiarán, quedarán en situación menos penosa. Esto indica ya la superioridad del estado futuro sobre el presente.

Volvamos al fondo del asunto. He aquí una mujer que tiene veinte hijos (exagero á propósito). Los tiene todos con ella, pues ninguno de los diferentes padres, los ha querido reconocer. Dejemos á un lado por el momento las condiciones económicas de que hablaré más tarde, y consideremos sólo la parte ética. ¿Qué mal hay en que una mujer tenga veinte hijos? Imaginad que en nuestro régimen actual se hubiese casado tres veces (lo que está perfectamente autorizado), y que se quedase viuda y con veinte hijos. ¿Es que alguien habría criticado esto? Pero entonces ¿por qué hemos de pensar que el *mismo hecho* marcará la era de la descomposición social, cuando provenga no de la muerte sino de la unión libre? En nuestros días, una mujer divorciada tiene hijos de sus diferentes maridos. No se ve que el mundo haya perecido por esto. Los veinte niños de que hablamos podrán estar en excelentes relaciones con sus padres respectivos. Tampoco veo que este hecho dé lugar á protestas, pues es perfectamente natural que un hijo quiera á su *padre* además de su madre.

Pasemos ahora á consideraciones de orden económico.

Si la mujer que tenga veinte hijos es rica (admitiendo que los padres no quieran ninguno cuidarse de su descendencia), se basta con su fortuna. Ninguna dificultad en este punto. ¿Pero y si es una pobre? Pues bien, en nuestros días si una mujer sin recursos se ha casado con tres maridos ¿qué hace? En la época de la libertad las cosas irán mucho mejor. Pues sus veinte amantes estarán obligados por la ley á subvenir á las necesidades de su descendencia. La mujer que tenga veinte hijos, podrá percibir veinte mensualidades, mientras que ahora sólo puede tener una sola mensualidad (la del último marido) y aun ninguna (si el último marido muere). Se ve pues que la mujer desde el punto de vista económico mejorará con la unión libre.

En nuestros días los matrimonios múltiples se efectúan ya por muerte de uno de los cónyuges, ya por divorcio legalmente autorizado. La suerte de los hijos se arregla de la mejor manera posible. Lo mismo pasará en la sociedad futura. Unas veces el hijo permanece-

rá con la madre y otras con el padre. Pues (no desagrada esto á los conservadores) puede comprobarse que los padres aman también á veces á sus hijos. El caso de una mujer que haya de vivir con veinte hijos que provengan de veinte enlaces diferentes, será pues, poco probable. Sin duda habrá padres desnaturalizados en la época del amor libre. Pero también los hay ahora. Nuestras instituciones actuales no son, pues, una garantía contra esa monstruosidad. Y hasta en nuestros días, á pesar del matrimonio sacrosanto, hay madres desnaturalizadas que abandonan á sus hijos.

Aquí debo repetir lo que he dicho en el capítulo precedente á propósito de la mujer. Las modificaciones sociales no cambian nuestra naturaleza fisiológica y psicológica. Actualmente los padres profesan afecto por sus hijos. Este sentimiento proviene de causas inherentes á nuestra naturaleza, y en modo alguno de la acción coercitiva de la ley (60). Si amamos á nuestros hijos, no es porque un artículo del código nos obligue á ello. Modificad el código y las cosas no variarán. Como los hombres aman á sus hijos, les asisten en sus necesidades. Los conservadores pueden tranquilizarse: la supresión de las formas actuales del matrimonio, no aumentan en modo alguno el número de padres y madres desnaturalizados.

Hay que señalar aún aquí una inconsecuencia que subleva á los conservadores. La suerte del niño no les inspira ninguna inquietud, mientras que el lazo conyugal no se ha roto sino por la muerte ó por las autoridades constituídas; sólo les inspira inquietud á partir del momento en que este lazo puede romperse á voluntad. Actualmente, se casa una muchacha. Tiene un hijo. Pocas semanas después, muere ella ó su esposo. ¿Qué es del niño? «Pero, dicen los conservadores, sea como sea, la muerte es un fenómeno natural, al que hay que someterse». Innumerables uniones conyugales se rompen todos los días, por la muerte. Esto no impide que los hijos vivan. Hay, pues, medio de arreglar la suerte de ellos de cualquier manera. Pero los conservadores piensan que, si la unión sexual se rompe á consecuencia de un hecho natural, el dejar de amarse, el hijo será condenado inevitablemente á morir de hambre. Notad que, después de la ruptura de un enlace, el padre y la madre pueden tomar bajo su custodia el niño; mientras que,

(60) Los animales no tienen leyes. No obstante aman á sus hijos y tan intensamente á veces que sacrifican su vida por ellos.

después de roto el lazo conyugal, por la muerte de uno de los cónyuges, eso no es posible. La situación del hijo, después de una ruptura, es, pues, más ventajosa que después de una muerte. Y, sin embargo, esta situación es la que los conservadores consideran como la más temible de las catástrofes, la única digna de tomarse en cuenta.

Por otra parte, he aquí un hombre y una mujer que se divorcian ante el tribunal. ¿Qué es de los hijos? Los conservadores no se preocupan de ello. Pero, si en lugar del divorcio *legal*, existe, *de hecho*, la misma cosa, salvo algunas formalidades de menos, los conservadores se imaginan que el hijo será necesariamente abandonado y sacrificado. Sus temores son completamente vanos. Ante todo, es claro que el afecto de los padres será el mismo después de una separación espontánea que después de un divorcio legal. Después, también es claro que la ley puede preocuparse de la suerte del niño, tanto en la época de la unión libre como en la época de la unión coercitiva.

Permítaseme que, al terminar este capítulo, haga constar otro error. Nuestros moralistas afirman que la felicidad de la generación actual debe sacrificarse á la de la generación futura. Esto me parece soberanamente injusto. ¿Por qué Pedro debe sufrir toda clase de torturas, á fin de que su hijo Pablo tenga toda clase de goces? ¿Por qué razón la generación de Pablo es más interesante para el legislador y para la humanidad que la generación de Pedro? No, es preciso establecer un estado de cosas en que ni los hijos se sacrifiquen por los padres, ni los padres por los hijos. Claro es que aquí no se trata de los sacrificios que los padres hacen de buen grado y por afecto, porque esto es compensado por una alegría correspondiente, y aun superior á veces (la satisfacción de ver la felicidad de los hijos). De lo que quiero hablar aquí, es de la justicia social, en la más vasta acepción de la palabra. No hay ningún derecho para decir á dos seres humanos: «vais á ser condenados al matrimonio indisoluble para que vuestros hijos sean felices». He aquí un arreglo antisocial á todas luces, pues repito que los intereses de los padres y de los hijos no son opuestos y contrarios. Puede perfectamente organizarse las instituciones de una manera que sean respetados escrupulosamente los derechos de la generación ascendente, en la misma medida que los de la generación descendente.

Cualquier otro arreglo, por lo demás, no puede dis-

minuir la suma total de dicha. Pero es que la ilusión impide que veamos. En efecto, si la generación I se sacrifica á la generación II, ésta, á su vez, á la generación III y así sucesivamente, ninguna generación, en definitiva, resultará feliz.

CAPITULO X

LA LICENCIA DESENFRENADA DE LAS COSTUMBRES

La objeción más frecuente contra la tesis de este libro, es de orden moral. «¡Cómo! se me decía; pero cuando el matrimonio quede suprimido, cuando no haya freno que á nadie detenga, las mujeres saldrán de los brazos de un hombre para precipitarse en los de otro. Tendrán un amante cada semana. Como la inconstancia no será considerada vituperable, ¿quién pretenderá practicar la fidelidad? Si vuestras ideas triunfasen, lo que es considerado hoy como vicio sería aprobado mañana como virtud. ¡Imaginad cómo se tendrá cuidado en contenerse y ocultarse! Pero la licencia de las costumbres será entonces espantosa, el libertinaje desenfrenado, universal. Nuestras sociedades se transformarán en una vasta y perpetua orgía. Esto será repulsivo y odioso. No habrá ya ni sombra de moral. Europa entera se convertirá en una vasta Sodoma y Gomorra».

Estos temores se fundan en un error fundamental, que he tenido ocasión de combatir en los capítulos precedentes, pero que aquí quiero tratar más de cerca: la confusión de los hechos fisiológicos y sociales.

En 1862, una proclama del presidente Lincoln abolió en los Estados Unidos la esclavitud de los negros, y les dió derechos civiles y políticos iguales á los blancos.

Al día siguiente al en que apareció la proclama, ¿cambiaron los negros de color? No por cierto. Conservaron la piel de ébano que antes tenían. Pues si una ley suprimiese mañana el matrimonio, las mujeres de nuestros países conservarían exactamente el temperamento que tenían antes de tal supresión. Habrá siempre mujeres ardientes, sensuales, depravadas, desvergonzadas, así como las habrá frías, insensibles, castas, púdicas. Pues bien, las mujeres de la primera categoría, lle-

varán una vida licenciosa, como hoy día; las otras mujeres, una vida pura, como actualmente.

Una frase de las *Lettres Persannes* me viene á la memoria: «El rey de Francia es un gran mago: hace creer á sus servidores que un trozo de papel es oro en barra.» Del mismo modo la rutina es una gran maga: nos hace creer que basta cambiar la etiqueta de una botella para modificar el líquido que contiene. La poliandria y la poligamia, bajo la forma del adulterio, la desvergüenza más extremada se practican en gran escala en nuestras sociedades. ¡Pero en tanto esta etiqueta (el término fatídico de «matrimonio») no se borra, nos parece que todo va bien y que la moral más severa reina entre nosotros! Somos como los chinos: «salvando la cara», proclamando que nuestras instituciones son perfectas, todo va bien en el mejor de los mundos posible.

Actualmente las mujeres sensuales se entregan á toda clase de abuso. Yo conocí en cierta ocasión á una dama de la alta aristocracia belga. Recibía únicamente á los hombres. Cuando no había más que una sola visita en su salón, se aprovechaba inmediatamente. Esta señora estaba sin embargo, casada ante el juez y ante la iglesia. Podría citar una multitud de historias como ésta referentes á señoritas. En todos los países, incluso en la púdica Inglaterra, ciertas jóvenes, de la más alta aristocracia, contraen relaciones efímeras basadas únicamente en el placer sensual.

Nuestras instituciones actuales no son en modo alguno un freno. Y en el fondo nos importa bien poco. En realidad, admitimos que una mujer puede hacer lo que bien le parezca con tal de que sea clandestinamente y salvando las apariencias.

Pero, se dice con frecuencia, la hipocresía es un homenaje que se hace á la virtud. Es posible; ¿pero es esto bastante? ¿Puede afirmarse que en cualquier circunstancia, baste cometer una acción y ocultarse para ser menos inmoral? Ciertamente nadie habrá que sostenga semejante paradoja, en lo que se refiere á la propiedad, por ejemplo. Un ladrón no descubierto no es en modo alguno un buen hombre. Si una mujer tiene la certeza de obrar mal engañando á su marido, no basta, para que esta mujer sea la virtud misma, que su traición permanezca ignorada para siempre. El sentido moral consiste en practicar lo que consideramos bueno en nuestro fuero interno. Cuando hacemos el mal, aun oculto, no tenemos nuestra propia estima, estamos degradados. La hipocresía es sin duda alguna un homena-

je que se hace á la virtud, pero es también una duplicidad, una deslealtad, que rebaja el carácter. Con la idea de que basta ser hipócrita para ser moral, se abre la puerta á los abusos más peligrosos, porque una mala acción, porque esté oculta no es menos perniciosa.

Parece que si una mujer dijese: «tengo un temperamento ardiente. Esto no es culpa mía. La naturaleza me lo ha dado. Obro en consecuencia, y á la luz del día», esta mujer sería más honesta que otra que se expresase así: «Sé que cometo una mala acción engañando á mi marido; pero considero que puede excusarme porque me oculto».

Tememos abrir los ojos y ver las cosas como en realidad son. Entonces caemos en la moral más falsa. La sensualidad es un hecho de orden fisiológico. Hay gentes que, á consecuencia de la conformación de sus órganos, tienen necesidad de comer más que otras. El que come mucho no obra más en desacuerdo con la moral, que el que come poco, porque obedece al mandato de la naturaleza. Pero si un hombre se imagina que es moral comer poco y no obstante, cediendo á las necesidades de su constitución física, come mucho, pero clandestinamente, no es más virtuoso por el hecho de haberse ocultado.

Cuando la verdad haya reemplazado á nuestras mentiras actuales, las mujeres sensuales podrán obedecer á su naturaleza, sin necesidad de ocultarse. No tendrán que degradarse practicando la hipocresía. Pero de aquí no se desprende que las costumbres hayan de ser peores, porque el número de las mujeres sensuales no será mayor en la época de la libertad que en la época de la servidumbre.

Otro error consiste en confundir los fenómenos sociales con los fenómenos psicológicos.

Se dice que cuando las mujeres sean libres, tendrán cada mañana un nuevo amante. Pero se olvida un hecho elemental; que para cometer una acción, es preciso sentir el *deseo*. El motor de las acciones humanas es *interno* y no externo. La acción es la resultante de un conjunto de factores psíquicos; no proviene únicamente de las leyes establecidas por el legislador, ó de la presión del ambiente social. Cuando un ciudadano dispone libremente de su fortuna, tiene perfecto derecho á tirar-la por la ventana. No obstante, miles de individuos, guardan cuidadosamente el dinero, hasta el fin de sus días. Pues así también en la sociedad futura la ley dará á la mujer el derecho de tomar un nuevo amante todas

las mañanas, y la opinión no la condenará si así hace; pero de esto no se deduce que la mujer obrará así siempre, sin desearlo. *Ser libre* de entregarse, no significa entregarse aún. Pues bien, para que la licencia desenfrenada de las costumbres, que tanto terror causa á los conservadores, tenga lugar, preciso es que las mujeres tengan el deseo de entregarse cada mañana á un nuevo amante. ¿Es probable que esto sea así? Ciertamente que no. Este deseo sería libertinaje morboso y como he dicho ya, las mujeres sensuales no abundarán más en el porvenir que en el presente. Pero he nos aquí de nuevo en el terreno fisiológico. Coloquémonos en un punto de vista puramente psíquico. Es fácil demostrar que el período de la unión libre no será en modo alguno el de la licencia desenfrenada de las costumbres. La mujer será educada de muy otra manera. No será una muñeca; conocerá la vida. Pudiendo tomar amantes según su corazón, no escogerá sino cuando su corazón haya hablado. Pues bien: no está conforme con la naturaleza psíquica de la especie humana que el corazón hable todos los días. Por el contrario (en igualdad de condiciones), la potencia de un lazo está en razón directa de la suma de felicidad saboreada en los principios, y por eso hay motivo para pensar que los enlaces concertados libremente, teniendo un comienzo más delicioso tendrán mucha más duración. Por consecuencia, las mujeres, teniendo la facultad de tomar nuevos amantes cada mañana, no los tomarán porque no tendrán gusto en ello.

Es, pues, casi cierto, que en la época del amor libre, todas las mujeres no serán modelos de desvergüenza, como en nuestros días no todas son modelos de ascetismo. La libertad no producirá pues ninguna licencia ni desenfreno, ni ninguna otra catástrofe de ese género. Hay motivo para creer que la decencia y el decoro serán mucho mayores que ahora. No hay que olvidar, que en una sociedad guiada por el amor, no se conocerá el libertinaje, pues éste es precisamente la unión sensual de los cuerpos sin la unión de las almas. Los terrores de los conservadores, son, pues, en absoluto, quiméricos y vanos.

«Pues qué, he oído á veces objetar, ¿queréis la unión libre? ¡Entonces como los animales! ¡Qué horror!».....

Ante todo la comparación no es exacta. Los animales son mucho más castos que nosotros. En la especie humana, se ve á veces más sacrificios á Venus, durante

veinticuatro horas, que en muchas especies animales, durante toda su vida. La mayor parte de los animales se entregan á las relaciones sexuales, para asegurar su descendencia, y no sólo por voluptuosidad. Cuando una hembra ha sido fecundada, no deja que se le acerque el macho. Aquellos, pues, que tienen el ideal ascético, deben recomendar al hombre que imite al animal. Al contrario, para los que tienden al idealismo, y consideran la felicidad como el fin de la vida, la imitación de los animales, debe parecerles una vergüenza y una degradación. En efecto: la unión sexual en los animales, es un acto puramente fisiológico, practicado la mayor parte de las veces por azar, sin ningún sentimiento noble ni elevado (61). Lo que nos acerca verdaderamente á la animalidad, son las instituciones actuales, que hacen que las nueve décimas partes de las uniones sexuales, no sean iluminadas y santificadas por la llama divina del amor. Nuestra moral oficial es degradante y corruptora, puesto que admite que una mujer es respetable, cuando se entrega al primero que llega, con tal de que ese acto vaya precedido de ciertos ritos convencionales. Día llegará, no obstante, en que derribemos esa falsa moral y en que será realmente vergonzoso hacer como los animales; es decir: practicar la unión física sin la unión de los corazones».

«¡Como los animales!...» He aquí la expresión de ese orgullo satánico que pierde á la humanidad. Pues sí, ciertamente... ¿Y por qué no?.... Sí, como los animales; es decir: conforme la naturaleza. ¿Somos espíritus puros, entidades metafísicas? ¿No somos como los animales compuestos de protoplasma? ¿No somos como ellos una asociación de células reunidas en tejidos, órganos y aparatos? ¿No tenemos músculos, vísceras y un sistema nervioso? Somos inconmensurablemente superiores á los animales, pero de la misma substancia que ellos. Nuestro loco orgullo, que nos impulsa á desconocer esta verdad fundamental, nos precipita en aberraciones tan extravagantes como peligrosas. Lejos, pues, de despreciar nuestro origen animal, debemos respetarlo en cierta medida, á fin de ponernos en contacto con la naturaleza, y con la verdad. Sin esto, corremos el riesgo de

(61) El lector comprende que hablo de una manera completamente general, pues hay muchas especies animales en las cuales la afección sexual es también de orden psíquico y á veces mucho más fuerte que en los hombres.

perdernos en divagaciones místicas, que rompen el equilibrio de nuestro ser y son fuente de crueles dolores.

Esta es la ocasión de señalar otro error, en el cual se cae con mucha frecuencia y que produce un mal muy grande en nuestras sociedades; la confusión entre el uso y el exceso.

Cuando un hombre se ha enfermado á consecuencia de un abuso de alimentación, el remedio que hay que aconsejarle, no es la abstinencia completa, sino la *moderación*. La glotonería es un mal, pero lo opuesto es la moderación y no la abstinencia. Esta última, es un mal mucho más grave, porque conduce á la muerte en breve tiempo. No hay que desviarse á derecha ni á izquierda, cuando quiere seguirse el sendero de la verdad: hay que permanecer en el centro. Esto es muy difícil de practicar. Nos vemos inclinados á que la amplitud de la reacción, sea tan grande en un sentido, como la acción lo ha sido en el sentido opuesto. De aquí sufrimientos considerables. La depravación es un mal seguramente, pero hay que oponerle la moderación y no el ascetismo. Este es el error en que cae el conde Tolstoy, pues no analiza con bastante precisión, los fenómenos biológicos y psíquicos. El fin de la vida es el goce, pues el sufrimiento disminuye la vida. Si un placer pudiese ser eternamente duradero, no convendría privarse de él nunca. Pero como no podemos percibir más que sensaciones de diferencias, si nos acostumbramos á un solo género de placer, este se hace insípido y finalmente desagradable. Cuando se llega á la saciedad, hay reacción psíquica, y uno se ve arrastrado á odiar lo que ha adorado. Así las personas que abusan de los placeres sensuales, acaban por maldecir al amor y por exaltar el ascetismo, es decir, la preparación de la nada. ¡Extraña aberración en verdad! ¡Negar la felicidad porque se ha destruído en un momento de demencia!

La mayor parte de las personas se imaginan de una manera falsa el estado social en la época del amor libre, y dicen: «Cuando la mujer pueda hacer lo que bien le parezca, sin que nadie la recrimine, cuando todo sea tolerado y permitido, no habrá distinción entre el bien y el mal. Este producirá la disolución completa de la sociedad, porque sin criterio para juzgar las acciones, no habrá presión para el individuo. La opinión pública es á veces más fuerte que la ley. El mundo cubre de infamia á la mujer desacreditada. Esta penalidad es severísima, dígame lo que se quiera. Obliga á muchas

mujeres á domar sus pasiones y á marchar por la senda del deber. No será así en la sociedad futura. Todas las desviaciones serán consideradas conformes á la naturaleza de las cosas, pues la licencia universal estará, por decirlo así, sostenida y favorecida por la opinión. ¿Esto no producirá el fin del mundo?»

Ante todo, una primera observación.

¿Por qué el fin del mundo llegaría solamente á causa de la libertad de la mujer? Desde el punto de vista sexual, «el hombre es libre hoy de hacer lo que le place, sin temor á ser censurado». ¿Y es decir que á causa de esta libertad, el mundo se halla descompuesto? No es esta la opinión de los conservadores. Hallan por el contrario el orden actual muy satisfactorio, porque consideran como una locura y casi como una impiedad, querer cambiar nuestras instituciones familiares, la base de la sociedad. Pues bien. ¿Con qué derecho se afirma que la mujer *sola* no sabrá conducirse á sí misma? Ninguna prueba hay. La mujer posee ya ciertas libertades en una medida tan completa como el hombre. Y no se ha visto que abuse más que nosotros. Por ejemplo; la mujer es libre de gastar su fortuna personal como bien le parezca, de tirarla por la ventana si así le place. No ha abusado de este derecho. Las mujeres económicas no son menos numerosas que los hombres. ¿Puede afirmarse verdaderamente que siempre y en todas las circunstancias, nos conducimos con más prudencia que nuestras compañeras? ¡Ay! debemos reconocer que nosotros tenemos tantas locuras y vicios, como ellas y aun mas (62). Hay, pues, motivo, para pensar que, si nuestra libertad no ha perdido el mundo, la de la mujer tampoco lo perderá.

Pasemos ahora al fondo de la objeción.

Está basada también en un error radical. No, la sociedad futura tendrá una moral; esta moral podrá ser también severa como la de nuestros días, y podrá ser también impuesta por la opinión. La única diferencia consistirá en que se fundará en un hecho natural y no en una convención errónea.

Este hecho natural es que la unión sexual sin afección psíquica, es una vergüenza y una degradación. Por consecuencia, las mujeres que trafican con sus cuerpos, y las que tratan de seducir á un hombre, para hacerse

(62) Por ejemplo, la mujer puede emborracharse tanto como el hombre. Algunas lo hacen, pero de una manera más limitada que el sexo fuerte. Nueva prueba de que saben dominarse.

mantener por él, serán despreciadas por la sociedad. La presión de la opinión pública recaerá sobre ellas, como hoy recae sobre la joven que ha cedido al impulso de su corazón y tiene un hijo ilegítimo. Habrá mujeres perdidas en la época del amor libre, como las hay hoy, con la diferencia de que no lo serán por las razones que hoy lo son. Tal conducta, que nos parece «honrosa», y que no desprestigia á la mujer, parecerá entonces vergonzosa; y lo que hoy nos parece vergonzoso, parecerá honroso entonces. Pero la presión de la opinión pública sobre la persona deshonrada, será tan fuerte y aun más fuerte que en nuestros días, porque será también más motivada y más razonable.

Tenemos por ejemplo, mucha indulgencia para las cortesanas y los contrabandistas.

Todo el mundo comprende vagamente, que el estado conforme á la naturaleza, es el libre cambio sin restricciones. Pero, gracias á nuestras aberraciones económicas, se alzan altas barreras en cada frontera. Los contrabandistas son una manifestación de la *vis medicatrix nature*, que trata de establecer el curso normal de las cosas. Por esto, lejos de ser considerados como ladrones, se les considera casi como héroes.

En cierto modo, lo mismo ocurre con las cortesanas. Ejercen una función necesaria, dada la imperfección de nuestros sistemas sociales, que resultan á su vez de nuestros errores. Considerad, por ejemplo, lo que pasaba en otro tiempo en Grecia. El orden natural, sería dar á la mujer tanta instrucción y cultura como al hombre. El orden natural sería que el amor, en su parte física, fuese la consecuencia de ese divino éxtasis, que une dos corazones y dos espíritus. Pero las instituciones de la Grecia antigua, violaban este orden natural. Encerraban la mujer en el gineceo, haciendo de ella un ser ignorante y limitado, apenas superior al animal doméstico. Entonces aparece la *hetaira*. Posee una cultura intelectual igual y aun á veces superior á la del hombre. Tiene bonitos modales, elegancia y refinamientos. Adquiere la independencia completa de sus movimientos, y desdeña las convenciones hasta el punto de violar á veces las reglas más elementales del pudor. Conquista igualmente la libertad absoluta de disponer de su persona. Aunque proteste abiertamente contra los convencionalismos sociales, ó más bien á causa de esto mismo, los espíritus más luminosos de Grecia, se precipitan alrededor de su persona y la cortejan. Se sientan á su mesa para discutir altas cuestiones de filosofía y de es-

tética. En una palabra, la gran *hetaira* de Grecia restablece, en cierta medida (63), el orden natural de las cosas.

Así, lejos de ser despreciada, fué admirada, adulada é idolatrada. La Grecia entera estuvo á veces postrada á sus pies (64).

En nuestras sociedades, igualmente, la cortesana desempeña el papel de *vis medicatrix naturæ*. Nuestras ideas falsas ponen barreras allí donde habían debido dar toda clase de libertades á las pasiones generosas y espontáneas de la juventud. Entonces ciertas mujeres, más valientes ó más desgraciadas que las otras, rompen las barreras y vienen á ofrecernos con su amor venales, una pálida copia, un triste reflejo de lo que hubiera podido ser el amor juvenil, ardiente y sincero.

Pero en la sociedad futura las barreras desaparecerán. La felicidad será el más sagrado de todos los derechos. Entonces la venalidad de los amores no tendrá excusa posible, y será castigada en consecuencia. Ahora tenemos tesoros de indulgencia para la cortesana; pero entonces tendremos montañas de severidad. Naturalmente, las que trafiquen con su carne, serán despreciadas como en nuestros días. No hablo de éstas ahora. Aludo sobre todo á las mujeres que no se entregan más que á un solo hombre, para ser mantenidas por él. Estas últimas serán consideradas en la sociedad futura como perdidas, y no tendrán fácil acceso en el mundo.

La severidad de las costumbres podrá, pues, ser tan grande en el período del amor libre, como lo es hoy. La opinión pública, despreciando á las cortesanas directas ó indirectas y á los Alfonsos, ejercerá sobre esta categoría de individuos una presión no inferior á la que ejerce ahora en otra categoría. Las costumbres no serán pues más licenciosas que en nuestro tiempo, y la disolución de la sociedad no se producirá.

(63) No completamente, porque tiene aún la tara de la venalidad. Pero la borra á veces entregándose por nada á los que tenían méritos particulares aunque fuesen pobres.

(64) No hay que idealizar demasiado lo pasado. Todas las *hetairas* no fueron Lais ni Frinés. Hubo numerosas cortesanas en Grecia que no eran ilustradas ni honradas. Pero esto no echa por tierra lo que he sostenido en el texto.

CAPITULO XI

OBJECIONES DE ORDEN POLÍTICO Y SOCIAL

«La mujer debe permanecer en casa, á fin de hacer chiquillos y darles de mamar». He aquí lo que es frecuente hoy día en boca de los conservadores. Antes de entrar en el fondo de estos debates, quiere señalar ante todo una extraña contradicción de mis adversarios.

Todos los conservadores no son ascetas, como el conde Tolstoy, á quien le gustaría ver que el mundo se acaba con nuestra generación. Por el contrario, la principal preocupación de ciertos conservadores, es asegurar la duración y crecimiento de la especie. Y es porque temen que disminuya la natalidad por el triunfo de las ideas feministas, que le son opuestas. Pero por otra parte, los conservadores nos amenazan siempre con un aumento de la población del globo. Pretenden que no está lejos el momento en que los hombres serán tan numerosos sobre la tierra, que deberán necesariamente matarse como bestias feroces, para no sucumbir de hambre. Por eso aconsejan que no nos abandonemos á los ensueños idílicos de la fraternidad universal, á no dejarnos embelesar por las ingenuas quimeras de la unión internacional, y vigilar con atención los movimientos de nuestros vecinos, teniendo seca nuestra pólvora y bien provistos nuestros arsenales. Pero si tantas y tan crueles desgracias puede acarrear la natalidad excesiva, el feminismo, que disminuirá dicha natalidad, será el bien supremo, la salud. Nos preservará de las más terribles catástrofes y de las más espantosas matanzas. Entonces, ¿por qué extraña contradicción sostienen los conservadores que el feminismo es un mal?

Por una razón muy sencilla. Porque *conservatismo* é *ignorancia* son dos términos casi sinónimos. El hombre que haya estudiado profundamente los fenómenos bio-

lógicos y sociológicos, no puede ser conservador. Pues de tales estudios debe sacar la conclusión fundamental é inmutable de que la vida es una perpetua adaptación del ser á su medio y que, cuanto más rápida es la adaptación á las circunstancias nuevas (65), más perfecto, y por lo tanto, más feliz es el ser. Por otra parte, como buenos *ignorantes*, los conservadores tienen ideas nebulosas y vagas. No teniendo ideas claras, caen en contradicciones perpetuas y consideran, por ejemplo, al mismo tiempo como ventajoso y como perjudicial el crecimiento de la población. En realidad, los conservadores no comprenden una cosa muy sencilla. No se trata de ser numerosos, se trata de ser felices, porque el goce es el fin y la trama de la vida. Si el conjunto de las condiciones históricas hace que, por el aumento de la población del globo, el bienestar de cada individuo se amplifique (66), entonces es bueno que aumente el número de los hombres. En caso contrario, es bueno que permanezca estacionario y aun que disminuya.

Dicho esto, pasemos á los argumentos de los que quieren mantener la mujer esclavizada para que pueda tener más hijos.

¿Pero por qué ha de ser así?

El deseo de la sobrepoblación resulta, ante todo, de consideraciones de orden político.

Se sabe la frase cínica de Napoleón sobre el campo de batalla de Friedland. Contemplando los innumerables cadáveres que yacían ante él, dijo: «Una noche de París me los devolverá». Naturalmente, para un soberano de las ideas odiosas é indignas de Napoleón, la única función de la mujer consiste en suministrarle esos instrumentos pasivos, esas desdichadas víctimas por medio de las cuales puede dar satisfacción á su feroz egoísmo. Pero el punto de vista de Napoleón, ¿era justo? ¿Han sido creados los pueblos para servir de diversión á sus gobernantes? El período histórico en que tan grandes errores se cometían, ha pasado ya en los países civilizados. Los soberanos de nuestro tiempo tienen, ó aparentan tener, ideas más nobles y elevadas.

(65) Esto constituye precisamente el progreso.

(66) Vivimos precisamente en un período de este género. Los 1,500 millones de hombres que pueblan actualmente nuestro planeta, aunque estén repartidos en superficie de una manera perfecta, no bastarían á poner en valor todos sus recursos. Sería preciso por lo menos el doble de la población para explotarlos completamente. En la actualidad, es muy de desear que la población aumente.

Consideran que su misión consiste, no en obtener satisfacciones personales, sino en asegurar el bienestar y la prosperidad de sus pueblos. Añadamos aún que en las repúblicas (y hay muchas sobre la tierra) no puede hablarse siquiera de «ventajas de los gobernantes».

Si, pues, la mujer ha de esclavizarse sólo para poder suministrar la mayor cantidad posible de carne de cañón, puede decirse que la hora de su emancipación ha sonado, porque aquella función especial es hoy inútil.

Pero, aunque la prosperidad de las masas populares sea hoy la preocupación capital de los políticos, siempre se consideran los intereses de las naciones como antagonistas y las guerras como inevitables. Si nuestros enemigos son numerosos, es preciso tratar de ser numerosos nosotros también, pues de otro modo se nos comen. Los franceses se desconsuelan al ver la escasa natalidad de su país. En 1870, franceses y alemanes eran iguales en número; ahora, por cada 100 franceses hay 140 alemanes. La situación de Francia es, pues, mucho más peligrosa. Ahora bien, como la salud de la patria es la ley suprema, es preciso, para que la natalidad aumente, que la mujer permanezca en casa y que renuncie á toda veleidad de emanciparse.

Se ve, pues, que el militarismo y el antifeminismo son dos causas conexas. No hay que extrañarlo: todas las violencias se parecen. El pacifismo y el feminismo son también solidarios, porque los dos movimientos tienden al triunfo de la justicia sobre la fuerza bruta.

Constantemente nos vemos asediados por el espectro de la guerra. La consideramos como un hecho normal en la humanidad, y, puesto que debe producir la subordinación de la mujer, nos vemos inducidos á mirar tal subordinación «conforme al orden de las cosas establecido por Dios», como dice el mariscal Moltke. El gran error consiste en creer en este caso que hay que mantener la esclavitud femenina; pues, en realidad, lo que debe suprimirse es el militarismo. La esclavitud de la mujer produce grandes sufrimientos, pues proviene de la anarquía internacional. Para ser felices hay que suprimir tal anarquía. Tal es la verdadera conclusión. El otro razonamiento: la guerra es inevitable, luego es preciso conservar la subordinación de la mujer, es una conclusión falsa. ¿Es posible establecer una unión jurídica de los pueblos civilizados, gracias á la cual cada nación pueda vivir segura, en el seno de la humanidad, como cada individuo vive ahora en seguridad completa, en el seno del Estado? Es muy posible: y aun diré que

es inevitable. Esto se realizará en un porvenir más ó menos lejano. Y cuando exista esa seguridad, les importará poco á los franceses que los alemanes sean dos ó tres veces más numerosos (67).

Bien (se dirá): admitamos que sea posible la unión de los pueblos *civilizados*. ¿Pero cómo entenderse con los salvajes y los bárbaros? Ante todo no tienen gobiernos estables con los que pueda hacerse tratados de una cierta duración. Además los bárbaros pueden no querer ninguna clase de pacto. Contra ellos no hay más que un remedio: la fuerza bruta. Las mujeres deben pues quedarse en sus casas para hacer chiquillos, sin lo cual nos veríamos invadidos por los pueblos bárbaros y exterminados por ellos.

¡Se sueña verdaderamente cuando se oyen opiniones semejantes! Las gentes que las emiten, viven cinco siglos antes de la hora presente, en plena Edad Media. ¿Dónde están esos famosos bárbaros que deben venir á exterminarnos? En América, algunos centenares de miles de salvajes, yerran aún por las soledades del Far-west, por el Canadá y por el interior del Brasil. Su desaparición es de preveer, por decirlo así, matemáticamente. Estos desgraciados salvajes no son ciertamente en modo alguno, un peligro para la población blanca del Nuevo Mundo que asciende á más de 120.000.000 de habitantes.

Del mismo modo en Australia, los millares de indígenas, son una cantidad enteramente despreciable. Pase-mos á Africa. Su población se valúa en 173.000.000 de hombres. Pero como están desorganizados y dispersos, aceptan con docilidad la dominación de algunos millares de blancos. Nunca llegará la hora en que los africanos equipen sus flotas para invadir Francia, Rusia ó los Estados Unidos, por la sencilla razón de que la humanidad se unirá federativamente mucho antes de que los africanos estén bien organizados para emprender semejantes expediciones. Consideremos en último lugar el Asia. La Mongolia, la Arabia, el Tibet y Persia, escasamente poblados, apenas son de temer. La India y la Indochina son hormigueros; pero aceptan la dominación de Europa actualmente y, cuando sacudan nuestro yugo,

(67) Desde otro punto de vista, puede decirse que las personas que desean un crecimiento de la población por razones políticas, deberían ser feministas fanáticos. Cuando la mujer se haya emancipado, habrá menos solteras, menos cortesanas, menos precauciones, menos abortos y menos infanticidios, es decir, muchos más hijos.

se habrán convertido en regiones civilizadas que formarán parte de nuestro sistema político. El Japón, aun con sus 46.000.000 de habitantes, no es capaz de combatir las naciones occidentales, cuya población es de 380.000.000 de hombres. Falta considerar ahora el gran recurso de los espíritus medioevales, el gran espantajo de los conservadores: la China. Hay que hacer constar ante todo, que nosotros parecemos ser un peligro mucho mayor para los chinos, que los chinos para nosotros. Pero es un gran error considerar á los chinos como bárbaros. Tienen una civilización *diferente* de la nuestra, pero de ningún modo inferior en ciertas cosas. Y hasta en algunos puntos los chinos están mucho más adelantados que nosotros. La China ha llegado á la fase social á que nosotros llegaremos inevitablemente, tarde ó temprano. El chino ha comprendido ya que las expediciones guerreras, en país extranjero, son tiempo perdido. Así la profesión de las armas es profundamente despreciada en China. Sólo la abrazan los débiles de espíritu y las gentes sin fe ni ley. Los chinos constituyen el pueblo más antimilitarista. Aun después de los odiosos ataques que hemos dirigido contra ellos, tres veces durante el siglo XIX, los chinos no parecen haberse inflamado por el penacho y la gloria. No se les ve correr á las armas como un solo hombre, para entrar en Europa á sangre y fuego en señal de venganza.

Esta rápida exposición del estado del globo, muestra que el pretendido peligro de una invasión de bárbaros, á causa de la cual hemos de condenar á nuestros compañeras á la existencia más miserable, es puramente quimérico (68).

Haré observar además, que los conservadores son demasiado simplicistas. Se representan los fenómenos sociales de una manera elemental, que no corresponde á la realidad de las cosas. Ellos dicen: los bárbaros son prolíficos, los civilizados no. Pues es cierto que los bárbaros serán algún día los más numerosos, invadirán los países civilizados y matarán á los habitantes. Esto es muy bonito, pero (no se disgusten los conservadores) demasiado pueril.

Las cosas son mucho más complejas. Ante todo, ni to-

(68) Para preservarse de todos los bárbaros del mundo, Francia necesitaría actualmente tener sobre las armas sólo 10,000 hombres. Pero para preservarse de una sola nación civilizada, limítrofe, ha de estar en condiciones de movilizar 4.000,000 de soldados en algunos días. El peligro en nuestra época no procede, pues, de la barbarie.

dos los pueblos bárbaros son prolíficos, ni todos los pueblos civilizados malthusianos. La natalidad varía según los países y las épocas, á consecuencia de causas múltiples. Y por otra parte la natalidad no es el factor predominante. Poco importa que nazca un gran número de niños, si se mueren otros tantos ó más. Lo que *sobrevive* es lo único que aumenta la población. Pues bien, todo el mundo sabe que la mortalidad, es enorme entre los salvajes y bárbaros. De este modo la población aumenta con lentitud extrema. Aun en el siglo XVIII, el territorio actual de los Estados Unidos, ocupado por los hombres desde hacía millares de años, apenas albergaba 2.000.000 de pieles rojas, mientras que los anglosajones civilizados, en el mismo país, se han veintuplicado en un siglo. Se ve, pues, que desde el punto de vista del crecimiento de la población, los bárbaros no nos aventajan (69). No tenemos, pues, nada que temer por esta parte.

Pero admitamos que los bárbaros crecen más rápidamente que nosotros y quieren ocupar nuestros territorios á mano armada. ¿Quiere decir esto que lo conseguirían necesariamente? De ninguna manera. El número está muy lejos de serlo todo en la guerra. Esto pudo ser en tiempo de Georges-Rhan y de Tamerlan, cuando se combatía á arma blanca. ¿Pero hoy día, en que una compañía, provista de sus fusiles perfeccionados, mata á un regimiento dotado de fusiles menos perfeccionados, con tanta seguridad como la segur corta las espigas! Para que los bárbaros puedan combatir con algunas probabilidades de éxito, es preciso que tengan un equipo y una organización militar iguales ó superiores á las nuestras. Es preciso que puedan movilizar tres millones de hombres en siete días. Pues bien, cuando los bárbaros sean capaces de realizar esa maravilla, se habrán convertido en civilizados, pues sólo una nación que posea una administración compleja y un equipo perfecto, puede realizar una obra de tal género.

Pero, se dirá, los bárbaros no nos invadirán después de una batalla victoriosa que nos colocará bajo su dominación política; nos invadirán por una lenta infiltración individual. Si es así, diré que el miedo á los bárbaros es aún más quimérico. La «lenta infiltración» es

(69) La China tenía 45.000.000 millones de habitantes el año 920 de nuestra era. Así mientras la población de los Estados Unidos se ha veintuplicado en un siglo, la población de la China apenas ha aumentado un décuplo en diez siglos.

sencillamente la emigración de un país más poblado á otro menos poblado. Lejos de ser un mal, este fenómeno es de los mejores que puedan imaginarse. A consecuencia de una «lenta infiltración» los Estados Unidos de América, se han convertido en la nación más poderosa, más rica y más activa de nuestro globo. El patriota más ardiente no puede desear más afortunado «mal» á su país.

En efecto, podrá responderse, la infiltración es ventajosa cuando la realizan los civilizados; pero resulta funesta si la realizan los bárbaros. De ninguna manera, porque los bárbaros son asimilados. Los negros, que han sido transportados á los Estados Unidos, no han impuesto sus ideas ni su lengua á los blancos. Por el contrario, se han puesto á hablar inglés y han adoptado las creencias y las costumbres de la nación más adelantada. Es ley social que el inmigrante pase siempre á la cultura de su nueva patria, si es superior á la de la antigua.

Los conservadores, cuyo espíritu estrecho y timorato no se atreve á abrazar vastos horizontes en el espacio y en el tiempo, no advierten que, inevitablemente, toda la tierra se civilizara un día. Este día parece bastante próximo. La raza blanca ocupa ahora casi todo el globo y muy probablemente, antes de que acabe el siglo XX todo nuestro planeta estará cubierto de vías, caminos de hierro y estará en plena actividad económica, como lo están actualmente el Canadá y la República Argentina. Pues bien, cuando todos los países serán civilizados, ¿dónde vivirán esos bárbaros prolíficos, que entrarán en Europa á sangre y fuego? Las terribles invasiones con que se nos amenaza no tendrán éxito. En segundo lugar, cuando todas las naciones sean civilizadas podrán establecer instituciones comunes, es decir, establecer la seguridad sobre el globo entero.

Como el peligro de las invasiones bárbaras es quimérico, ya en la hora actual, y como quedará por completo descartado en el porvenir, no tiene la mujer necesidad de quedarse en casa para ir echando hijos al mundo. Pues bien, esta pretendida necesidad la condena á la esclavitud, es decir, á la desgracia. No; si la única razón que impide que la mujer sea igual al hombre, es el miedo á la destrucción de la civilización por los bárbaros, podemos emancipar hoy mismo á la mujer, con perfecta tranquilidad de conciencia.

Voy á examinar ahora la cuestión desde otro punto de vista. ¿Es verdad que, si la mujer se emancipa, si

no se queda en la casa para hacer chiquillos, la población disminuiría necesariamente sobre el globo?

Consideremos, ante todo, cuántas mujeres pueden quedarse en sus casas para echar chicos al mundo. Había en la Gran Bretaña, en 1891, cerca de 14 millones de mujeres adultas. Entre ellas, 5 millones estaban empleadas en 349 industrias diversas (70). Así, más de la tercera parte de las mujeres no pueden quedarse en sus casas. Ahora, entre las que pueden hacerlo, ¿cuántas pueden entregarse á la única ocupación de hacer hijos? Como he mostrado arriba (71), apenas hay una mujer, de ciento, que se halle en este caso. Es decir, que 90.000 personas, de los nueve millones de inglesas, no están obligadas á trabajar fuera de su domicilio. Pero de esta cifra tan reducida, hay que restar además, las mujeres que, naturalmente, no pueden tener hijos, y las que desean quedarse vírgenes y no quieren tener hijos. En fin, hay muchachas que no desean otra cosa más que casarse, pero no encuentran maridos. Si se tiene todo esto en cuenta, se ve que las mujeres capaces de quedarse en casa, únicamente para engendrar, son en número tan ínfimo que es completamente despreciable.

Se ve, pues, que la mujer, con toda su buena voluntad, se ve absolutamente imposibilitada para seguir el paternal consejo de los conservadores. Sólo al espíritu superficial con que se consideran los fenómenos sociales, pueden atribuirse teorías tan pueriles. Con seriedad, examinando á fondo las cosas, debe abandonarse para siempre la dulce ilusión de que la mujer no puede vivir de su trabajo.

Pues bien, toda la historia demuestra que la mujer puede engendrar perfectamente sin dejar su trabajo. Desde la más remota antigüedad ha sido abrumada por pesadas labores, y, no obstante, la población no ha cesado de aumentar en el globo. La medida del crecimiento es, actualmente, del 1 por 100 anual. En los países civilizados y prósperos, la población puede, pues, duplicarse en un siglo.

Los conservadores no pueden negar la evidencia, ni discutir que la mujer trabaja más que el hombre. ¡Cómo es, pues, que sostienen, con una aberración indigna que

(70) Lo mismo sucede en Francia. La estadística comprueba que 6.382.000 mujeres viven del producto de su trabajo, es decir, tienen una ocupación cotidiana fuera de su domicilio.

(71) Véase pag. 75.

las mujeres dejarán de parir tan pronto como se dediquen á las profesiones liberales! Los hechos contradicen este error. Una profesión liberal es á mi parecer gobernar un imperio. Mujer ha habido que ha ejercido tal profesión, y el ejemplo de María Teresa prueba que esto no impide el tener una numerosa progenie. Esta soberana tuvo 16 hijos. De 1737 á 1756, estuvo constantemente en cinta. Pues bien, ese fué el período más difícil, precisamente, de su reino (la guerra de sucesión de Austria). A pesar de la maternidad, María Teresa pudo hacer frente á las dificultades más inextricables, con una valentía y una habilidad de primer orden. Lo que hizo María Teresa, toda mujer que ejerza una profesión menos absorbente (abogado, médico ó notario), puede también hacerlo. Tanto más, cuanto que es muy raro tener una descendencia tan numerosa como la de la gran emperatriz de Austria.

Los conservadores ridiculizan el movimiento feminista. Así, dicen que en el momento en que una mujer abogado deba comenzar su informe, el presidente podrá hacer la siguiente declaración: «La causa se aplaza por un mes, porque el abogado defensor tiene dolores de parto». ¡Es notable, pero poco probable! Ante todo, cuando una mujer sepa que pronto será madre, puede perfectamente dejar de ir á la Audiencia. Pero, si una circunstancia imprevista y accidental se presentase por azar, el presidente no tiene necesidad alguna de explicar la clase de enfermedad que impide á una mujer abogado el pronunciar un discurso. Hay más. Si es ridículo declarar que la señora está de parto, ¿por qué no será también ridículo el decir: «se aplaza por un mes la vista, por que el abogado defensor acaba de sufrir un ataque de apoplejía?» Los dolores del parto son tan naturales y por tanto tan legítimos y honrosos como cualesquiera otros, y sólo á consecuencia de nuestra barbarie los llamamos ridículos.

También se dice que sería preciso interrumpir la sesión para que la señora abogado diese el pecho á su hijo. Aun cuando esto fuese así ¿dónde estaría verdaderamente el mal? ¿Y por qué esa interrupción habría de ser menos legítima y menos ridícula, que las interrupciones que hacen los magistrados para almorzar ó fumar un pitillo? Lo ridículo, en este caso, no está en la naturaleza de las cosas, sino sólo en nuestras ideas preconcebidas y rutinarias.

Dígase lo que se quiera, no sólo las profesiones liberales son perfectamente compatibles con la maternidad,

sino con la necesidad misma de dar el pecho al niño. En nuestro tiempo, ciertas mujeres ricas tienen bastante abnegación para no soportar una nodriza mercenaria. Después de haber echado al mundo un hijo, quieren retenerlo con un nuevo lazo y así lo lactan. Estas madres modelos saben no obstante arreglarse de modo que no se privan completamente de los placeres mundanos. No se quedan todos los días en sus casas. Lo que es posible en cuanto á placeres, debe serlo también tratándose de una profesión liberal. Añádase á esto que la superioridad de nuestra especie, consiste precisamente en la posibilidad de libertarse de la servidumbre de la carne por la potencia de la razón. Gracias á las admirables investigaciones de la microbiología moderna, puede decirse que se ha resuelto el problema de la nutrición del niño, por la leche de vaca (72). Por esto, la mujer, es más independiente (73).

Se ve, pues, que la mujer puede tener hijos y nutrirlos, trabajando tanto como el hombre, ya en los oficios manuales ya en las profesiones libres. No es pues absolutamente necesario, condenarla á una servidumbre eterna, para asegurar la continuación y crecimiento del género humano.

(72) La leche de vaca en estado normal no contiene los mismos fermentos que la leche de mujer. Por esta razón es menos provechosa para el niño. Pero se ha llegado, después de muchas investigaciones, á dar á la leche de vaca los fermentos necesarios, dando al animal alimentos especiales.

(73) Esta independencia sería completa si la ciencia descubriese el medio de no tener hijos más que cuando se descan, sin necesidad de recurrir á ninguna práctica contra natura y sin poner la salud en peligro. Si la ciencia descubriese esto se realizaría un progreso de importancia colosal hacia la emancipación de las necesidades de la carne. La suma de la felicidad humana aumentaría inmediatamente de una manera inconmensurable. Y no hay que creer que el número de nacimientos disminuiría, pues la mayor parte de las mujeres se desesperan de no tener hijos.

CAPITULO XII

OBJECIONES DE ORDEN ÉTICO Y ESTÉTICO

«Nuestros mayores goces proceden del espíritu y del corazón. ¿Qué nos importa que aumente el bienestar y la justicia, si la ternura y la belleza disminuyen? La hoja más magnífica, no vale lo que la más modesta flor. A consecuencia de la imperfección de nuestras instituciones, la mujer se ha convertido en un juguete, acaso, pero preciso de todos modos. Querer quitarle sus defectos y sus desgracias, es querer quitarle también su elegancia y su superioridad. Imaginad un mundo en que todos los seres humanos lleven el mismo traje y se dediquen á las mismas ocupaciones. En ese mundo la mujer habrá dejado de ser mujer, convirtiéndose en un horrible virago, sin ternura, sin timidez, y sin gracia. Un mundo de este género será antisentimental y antiestético en un grado supremo. No puede pensarse sin repulsión ni disgusto en ello. Y uno puede considerarse bastante feliz de vivir en la sociedad imperfecta de nuestros días».

Así hablan los conservadores. Quiero tratar de probar en este capítulo, que tales temores son poco fundados.

Comencemos por la más preciosa de las cualidades femeninas: la ternura del corazón. Se yerra grandemente cuando se imagina que hay que ser necesariamente una muñeca, para ser capaz de sentir un amor apasionado, una abnegación sin límites, y, un afecto sin medida. Al contrario. Las mujeres, educadas hoy en una atmósfera de convencionalismos y cultivadas en estufas, para llegar á cortesanas de alta clase, que no tienen una idea en la cabeza y que sólo saben vestirse y desnudarse, son las que generalmente tienen el corazón tan seco como vacío el espíritu. Por el contrario, las mujeres

que tienen una vida intelectual intensa, son las que generalmente tienen necesidad muy imperiosa de afectos. Estas mujeres superiores, se ligan con el hombre que aman, como al niño que echan al mundo, del que cuidan física y moralmente. Las coquetas, las muñecas, no se encariñan con nadie. Añadiré aún que las mujeres inteligentes, se preocupan también de los intereses de su país, mientras que las muñecas no piensan más que en divertirse. Pues bien, un individuo no impregnado del fuego sagrado del patriotismo, no tiene de humano más que la apariencia.

En la sociedad futura, la mujer tendrá una cultura intelectual, muy superior á la de hoy. Por eso hay que comprender que las facultades afectivas se desarrollarán más en ella. El saber no impide el amor. Por el contrario, comprendiendo los sufrimientos y las aspiraciones de otro, puede uno ponerse al unísono con sus semejantes y comprenderlos y amarlos.

«Pero, se dirá, admitiendo que la ternura femenina aumente en el período de la unión libre ¿la mujer no perderá su gracia exteriormente? Si no hay retroceso, desde el punto de vista ético, prueba que deberá haber progreso también desde el punto de vista estético. Pues bien, esto sería una verdadera catástrofe. La mujer, educada como el muchacho, al aire libre, con libertad absoluta, no tendrá ya ese aire de candor, esa timidez encantadora, esa reserva deliciosa, que caracteriza á la muchacha de nuestros días. Pues bien, una sociedad en donde haya desaparecido esa flor embalsamada y delicada á que llamamos hoy la *muchacha*, sería una sociedad completamente desprovista de poesía. Volverá al estado de barbarie».

¿Pero, por qué, gran Dios?... ¿Cómo se demuestra esto? Consideremos por ejemplo á los hombres en la época de su adolescencia y de su primera juventud. ¿No pueden ser tímidos, no pueden tener un alma pura como el cristal de roca, sin *atreverse*, como dice Querubín? Ciertamente, y la prueba es que hay muchos así. Si no hay más, es porque nuestras instituciones los hacen vivir en una atmósfera malsana saturada de baja sensualidad. Pero suprimid la cortesana corruptora, y el muchacho, aun conociendo perfectamente la fisiología, puede permanecer completamente casto de cuerpo y de espíritu.

Lo mismo sucede con la muchacha. El hecho de ser educada libremente, no fomenta *necesariamente* la corrupción. Y no quita la gracia, la reserva y la pureza. El hecho de ser educada libremente, significa en último

análisis ser educada con pureza, pues lo que desmoraliza es lo que es clandestino. En Esparta, muchachos y muchachas desnudos se entregaban juntos á ejercicios gimnásticos. Esto no les impedía ser castos, porque no tenían ninguna mala intención.

No, esa flor preciosa que se llama la muchacha no desaparecerá en la época de la unión libre.

También es un error el creer que la mujer perderá su encanto al abandonar la *toilette* complicada y faustosa que lleva en nuestros días. Eso es olvidar que todo es relativo, en este bajo mundo. Sin duda alguna, por sencillo que sea el vestido femenino en el porvenir, podrá ser encantador. La mujer ha llevado algunas veces, en tiempo pasado, vestidos de una fealdad verdaderamente repugnante. Lo que no ha impedido considerarla entonces como bonita, y por ella se han continuado haciendo locuras. Ciertamente, si la mujer se decide alguna vez á abandonar los vestidos incómodos que generalmente le impone la moda, sabrá dar á sus vestidos un corte gracioso y elegante.

También se dice que si la mujer renuncia á los vestidos vistosos, lo pintoresco desaparecerá de la sociedad. Entonces todo será molesto, monótono, uniforme y gris. No es verdad. Las necesidades estéticas serán probablemente mucho más imperiosas en el porvenir, porque estarán en razón directa con la cultura intelectual. Sólo que estas necesidades se satisfarán de otro modo. No por las gentes que marchan por la calle y van á sus quehaceres, sino por exhibiciones especiales, en momentos determinados; las procesiones, las fiestas, los espectáculos. Todos estos placeres podrán ser mucho más numerosos que en nuestros días, satisfaciéndose las aspiraciones estéticas en más alta escala.

«Admitamos todo esto, podrán decir los conservadores: puede darse, en rigor, que la mujer emancipada conserve sus buenos sentimientos y su gracia; pero lo que es indudable es que las relaciones entre los sexos tomarán un carácter grosero y rudo, que, haciendo desaparecer la poesía, quitará todo encanto á la existencia. Ya vemos algunos signos precursores de este estado de cosas, en las llamadas costumbres americanas. A la verdad, no entran ganas de vivir en nuestra sociedad «perfecta» del porvenir. Así, la galantería será necesariamente reemplazada por el más nivelador y el más desdichado compadrazgo. Una vez que desaparezca el respeto caballeresco á la mujer, la sociedad perderá una de sus flores más delicadas, uno de sus perfumes más sutiles».

No se ve por qué razón la deificación de la mujer y los sentimientos caballerescos han de suprimirse «necesariamente» en la sociedad *futura*, pues estos sentimientos tienen un fundamento natural. En ciertas especies de animales es el macho, y no la hembra, el que realiza el tipo superior de belleza. Así, el gallo es más hermoso que la gallina y el pavo que la pava. Pero, en la especie humana, el tipo de la belleza está realizado por la hembra. Las líneas de su cuerpo son más suaves, más armoniosas, más estéticas. Esta perfección natural constituye para la mujer la base de su superioridad social. El rasgo jerárquico, si así me puedo expresar, debe concordar con el rango estético. Homero dice que á la vista de Elena, todos los viejos de Troya se levantaron para tributarle homenaje. Es porque Elena era bella. La belleza, sin duda, es el primero de los imperios. Y en el porvenir será también así, pues el sentimiento de lo bello, estará más desarrollado ó, en otros términos, la civilización estará más avanzada. Si el hombre se siente inferior á la mujer desde el punto de vista de la belleza, podrá perfectamente conservar hacia ella, en la sociedad futura, ese tinte de respeto y subordinación en que consiste el sentimiento caballeresco.

En segundo lugar, está en la naturaleza de las cosas que el hombre solicite los favores de la mujer y que ésta se los conceda. Esto hace que el sexo femenino tenga una superioridad jerárquica sobre nosotros, superioridad que se manifiesta en forma de adoración.

En fin, una tercera consideración, superior á todas: la mujer es madre. Durante el período, tan grave, de la gestación, inspira naturalmente un profundo respeto que repercute en el resto de su existencia. Por esta razón la mujer habrá de despertar siempre sentimientos caballerescos.

Así, pues, la deificación de la mujer es la consecuencia de hechos naturales, y se conservará en la sociedad futura. La igualdad civil puede, por lo demás, conciliarse con la desigualdad jerárquica desde el punto de vista de las costumbres y de las relaciones individuales (74). No veo por qué, verbigracia, en la sociedad futura, un hombre bien educado no se levantará, en un lugar público, para ceder su asiento á una mujer. Hoy se hace esto con los viejos.

Los conservadores temen que con la igualdad de los sexos, desaparezca esa idealización entusiasta de la mu-

(74) Los honores que se conceden al talento son prueba de esto,

jer que nos ha dado á Beatriz, á Lucrecia y á tantas otras figuras poéticas, que constituyen lo más precioso de la civilización. «Cuando la mujer se siente con nosotros en los bancos de la escuela, en las asambleas legislativas, cuando será, en una palabra nuestra camarada, perderá necesariamente—dicen los conservadores—el perfume de poesía que la rodea hoy, y que hace de ella una criatura sobrenatural; será acaso más feliz en el porvenir; pero con una felicidad tibia, ñoña, burguesa. Se la arrebatará su prestigio y su aureola. Pues bien, un momento de felicidad intensa, ¿no vale más que una vida entera de satisfacciones prosaicas, *terre á terre*? ¿Y qué será de la sociedad, cuando la idealización de la mujer haya desaparecido? La China nos ofrece una triste imagen. Se respirará una atmósfera insoportable de mediocridad y de prosa. Será el fiel del idealismo y así pues, la tumba de toda idealización superior».

Estoy completamente de acuerdo con los conservadores. Creo, como ellos que, si en una sociedad, la mujer deja de ser idealizada y divinizada, tal sociedad cae en la barbarie más lamentable.

Pero el error de los conservadores consiste en creer que la igualdad de los sexos suprimirá la idealización de la mujer. Esto procede de que se olvida el más poderoso de todos los magos; el amor. Es cierto que en la sociedad futura la mujer será la compañera del hombre en la vida ordinaria. Pero esto no será nuevo. Millones de obreros trabajan hoy al lado de millones de obreras y las consideran como compañeras. Los conservadores deberían tomarse la molestia de pensar en que no sólo hay ricos en el mundo. Y los pobres, tienen un alma como los ricos. Se trata, pues, de un fenómeno que existe ya; pero que venga el amor, y desaparecerá como por encanto. Puede hasta idealizarse á una cortesana, cuando uno se prenda de ella; con mayor motivo, el hombre idealiza siempre á la que adora con toda la pureza y todo el fuego de su alma. La coloca en un pedestal y se prosterna ante ella como ante Dios. Los conservadores pueden calmarse. En tanto que el amor exista entre los humanos, cualquiera que sea la condición jurídica y social de la mujer, ésta será idealizada. Y si es así, no descenderemos á la mediocridad baja y gris con que se nos amenaza. El amor producirá entonces poesía y entusiasmo. Iluminará nuestra vida: nos hará respirar un aire sutil; nos preservará del materialismo y conservará la civilización.

Además, cuando los conservadores afirman que la

igualdad de los sexos suprimirá la idealización de la mujer, razonan de un modo verdaderamente indigno. ¡Así, no puede divinizarse lo que es nuestro igual, sino sólo lo que nos es *inferior*! Los conservadores afirman que es imposible que la mujer salve la distancia que separa la compañera de la diosa, pero que es fácil que salve la distancia, dos veces superior, que separa la esclava de la diosa! ¡Singular lógica! Si la mujer hubiese sido colocada hoy en un pedestal y si yo propusiera que bajase de él, mis adversarios tendrían razón. Por el contrario, yo propongo que ascienda, hasta ser nuestro igual. Pues bien, no es ascendiendo en la jerarquía social como se pierde el prestigio.

Un último temor, que he oído á los conservadores: «Actualmente, dicen, las ideas ascéticas son honradas en nuestras sociedades. Muchas criaturas hallan que es digno elevarse sobre los placeres de la carne. Con vuestro sistema, ponéis la voluptuosidad en el pináculo. Proclamáis que el amor es el mayor de los dioses. Su culto será el primero de los deberes. ¿No teméis, de esta manera, darle un fuerte predominio y romper el equilibrio, en su favor? Está bien que haya en la sociedad cierto número de hombres que desprecian el amor de la mujer, criatura de carne y hueso, para amar seres superiores como la patria y la humanidad, ó aún entidades, como el arte, la ciencia y la filosofía. ¿No teméis que estos sentimientos superiores queden pospuestos en vuestra sociedad futura? ¿No teméis en una palabra, que predomine de un modo exclusivo la sensualidad? Pues bien, como decís vosotros mismos, toda exageración, toda ruptura de equilibrio, produce necesariamente la decadencia».

La respuesta es fácil. Haré observar, en primer lugar, que sólo la unión libre pudiera reprimir, en algún modo, la prostitución, por cuyo solo hecho ya prestaría un servicio inmenso al idealismo. Amar á una mujer es un acto muchísimo más duro que pagarla. El materialismo acaba donde el amor comienza.

En segundo lugar, hay que acordarse de que la edad del amor no abarca la vida entera. Cuando el período de las pasiones ha terminado, hombres y mujeres pueden consagrarse exclusivamente á las causas ideales; la patria, la humanidad, la ciencia, la filosofía.

Pero es otro error el creer que, aun en la juventud, el amor impide el desarrollo de las otras ramas de nuestra actividad. Esto sucede cuando es contrariado ó desgraciado. Al contrario, cuando es feliz, lejos de dismi-

nuir nuestra actividad, puede aumentarla en una medida inmensa. ¡Con qué ardor trabaja un joven, cuando tiene la idea de ver á la mujer adorada unã vez que haya acabado la labor! El lazo entre el genio creador y el amor ha sido reconocido de siempre en el dominio del arte y de la poesía. Pintores, músicos y literatos han sido siempre inspirados por el amor. Es uno de los principales elementos del culto del arte, para el común de los mortales. Cuando una mujer ocupa un lugar importante en nuestro corazón, nos hacemos más sensibles á la belleza de un cuadro, de una estatua, de una melodía. Tan pronto como el amor desaparece, nuestra sensibilidad artística desciende.

Falta la ciencia y la religión. Propiamente hablando, no se ve por qué razón una idea general, un descubrimiento decisivo, un rayo de luz no puede penetrar en el alma de un sabio enamorado. La creación, en todos los géneros, se reduce á un proceso mental. El sabio está inspirado cuando halla una verdad, como el artista cuando halla una imagen. Pues bien, si el amor, por la potente ebullición que determina en el ser, inspira á los artistas, también puede inspirar á los sabios.

Pasemos á la religión. Cierto, si se concibe el culto de lo infinito excluyendo la sensación de lo finito, es decir del universo y de la humanidad, la religión y el amor sexual son antagónicos. Pero el espíritu, absorbido por el infinito y no impregnado de la impresión profunda del universo, confina casi con la negación y el nihilismo. Si se quiere ser verdaderamente religioso, hay que *sentir* el universo en la multiplicidad sin límite de sus manifestaciones. Pues bien, á partir del momento en que se *siente*, se cae en el dominio del amor. Sentir el universo es amar el universo, es amar la *vida*. Y entonces, dígase lo que se quiera, el amor de la mujer no puede ser excluído del amor universal, porque el amor de la mujer es el más potente y magnífico que existe aquí abajo.

Se ve, pues, que nada prueba que la emancipación de la mujer hará disminuir los sentimientos refinados é idealistas. No determinará, pues, la caída en el materialismo y la degradación de la especie humana.

LIBRO CUARTO

La aurora de la emancipación

CAPITULO XIII

AUMENTO DE LA SUMA DE JUSTICIA

Si se abraza, á grandes rasgos, la marcha general de la humanidad, se ve que va del desorden al orden. En la Edad Media, por ejemplo, Europa está dividida en varios estados. En Italia, cada ciudad importante: Placencia, Parma, Reggio, Módena, Bolonia, por sólo citar la Emilia, son unidades políticas independientes. En Alemania hay una infinidad de soberanías. Esos estados se entregan á combates perpetuos: corre la sangre: las pasiones parecen desencadenadas; el colmo de la anarquía. En el interior de esas ciudades, las clases aristocráticas tratan de oprimir al burgués. De aquí insurrecciones, motines y golpes de estado á cada instante. La guerra civil es tan violenta como la guerra contra el extranjero. En una palabra, el desorden es universal.

Poco á poco se establecen poderes regulares sobre regiones más extensas. Llegan á cubrir territorios tan grandes como Francia. El rey impone el orden en sus estados. Los combates se verifican entre entidades más importantes, y de consolidación en consolidación, se llega al estado actual de Europa, en que las grandes potencias se neutralizan también unas á otras, que una guerra general es cada vez más difícil y por lo tanto improbable.

En cierto sentido el orden reina en nuestro continente. Pronto reinará en toda la extensión del globo.

Este paso del desorden al orden, puede considerarse como el tránsito de la violencia á la justicia. Decir que

el rey de Francia suprime las guerras particulares en sus estados, equivale á decir que los asuntos reales no se dilucidan sobre el campo de batalla, sino ante los tribunales. Pues bien, como los tribunales reales no tienen razón para favorecer á una provincia, en detrimento de otra, se impone la justicia. Cuando se sostiene que la humanidad va del desorden al orden, se da á entender que aumenta la suma de la justicia. No puede negarse que la humanidad ha recorrido una larga vía en este sentido. Según el derecho antiguo, los combatientes de una ciudad asaltada, eran condenados á ser pasados por las armas; mujeres y niños eran vendidos como esclavos. Nada de esto se practica hoy en los países civilizados.

Mayor ha sido el progreso, desde el punto de vista del derecho, en el interior de los estados. En las sociedades antiguas el poder central no protegía la vida de los ciudadanos. Era asunto privado. El castigo de los crímenes se realizaba mediante venganzas individuales. En las sociedades modernas no sólo el poder central protege la vida de los ciudadanos, sino sus propiedades, de un modo cada vez más eficaz. Si al principio del siglo XIX, *La gata maravillosa* dió á ganar 2.000.000 de francos al empresario del teatro donde se representaba y sólo 5.000 francos al autor que la escribió (Desaugier), según las nuevas leyes francesas sobre la propiedad literaria, el autor tendría ahora como minimum 200.000 francos. Esto significa que las leyes actuales garantizan la propiedad, en este caso, de un modo cuarenta veces más eficaz que las leyes antiguas.

El progreso de la justicia puede considerarse también desde otros varios puntos de vista. La justicia, en primer lugar, es la exclusión de la violencia y por lo tanto, de la coerción. En este sentido el progreso realizado, es ya muy importante. Así en otro tiempo se creía que los hombres no cumplirían con sus deberes religiosos sino mediante la imposición del estado. América demostró que semejante opinión era falsa. Las colonias americanas de Nueva Inglaterra, fueron las primeras comunidades no confesionales que se establecieron en el mundo. Pues bien: los ciudadanos de estas colonias, lejos de descuidar sus deberes religiosos, los cumplían con mucho más fervor y altura de sentimientos que en otros lugares. Se comprende, pues, que la coerción no es necesaria para mantener las unidades nacionales. Esto se ha demostrado sobre todo en el caso de Alsacia y Lorena. Nadie duda ni por un momento que, si se diese á los

habitantes de esta provincia la libertad de decidir de su suerte por medio de un plebiscito, votarían en favor de Francia en su inmensa mayoría. El lazo que los une á su antigua patria es pues, hoy, libre y espontáneo, en modo alguno coercitivo.

Suprimir la coerción equivale á reconocer esta verdad elemental de la psicología, que dice que el impulso de los actos humanos es interno y no externo. Por desgracia esta vulgaridad es aún desconocida por la inmensa mayoría de los gobiernos. Pero cuando sobre ella se funde el orden público nacional é internacional, nuestras instituciones privadas y públicas, se transformarán radical y bienhechoramente.

Los estados sucesivos por los cuales pasa la humanidad del salvajismo á la civilización, son los siguientes: brutalidad, violencia, injusticia, coerción, anarquía, libertad, benevolencia, justicia y solidaridad. Al principio de la serie hay movimientos desordenados caóticos y por lo tanto dolorosos; al fin hay movimientos ordenados rítmicos y por lo tanto agradables. En último análisis la evolución de la especie humana, puede considerarse como el tránsito de un menor goce á otro mayor, ó si se quiere de una vida menos intensa, á otra más intensa.

La emancipación de la mujer, es uno de los eslabones de esa cadena inmensa, que va del salvajismo á la civilización. Es uno de los actos del grandioso drama del advenimiento de la justicia. Pero es uno de los actos más importantes, porque la esclavitud de la mujer es la supresión de los derechos de la mitad del género humano, es la injusticia practicada en gran escala.

He aquí por qué razón se renovarán las sociedades humanas hasta en sus fundamentos, el día en que se emancipe la mujer. Entonces se realizará tal progreso en punto á la libertad, que es cosa difícil representarnos hoy, la dicha de que gozarán nuestros descendientes.

En la antigüedad, el niño era propiedad del padre. Sobre él había el derecho de vida y de muerte. Este período horrible ha pasado felizmente para siempre. Un padre que mata á su hijo, es condenado hoy por las costumbres y por la ley. Ningún hombre tiene en estos tiempos derecho á decir: este niño me pertenece. El niño no pertenece al padre, se pertenece á sí mismo. Desde su nacimiento, es considerado como un miembro de la sociedad, y ésta le garantiza todos los derechos civiles y políticos.

La antigua coerción absoluta que el padre ejercía

sobre el niño, ha desaparecido. Aún quedan algunas huellas de autoridad despótica que desaparecerán. Entonces el niño será completamente libre (75). Para ejercer autoridad sobre él, no tendrán, los padres, que poner en juego más que el cariño. El hijo escuchará las órdenes del padre ó de la madre, porque los amará y no porque le obligue la ley. La vida de familia alcanzará entonces su punto culminante de perfección.

De la emancipación de la mujer, puede decirse lo que de la emancipación del niño. Cuando sea un hecho, la influencia mutua de los amantes, reposará únicamente en la confianza y en el cariño. Entonces la humanidad saldrá de su cárcel secular. ¡Entonces se respirará libremente, entonces seremos verdaderamente morales y civilizados! En efecto, la violencia, la brutalidad, el despego, la coerción, todos esos rasgos bajos y viles que provienen de nuestro origen animal, habrán desaparecido. Por el respeto á los derechos del prójimo y por el triunfo de la justicia, la bestia se elevará al nivel del ángel..... hasta donde le es permitido á nuestra débil naturaleza.

Una palabra más.

He dicho hace un momento que, desde cierto punto de vista, la evolución de la humanidad puede considerarse como un crecimiento de los sentimientos afectivos. En efecto, es fácil demostrar que todo aumento de justicia debe producir otro aumento de benevolencia. Los rusos oprimen actualmente á los polacos, luego violan sus derechos, luego son injustos. Los polacos naturalmente, detestan á los rusos. Si los rusos dejan de oprimir, si se atienen á la más estricta justicia, no provocarán odios. Es decir, la suma de simpatía, entre rusos y polacos será mayor entonces que en la época actual.

Lo que es verdad respecto á las naciones es también verdad respecto á los sexos. Cuando la emancipación de la mujer sea un hecho consumado, la suma de cariño que existirá en el mundo, será sensiblemente mayor. Ante todo el mayor número de uniones se contraen hoy sin amor. Pero entonces todas serán hijas de ese maravilloso sentimiento. El odio y la aversión reinan actualmente en muchas casas. Entonces la simpatía reinará sobre todos, porque las uniones desgraciadas, se desharán inmediatamente.

En tercer lugar; hay en nuestros días miles de personas que se adoran, y que sólo pueden verse algunos

(75) El niño adulto, como se comprende.

cortos ratos. Cuando la mujer sea libre no sucederá así. Podrá pasar todo el tiempo que quiera con el ser que ama.

Se ve, pues, que la suma de cariño, será mucho más grande en la época de cariño que en la época de servidumbre. Y como la felicidad está en razón directa de los afectos, las instituciones más perfectas son las que proporcionan más felicidad, puede deducirse que, mediante la emancipación de la mujer, las sociedades humanas alcanzarán un grado de organización muy superior al que tienen actualmente.



CAPITULO XIV

LAS CONQUISTAS SUCESIVAS DE LA MUJER

La ley general de la evolución humana que se manifiesta por el aumento de la suma de justicia, está confirmada enteramente en el caso particular de los derechos de la mujer. Voy á enumerar sus conquistas sucesivas y á mostrar que, aunque el camino que ha de recorrer es todavía muy largo, el que ya se ha recorrido es bastante considerable.

En la más remota antigüedad, la promiscuidad reinaba entre los sexos, en el seno de la horda. La mujer era, pues, libre. Más tarde se ha organizado el matrimonio. Pero las investigaciones profundas de los sociólogos, han establecido que esta institución ha tenido por origen, no el cariño sino el derecho de propiedad del hombre sobre una ó varias mujeres. La organización de la familia romana, en los primeros tiempos de la república, refleja este estado de cosas: la mujer y los niños pertenecen al padre de familia; tiene sobre ellos el derecho de vida y muerte. Poco á poco esta potencia despótica se ha suprimido. Pero en la mayor parte de nuestras legislaciones modernas, la mujer es aún la esclava del marido, porque está obligada á seguirle donde quiera llevarla, y porque el lazo conyugal es indisoluble, sin el consentimiento de ciertas autoridades constituídas.

Desde hace un cierto número de años, la mujer empieza á librarse de esa servidumbre tan estrecha. Sucesivamente en todos los países civilizados, se establece el divorcio. Y no sólo se establece, sino que cada día es más fácil. Francia está atrasada respecto á las demás naciones en este punto. El divorcio se ha restablecido recientemente y se le ha rodeado de dificultades tan numerosas, que es prácticamente inaccesible á las perso-

nas pobres. Hay protestas vehementes contra tal estado de cosas, y con toda probabilidad se obtendrá el divorcio, por consentimiento mutuo. Italia es también de las naciones más retrógradas en cuanto al matrimonio. Pero se despierta al fin. Va á presentarse una ley en el parlamento, para acabar con la barbarie de las edades antiguas; la unión indisoluble.

Se ve, pues, que poco á poco, la mujer va conquistando la posibilidad de librarse de un lazo, que puede constituir su infortunio para toda la vida. La unión libre no se ha obtenido aún legalmente; pero se está en vías de alcanzarla facilitando cada vez más el divorcio, y bien pronto la mujer adquirirá la libertad completa de disponer de su persona.

Después de esta libertad primordial, pasemos á la de los movimientos.

En ninguna parte, en las sociedades occidentales, la mujer está ya encerrada en los gineceos ni se guarda como una prisionera. Puede abandonar su morada cuando le parezca bien y recorrer las calles á cara descubierta. La libertad de salir sola la tiene ya universalmente adquirida la mujer casada. Hoy esta libertad no la tienen en todas partes las solteras. No obstante, esta libertad, hace también progresos. Completamente pasada á las costumbres de América, casi completamente en Inglaterra, Alemania y Rusia, está aún restringida para las señoritas *ricas* de Francia, Italia, España. Las señoritas ricas, siendo poco numerosas, podrían ser una cantidad despreciable, si, por desgracia, su ejemplo no fuese imitado por la burguesía. Sería muy importante dar la libertad completa de los movimientos á las jóvenes. La opinión pública contribuirá, sin duda, á la extensión de las ideas feministas. Pero otros factores concurrirán igualmente.

Ante todo, la seguridad establecida en la calle, gracias á una mejor organización de la policía. El guarda de la paz, presente á todo, es una salvaguardia para la joven. Puede siempre recurrir á él, si le faltan al respeto. Teniendo así menos que temer de salir sola, se hace más libre. Se sabe que en América esta libertad no se extiende sólo al lugar donde habite la joven, sino al conjunto del país. Una joven americana puede viajar con quien le parezca, sin que nadie la critique y sin «comprometerse». En América la mujer ha conquistado el pleno derecho á moverse á su gusto, es decir, la libertad sin restricción. Esperamos que las europeas gocen bien pronto de este inmenso beneficio en una me-

dida tan completa como sus hermanas de más allá del Atlántico.

Al mismo tiempo que la buena organización de los servicios públicos, los progresos de la industria concurrirán á la emancipación de la mujer. «Creo, dice madame Sarah Bernhardt, que la bicicleta transformará nuestras costumbres, más profundamente de lo que en general se cree. Todas estas personas, que van devorando el espacio, renuncian por una parte notable á la vida interior».

Hace algunos años he asistido, en París, á una escena que me ha impresionado como un signo de los tiempos. Una señora y dos señoritas habían llegado á la entrada del bosque de Bolonia en un landó. Un criado las esperaba en este sitio con bicicletas. Las dos jóvenes subieron, y se perdieron de vista. Su madre las siguió, de lejos, en su coche. Me hizo el efecto de una clueca que ha empollado huevos. «Pobre señora, me dije, ha llegado un tiempo en que hay que decir adiós á vuestras ideas medioevales... No podéis seguir á vuestras hijas en una bicicleta y vigilarlas de cerca... Se han emancipado de vuestra tutela, gracias al genio humano que ha inventado un instrumento de transporte más perfecto!» Y, además de la bicicleta, hay el ferrocarril, el tranvía, el automóvil. Podrá vivirse en el campo, lejos de los sitios urbanos; pero, por esta misma razón, se multiplicarán las carreras, y entonces, inevitablemente, la joven deberá hacer tan gran número de ellas que será imposible que su madre la acompañe siempre. La joven podrá, en fin, emanciparse de esa vigilancia degradante que recuerda la de los eunucos en Turquía. Se habrá de pensar que la muchacha no es una aturdida, que se arroja á todos los peligros, ó una criatura absolutamente viciosa, practicando necesariamente las acciones más inauditas, tan pronto como la vigilancia exterior no se ejerce sobre ella. Se admitirá que nuestras hijas pueden conducirse de una manera decente y pura por la simple impulsión interna y no únicamente por coerción. Se concederá á la muchacha lo que al muchacho y no se le hará la sangrienta injuria de creer que irá, sin el menor sentimiento del honor, á arrojarse en brazos del primero que pase (76).

(76) Se pretende que no se deja salir á las muchachas solas porque, siendo débiles (desde el punto de vista de la fuerza muscular), podrían correr peligros. Es un pretexto, pues no se ve que haya inconveniente en dejar salir solas á muchachitas de 10 á 12 años que son mucho más débiles seguramente que las de 18 á 20.

Después de la libertad personal de los movimientos, entremos en el inmenso dominio del derecho civil. Las conquistas que la mujer ha realizado en este punto, son inmensas. Pero se ve que me es imposible ni esbozarlas de un modo superficial. Sería menester todo un volumen. El fin de este capítulo, por lo demás, no es tanto exponer lo que se ha hecho, como mostrar que se ha marchado constantemente hacia la emancipación.

En la antigüedad, la mujer, no teniendo personalidad civil, siendo la cosa de su marido, no podía poseer bienes particulares. Este resto de barbarie antigua ha desaparecido ya por completo de la mayor parte de las legislaciones modernas. En todas partes la mujer ha sido puesta sucesivamente en posesión de su patrimonio, de sus propiedades, de sus ganancias y en fin de sus salarios. Como he tenido ocasión de decir, en la mayor parte de los países civilizados la mujer puede administrar su fortuna, sin dar cuenta de ello á su marido. Se tiende en todas partes á una independencia completa, lo que es la justicia más elemental. Pero, aun en los países en que este progreso no se realiza aún, no se discute la libre disposición de los bienes para la mujer, mientras no está casada, ó cuando ha enviudado. Pues bien, esto es un progreso inmenso, porque la mujer era considerada en otro tiempo como una menor eterna y debía estar siempre bajo la tutela de alguien (padre, marido, hermano, etc.)

Entre el derecho privado y el derecho público hay que colocar la instrucción y el derecho de ejercer las profesiones liberales. Aquí también el progreso es constante é inmenso. Poco á poco y sucesivamente, las diferentes instituciones científicas se abren á las mujeres. Cada día hacen nuevas conquistas en este terreno. Me limitaré á hablar de las universidades. En Francia, en Suiza, en América, están abiertas á las mujeres, sin ninguna restricción y con igualdad absoluta para los hombres. En otros países, no se hallan fases intermedias. Las mujeres no son admitidas en Inglaterra á seguir los cursos de Oxford y de Cambrigde, las dos grandes universidades conservadoras de aquel país. Pero algunos colegios anexos han sido abiertos para las mujeres, y éstas pueden graduarse en ellos. En las universidades más avanzadas, puede seguir los cursos. Lo mismo sucede en Alemania. Ciertas universidades están ya abiertas á las mujeres, otras no. En Rusia, las muchachas no son admitidas en las universidades, pero se trata de crear para ellas una enseñanza superior equi-

valente. El movimiento en favor de una igualdad completa de los sexos, se dibuja en todas partes con una fuerza creciente. No está lejano el día en que la victoria será completa, es decir, en que no habrá distinción de sexo en ninguna universidad.

Desde el punto de vista de las profesiones liberales hay las mismas tendencias. Sucesivamente, en los diversos países, más lenta ó más rápidamente acaban por ser accesibles á las mujeres. Un día de triunfo fué para ellas, en Francia, aquel en que el foro les fué abierto. La primera vista en que ha tomado parte una abogada francesa ha sido considerada justamente como un acontecimiento (77). La profesión de médico ha sido ejercida por las mujeres antes de la de abogado. Los prejuicios han debido ceder más pronto por este punto, porque la necesidad de la *doctora*, en ciertos casos, salta á los ojos de las personas más prevenidas (78).

Se sabe que no sólo todas las profesiones liberales, sino aún numerosos oficios eran vedados, antes, completamente á la mujer. Esta injusticia absurda, desaparece de día en día. Las mujeres penetran en todas partes. Citaré algunas cifras que se refieren á los Estados Unidos de América.

Mujeres en las profesiones y los empleos indicados:

PROFESIONES	en 1870	en 1890
Copistas y secretarias... ..	8.016	64.048
Tenedoras de libros... ..	77	27.777
Tipógrafas... ..	7	21.185
Pintoras y escultoras... ..	412	10.800
Funcionarias públicas... ..	414	4.875
Médicas y cirujanas... ..	527	4.555
Sabias y literatas... ..	159	2.725
Periodistas... ..	35	888

La misma invasión se observa en Inglaterra. En cincuenta años, de 1841 á 1891, el número de institutrices, por ejemplo, ha pasado de 30.148 á 144.393. En la primera fecha, había 169 institutrices por 100 preceptores, en la segunda 286. Aunque América é Inglaterra vayan, desde cierto punto de vista, á la cabeza del movimiento emancipador, este aparece también en todos los países

(77) Las dos primeras mujeres que se han inscrito en el foro de París han sido Mlle. Jeanne Chauvin y Mme. Palachkovsik-Petit.

(78) Por ejemplo, para penetrar en las familias orientales, en que el hombre-médico no siempre tiene acceso al gineceo.

con más ó menos energía. En Rusia, cada año circulan ministeriales abren á las mujeres alguna nueva rama de la administración. Son ya admitidas en el servicio postal, en la contabilidad de los caminos de hierro, en el monopolio de la venta del alcohol. Aun en los países más retrógrados, la invasión de los oficios y empleos por las mujeres es constante.

Los conservadores ponen el grito en el cielo, á este propósito, dicen que los oficios y las profesiones están ya más solicitados y que si las mujeres concurren, se presentará la miseria universal. Pero olvidan un *pequeño hecho*. Las mujeres que no habían penetrado en los nuevos oficios, existirían á pesar de todo. Tendrían necesidad de comer y de vestirse. Tendrían, pues, que ser una carga para los hombres. Gracias á la invasión femenina, los hombres ganan menos; pero tienen también menos obligaciones. Por consecuencia, teniendo menos entradas, pero también menos gastos, pueden vivir también.

¡ Cuando se piensa que sólo en 1799 las mujeres inglesas se atrevieron á ensayarse tímidamente en la literatura y á publicar novelas, puede juzgarse del camino recorrido en un siglo! En nuestros días, no sólo no ha de tener la mujer audacia para ser literata, sino que, al contrario, es solicitada por los editores; y ellas mismas se dan cuenta de que la ociosidad es una degradación y una vergüenza.

En el dominio político, las conquistas de la mujer, aunque poco numerosas, son, no obstante, apreciables. Tampoco aquí puedo, como se comprende, por falta de espacio, exponer los hechos en toda su amplitud (79). No lo deseo. Quiero sólo, por algunos rasgos rápidos, dar la impresión de que, aun en los trabajos de cercar la fortaleza que quiere rendirse, no se ha desperdiciado el tiempo.

El electorado local y las cargas municipales son ya puntos incuestionables en muchos países anglo-sajones, latinos y eslavos. Aun en Francia (país muy retrógrado, en este punto particular) las mujeres, que pagan patente, en su nombre personal, toman parte ya en las elecciones de jueces del tribunal de comercio. En Inglaterra votan en los consejos escolares y en los consejos de condado. En ciertos países, pueden ser elegidas para las funciones municipales. En América y en Australia, va-

(79) Cp. la excelente obra de M. Ostrogorski, *La femme au point de vue du public*. Paris, Rousseau, 1892.

rias mujeres han ejercido ya el cargo de alcalde, á satisfacción de sus conciudadanos.

Pero me apresuro á tratar de los derechos políticos propiamente dichos. Me parece que fué el 1.º de Diciembre de 1869 cuando, en la constitución del Estado de Wyoming se acordó el sufragio político completo y sin restricciones á las mujeres, por primer vez. Esta fecha marca un día memorable para la humanidad. Será uno de los grandes momentos de la Historia, uno de los grandes triunfos de la justicia y de la civilización sobre la violencia y la barbarie. ¡Gloria á los americanos! ¡Han sido los iniciadores de ese inmenso progreso! Después de Wyoming, las mujeres han adquirido el derecho del sufragio político en los Estados de Idaho, Utah y Colorado. Los australianos no están menos avanzados que los americanos. Las mujeres han obtenido el derecho del sufragio en Nueva Zelanda y en la Australia del Sud, y, recientemente, en Nueva Gales del Sud.

La agitación en favor de los derechos electorales de la mujer es muy viva en Inglaterra. La cámara de los comunes la ha aceptado en principio, hace algunos años.

Pero elegir no basta: es preciso tener también el derecho á ser elegida. Este paso ha sido dado en varios países. La diputación ha sido concedida á la mujer en el Colorado. «Una mujer, Mrs. A. J. Peavy, ha tenido el honor de ocupar una de las funciones ministeriales más importantes: la de jefe de la instrucción pública del Estado» (80). El derecho de sentarse en el Parlamento acaba de concederse á las mujeres en Nueva Gales del Sud.

Podría citar más ejemplos; pero los que acabo de presentar bastan para convencer, me parece, de que las conquistas de la mujer en el terreno político son constantes. Ya aquí, ya allá, obtiene derechos con que no contaba hasta hoy día.

Ciertamente, las conquistas de la mujer no datan de ayer. Si se examina la marcha de la historia, se ve que remontan á muy lejanos tiempos. Los esfuerzos que ha sido preciso hacer y el valor desplegado para sacar á la mujer del gineceo, han sido inmensos. Han sido muy superiores, probablemente, á los que serán necesarios para llevar á la mujer al Parlamento. Pero, aunque el movimiento feminista haya existido siempre, el que se

(80) Luis Frank, en la *Indépendance belge* del 6 de Junio, 1897.

ha provocado en nuestros días tiene una inmensa ventaja sobre las tentativas anteriores: es *consciente*. Tiene un fin claramente determinado y fácil de formular: la igualdad absoluta de los sexos. A partir del momento en que los feministas han marcado este objetivo, las dudas, las desviaciones á derecha é izquierda, las incertidumbres y las nieblas han desaparecido como por encanto. Se comprende muy bien lo que es preciso hacer, cuando se ve con claridad dónde se quiere ir.

Por contradictorio que parezca, hay aún muchas mujeres que no son feministas. Pero también las hay que están despiertas y que no consideran la vulgaridad y las niñerías como el más bello ornato y la más alta virtud de su sexo. Las mujeres que han frecuentado las escuelas superiores, las que han vivido una vida independiente y han llegado á una situación elevada ó á la celebridad, son feministas ardientes y convencidas. Muchos hombres, bastante inteligentes para comprender que la felicidad del individuo está en razón directa de la felicidad de la comunidad, se han agregado al movimiento feminista. Ha echado profundas raíces. Se han fundado sociedades para sostener la causa de la emancipación. Los congresos feministas internacionales se multiplican. En fin, el movimiento toma tal extensión, que parece que ha de ser invencible. Como ha dicho muy bien Ostrogorski (81): «después de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, la declaración de los derechos de la mujer vendrá como consecuencia lógica».

Lo que contribuirá á acelerar este movimiento, será el socialismo. El socialismo es uno de los más grandes acontecimientos de la historia del mundo, porque reserva el primer lugar á los intereses de las nueve décimas partes de los individuos que componen las naciones. Mientras se tomaba en consideración solamente esa décima restante, olvidando las otras nueve partes, todos comprenden que se hacía política infantil y aún ridícula. Si se quiere obrar con seriedad, no puede cerrarse los ojos á la evidencia. Todos los errores colosales de los conservadores sobre la pretendida necesidad de la esclavitud de la mujer, desaparecerían como por encanto, si se tomasen la pena de pensar que, de cada diez mujeres, nueve están asediadas por la miseria.

El socialismo fuerza á las clases elevadas, tan egoístas, tan ciegas, tan ligeras y culpables, á mirar abajo.

81) Op. cit. pág. 6.

Y una sola ojeada en esta dirección basta para comprender que la emancipación femenina está en el orden actual de las cosas, que es una verdad, mientras que su esclavitud es el producto de los errores de nuestro espíritu.

La obligación de considerar los hechos sociales desde el punto de vista de las grandes masas, será el primer servicio que el socialismo preste á la causa feminista; pero no es eso todo. Sea verdadera ó falsa la doctrina socialista, poco importa para nuestro punto de vista actual. Lo importante es que el socialismo está orientado hacia *adelante*. Afirma que las sociedades han sido mal organizadas en el pasado y que también lo están en el presente. Hay que hallar, pues, algo nuevo que no ha existido hasta nuestros días. Por el hecho de considerar las instituciones de nuestros antepasados como *imperfectas*, el socialismo arrastra á la humanidad hacia un estado social que proporciona mayor suma de justicia. Pues bien, la servidumbre de la mujer es la más colosal de las iniquidades, y el socialismo tendrá que suprimirla. Esto es lo que hoy ya vemos. Todos los socialistas son partidarios de la igualdad de los sexos. Tres artículos del célebre programa de los socialistas alemanes, redactado en Esfrest, en 1891, hablan de esto. Esos tres artículos se refieren: al sufragio universal sin distinción de sexos; á la rehabilitación de la mujer; al restablecimiento de la mujer en una situación igual á la del hombre. Bebel, jefe de los socialistas alemanes, ha escrito una obra de las más elocuentes en favor de la emancipación de la mujer.

Así, las mujeres han entrado con ardor en el movimiento socialista. Yo he tenido ocasión, hace algunos años, de conocer un corto número de socialistas alemanas. Su entusiasmo era extremo. Se traducían por una elocuencia y una precisión que yo no podía menos de admirar. Cuando comparaba estas profetisas socialistas, tan ardientes, inspiradas y convencidas, con las mujercillas creadas por las antiguas costumbres, con esas insoportables muñecas cuyas únicas preocupaciones son el vestido, una joya ó una intriga sensual, sentía del modo más vivo el inmenso beneficio que es el socialismo para la humanidad.

Así, pues, deséese ó témase, apruébese ó vitupérese, nada importa ya. El feminismo ha recibido numerosos afluentes; se convertirá en un río inmenso que nada podrá detener ni hacer retroceder. Ese se dirige hacia el océano majestuoso de la justicia y de la igual-

dad. El socialismo, el pacifismo y el feminismo, son las tres grandes esperanzas de nuestros tiempos, las tres fuerzas que echarán por tierra, tarde ó temprano, las funestas instituciones de nuestros groseros antepasados, y que nos librarán de nuestros infortunios.

CAPITULO XV

EL INTERÉS DEL HOMBRE, DE LA PATRIA Y DE LA CIVILIZACIÓN

La felicidad de los individuos está en razón directa de la suma de justicia que reina en la sociedad. Cuando la monstruosa iniquidad de la esclavitud de la mujer haya desaparecido, la felicidad de nuestro sexo aumentará muchísimo. He aquí lo que puede establecerse *a priori*. Pero esta afirmación general es vaga y habla poco á la imaginación. Así, quiero abarcar la cuestión y presentarla de un modo más concreto y vivo.

Puede establecerse un paralelismo completo entre el martirio de la mujer y la disminución de goce en el hombre.

Comencemos por los fenómenos fisiológicos. Ya he mostrado cuántos sufrimientos crueles, causan á la mujer nuestros errores en este punto. Pero hay que reconocer que el hombre sufre también.

Para nosotros, como para la muchacha, la pérdida de la inocencia es el movimiento más solemne é importante de la vida. Puede decirse que, en muchos casos, toda la evolución subsiguiente de nuestro carácter y acaso de nuestro destino, dependen de este momento. Según nos ha iluminado el más magnífico idealismo ó la más vil prosa, podemos tomar en la vida la senda del optimismo ó la de la desesperación. En el primer caso, somos felices, en el segundo desgraciados. Pues bien, ¿cuántos hombres han tenido la suerte de adorar como una divinidad, de respetar profundamente y de amar con toda la fuerza de su alma á la primera mujer que han poseído? ¡Ay! el número de estos privilegiados de la suerte, de esos elegidos de la fortuna, es muy restringido. La mayor parte de las jóvenes, hay que reconocerlo, han perdido su inocencia en las condiciones más triviales. Si la noche de boda deja generalmente

en las muchachas de nuestro tiempo recuerdos llenos de profunda amargura, nuestra primera aventura deja también frecuentemente el recuerdo de una degradación que queríamos poder arrancar de nuestra memoria.

¡Y después de esta primera pérdida del paraíso, que serie de caídas, unas más crueles que otras!

Pues bien, en la juventud, en la edad maravillosa en que el alma está en flor, es necesario beber á grandes sorbos el amor poético y puro. Pero ¿qué nos da la sociedad moderna para apagar la sed de idealismo que nos devora en esta época bendita? ¡Ay! sólo los abrazos vigorosos y venales de la cortesana! ¡Felices los que pueden librarse de ellos hacia la edad madura, sin tener en el corazón una mancha que no se borra nunca, un odio profundo á la mujer y la imposibilidad de amar apasionada y sinceramente!

Además de la cortesana, sólo podemos recurrir al adulterio con su hipocresía, el tormento de los celos, la necesidad de ocultarse como malhechores y con el constante temor de ser descubiertos, suscitando una catástrofe que nos priva del objeto adorado.

Cuando se reconozca como base del orden social, el derecho imprescriptible de la mujer á disponer de su persona, se ahorrarán muchos sufrimientos. Serán reemplazados por una mayor felicidad.

Entre los 18 y los 20 años, cada cual experimenta generalmente, un amor idílico por una muchacha (82). En nuestros días la mayor parte de esas encantadoras novelas son flores heladas por nuestros convencionalismos. Pero respetando el derecho de la mujer, muchos de esos idilios serían aventuras tiernas y delicadas que hasta el fin de la vida dejarían un perfume penetrante en el alma. Esas novelas idílicas harían amar la vida, inducirían á respetar á la mujer y á las cosas santas. Serían el mejor preservativo contra el pesimismo y la sensualidad.

Imaginaos á las jóvenes parejas enlazadas como nubes de blancos contornos. Imaginaos á los muchachos corriendo el mundo enorgullecidos de sus amores sanos, sinceros, y puros. Vedlos contentos de sus amantes, queriendo que todo el mundo los admire; vedlos impregnados de la convicción de que cumplen con su

(82) No hablo de los hombres corrompidos desde la adolescencia. ¡He ahí un producto de nuestra moral tutelar! Nunca se sentirá bastante el horror profundo contra la precocidad degenerada. Todas las medidas son pocas contra este mal.

deber ante la naturaleza y ante la humanidad; con la clara conciencia de que la expansión magnífica de su ser, constituye un derecho sagrado.

Basta evocar esas imágenes para ver que la suma de felicidad del hombre es mayor en la época de la independencia de la mujer, que en la época de la servidumbre.

La libertad de la mujer tiene también una gran importancia para nosotros. La muchacha de que he hablado en el capítulo II se privó del placer de pasearse conmigo por la exposición, por respeto á los convencionalismos. Pero yo también me privé de un placer considerable. Puede generalizarse este caso. Y esta es la ocasión de protestar contra otro prejuicio muy grosero de nuestra época que disminuye nuestra felicidad considerablemente.

Las relaciones entre los dos sexos tienen un encanto particular por varias razones. Ante todo el modo de sentir de la mujer es distinto del del hombre. Esta diversidad está llena de atractivos, por el contraste. En segundo lugar, el amor es siempre posible entre individuos de sexo diferente. Sin duda, no siempre surge de una manera completa. Pero la sola posibilidad de amar da á las relaciones, aun siendo puramente intelectuales, un perfume sutil y una emoción tierna, cuyo encanto es infinito. Hacer una excursión con un amigo es un placer; hacerla con una amiga es una delicia (aun en el caso que no se haya pasado todavía de las relaciones platónicas). Pues bien, la práctica del amor, en toda su plenitud, es considerada hoy como un deshonor para las mujeres; y por eso se abstienen con tanta frecuencia de las relaciones puramente amistosas con nosotros, para evitar maledicencias y disgustos. Nuestra felicidad disminuye pues en este concepto, y por lo tanto, nuestro egoísmo debería impulsarnos á conceder á la mujer, la libertad absoluta.

Los conservadores afirman que la mujer debe continuar siendo ignorante. «Es inútil instruir á las muchachas. No necesitan saber muchas cosas. Su papel es obedecer dócilmente á los maridos. Si se les carga demasiado la cabeza de ideas, se despiertan en ellas veleidades de emancipación, y adiós familia».

¡Cuántas ideas falsas! Por el contrario, es muy fácil demostrar que la ignorancia de la mujer va en contra de nuestro propio interés egoísta.

Es muy cómodo sostener que la mujer es un ser inferior; pero lo que no puede negarse es que habla y ra-

zona. Desde el momento que hay comunicación mental, entre ellas y nosotros se establece una armonía, de ideas y de sentimientos, es decir, un goce; si hay discordancia, se produce un sufrimiento. Pues bien, á consecuencia de la falta de instrucción de la mujer, es inevitable la disconformidad de pensamientos. Puede deducirse de aquí, que hasta por interés deberíamos tratar de instruir á la mujer como á nosotros mismos. No hay duda de que á ella corresponde saber ciertas cosas de que nosotros no tenemos necesidad y viceversa; pero el fondo de la instrucción debe ser semejante para ambos sexos. La mujer debe tener el mismo concepto del universo que nosotros. Si ella piensa de una manera empírica, mitológica ó mística y nosotros de una manera científica, racional y positiva, se abre un abismo entre la mujer y nosotros resultando de aquí grandes sufrimientos para nuestro sexo. Que mi hermano piense de una manera diferente á la mía, es cosa que sólo puede disgustarme á medias. Pero que mi amante piense de otro modo que yo, es una fuente de disgustos, porque yo tengo mil puntos de contacto con mi amante. Y además, como el desacuerdo de pensamientos produce el desacuerdo también de sentimientos, el hecho de que la mujer amada no piense como yo, es un mal; mientras que si mi hermano no piensa como yo no lo es.

Precisamente la ignorancia de la mujer, es el peor enemigo de la vida de familia. Cuando el hombre tiene intereses intelectuales, completamente diferentes á su compañera, la conversación no puede ofrecer ningún encanto. Hasta llega el caso de callarse, para no incomodarse si las opiniones son opuestas. La frialdad primero, y la aversión después, son frecuentemente consecuencias de ese mutismo. Entonces el hombre va á buscar satisfacciones lejos de su compañera y la mujer lejos de su compañero; se destruye el hogar y la vida de familia.

¡Qué placer por el contrario, hablar con una mujer, cuando se tiene en común con ella un conjunto de conocimientos y de intereses intelectuales! Entonces la excitación que proviene de la diferencia de los sexos, puede llevar la conversación hasta el punto culminante del placer. Pues bien, todo placer gozado juntos, crea un lazo ó refuerza el que existía ya. Impedir á la mujer que se convierta en un espíritu cultivado, es pues privarnos de una de las alegrías más vivas que pueden experimentarse. Y además es poner en peligro la unión de la familia, porque cuanto más estrecha es la intimi-

dad física, más importancia adquiere la intimidad mental.

En fin, una última consideración. Querer que la mujer sea ignorante, es querer que nuestra madre lo sea. Pues bien; es evidente que maldita la ventaja que acarrea tener por madre una criatura inferior, sin inteligencia y sin juicio. De nuestra madre proceden nuestras impresiones primeras, que tienen á veces un influjo preponderante en nuestra vida. Además puede establecerse casi como un axioma que nuestra facultad de ser felices aquí abajo, está enteramente en manos de nuestra madre, que hace de nosotros pesimistas ú optimistas á voluntad. Se ve, pues, que es de desear, siquiera por egoísmo, que la mujer sea igual á nosotros por su instrucción.

La patria también está interesada en la emancipación de la mujer, más que el sexo masculino.

No es necesario observar muy detenidamente las sociedades, para darse cuenta de la incurable debilidad de aquellas en que la mujer está completamente esclavizada. Todas las dominaciones fundadas por los grandes conquistadores musulmanes, han tenido duración efímera. El imperio turco habría desaparecido ya desde hace mucho tiempo (seguramente en 1878), si no hubiese sido sostenido por el antagonismo de las potencias occidentales. No hace, pues, excepción á la regla. Las sociedades indias, son de una extrema debilidad. Jamás han sabido rechazar ninguna invasión. Hoy aunque compuestas de cerca de 300 millones de hombres, obedecen sin resistencia á 75.000 soldados ingleses. Otro tanto puede decirse de la China. Ese hormiguero de 330 millones de seres, no ha sabido resistir á la invasión de algunos cuerpos de ejército europeos que por dos veces, en 1860 y en 1900, se han apoderado de la capital.

Y las sociedades antifeministas (si puedo hablar así) son débiles, no sólo desde el punto de vista militar, lo que puede considerarse, en cierto modo, como una perfección, aun bajo el punto de vista económico. Se sabe que Turquía es uno de los países más pobres de Europa. Las poblaciones de la India figuran entre las más miserables conocidas (83). Las de la China se prosternan en el abatimiento más profundo. Esta inferioridad económica no proviene de causas naturales, pues el suelo de los tres países que acabo de citar, contiene los recursos

(83) Mientras que el haber del inglés se evalúa en 823 francos anuales, el del indio no pasa de 42 francos.

más variados é inagotables. Esta inferioridad proviene únicamente de causas sociales y, entre ellas, la esclavitud de la mujer es de las más importantes.

Puede establecerse como un axioma que la riqueza de un país está en razón directa de la suma de justicia que reina en su territorio. Este axioma no tiene necesidad de demostrarse. Un país sin justicia es aquel en que la anarquía es completa. La riqueza no puede desarrollarse en un estado semejante, pues los ciudadanos, en lugar de trabajar, pasan la mayor parte de su tiempo despojándose unos á otros.

Ahora bien, las sociedades donde la mujer es esclava, tienen poco arraigado el sentimiento de la justicia; de modo que son pobres. Y no es sólo porque en estas sociedades la mitad de la población está privada de los derechos más elementales (lo cual es ya una extrema iniquidad), sino por otra razón más importante.

Cuando un muchacho se ha educado en un país donde es libre la mujer, ve desde su infancia á su padre y á su madre gozando de los mismos derechos. Ve, pues, reinar la justicia alrededor de él y se acostumbra á considerar el respeto de los derechos de todo individuo como base del orden social. Esta impresión se graba en su espíritu. Constituye, por decirlo así, su mentalidad. Nuestro joven llega á la sociedad imbuído de la idea que el respeto de los derechos del ciudadano debe ser la base de la organización política. La justicia reina en un país donde el sentimiento de la legalidad se impone á los instintos desordenados y consecuencia de ello es la prosperidad general (84).

Por el contrario, cuando un muchacho ve en su familia á su madre reducida al estado de animal doméstico, subordinada á los caprichos y á la tiranía del padre; cuando la ve rebajada en su dignidad, tratando de preservar su persona por la hipocresía, la duplicidad y la mentira, el muchacho no adquiere nunca una noción clara del esplendor del derecho (85). Cuando entra en la vida, continúa creyendo que la fuerza bruta es la base de la sociedad. Pues bien, el choque de todas las violencias, de todas las duplicidades individuales produce precisamente la anarquía política que da por resultado la miseria universal. Tal es la principal razón

(84) El mejor ejemplo es Inglaterra, donde la legalidad es respetada con admirable escrúpulo.

(85) Cp. pág. 118.

por la que los países donde la mujer es esclava, permanecen bárbaros y pobres.

Otro rasgo interesante de esta clase de sociedades es que les falta ese magnífico sentimiento llamado patriotismo.

El patriotismo está estrechamente ligado á un sentimiento del derecho. En efecto, la patria es el conjunto de instituciones que responden de la seguridad del individuo. La patria es la protección suprema, el último recurso del ciudadano en peligro. Mas si el ciudadano nota que el mayor daño que sufre proviene de los que rigen el destino de su país (de sus gobernantes, en una palabra), entonces el patriotismo desaparece por completo.

Desde este punto de vista, puede comprenderse que no hay verdadero patriotismo sino en los países donde el niño crece con el sentimiento del derecho. Y esto, no es posible si la situación de la madre, en la familia, no es igual á la del padre.

Puede afirmarse que la patria está hecha en su mayor parte por la mujer. Ella es la que alienta el espíritu y el corazón del hombre. Sin ella nada hay vigoroso, moral ni sano. La sociedad se convierte en un amasijo de gentes sin fe ni ley, de una debilidad incurable.

Si admite que una mujer no debe ocuparse de política, un hombre bien educado en un salón, se abstiene de hablar de ello. He ahí una aberración funesta. Mantener á la mujer fuera de la sociedad es atentar de un modo terrible contra la prosperidad de la patria.

Para que un país prospere, es preciso que los ciudadanos se hagan cargo siempre de lo que tal país necesita, es menester que haya un ideal social. Pero si la mujer se aparta de la política, es inútil que tenga un ideal nacional. No puede inculcar nada á sus hijos y éstos llegan á la vida política con esa indiferencia que es acaso más funesta que la corrupción.

Por el contrario, si las madres están devoradas por el fuego patriótico, lo infundirán en las venas de sus hijos y éstos entrarán en la vida pública, con la firme resolución de cumplir con sus deberes de ciudadanos.

Tales son las ventajas generales de la admisión de la mujer en la ciudad. En cuanto á los buenos efectos directos y particulares, se ven claramente en los países donde la mujer disfruta de libertad. «Se ha comprobado en el Colorado, dice Luis Frank, que las mujeres americanas, tan prácticas, tan buenas y tan morales, han contribuído á producir una verdadera selección en los

empleos públicos. En otro tiempo en el Colorado, como en los otros estados de la Unión, la proclamación del resultado de las elecciones se manifestaba con desórdenes del populacho, borracheras, riñas, etc. Hoy, el orden, la tranquilidad y la templanza del pueblo es lo verdaderamente característico de las votaciones populares» (86).

Puede observarse en todos los países que la aparición de la mujer en un sitio público, modifica como por encanto, la actitud del hombre. Resulta este más decente, más fino, más oportuno y algunas veces más caballeroso. Las discusiones pierden su aspereza, las expresiones injuriosas y malsonantes se evitan. Se buscan los términos más escogidos y elegantes. Si se generaliza el conjunto de esta influencia de la mujer, se ve que tiene por resultado enseñar á los hombres á tomar en consideración los derechos del prójimo. Pues ser fino y no injuriar, significa respetar la expresión de las opiniones de otro. La presencia de la mujer, no sólo aumenta el sentimiento de la justicia (lo que ya es tan de estimar), sino el de la benevolencia. Y es natural, porque la mujer es por decirlo así, la mensajera del amor, origen del altruismo.

La introducción de la mujer en la política aumentará pues de un modo directo é indirecto la justicia social, pues favorecerá en gran manera la prosperidad económica y política.

Veamos las objeciones.

«¿Pues qué, se dirá, queréis que á más de los diez millones de votos masculinos tengamos otros tantos femeninos? Adios libre pensamiento y libertad política. Las mujeres son los instrumentos del cura. El sufragio de las mujeres producirá un retroceso á la Edad Media. Volverá á establecerse el poder temporal del papa y la inquisición».

Ante todo diré que aun dando el caso de que estos males se presentasen, sólo se resentirían de ellos los países católicos. Las mujeres protestantes y ortodoxas, no son por lo general más creyentes que los hombres. Fuera de la iglesia romana, la influencia del cura, es despreciable y no constituye peligro público. Pero aun en los países católicos, los temores de los conservadores, se me antojan pueriles y exagerados.

Hay que ver una cosa. La mujer educada de un modo especial en los conventos, rebajada de su dignidad, hu-

(86) *Indépendance belge*, 31 mayo 1897.

millada, encerrada en la familia como en un gineceo, privada de toda libertad, es la mujer abandonada y desgraciada que se refugia en Dios porque para ella no hay alegría en este bajo mundo. Esta criatura infortunada, es la que cae en manos del cura. Pero imaginad la mujer emancipada, que puede ir donde mejor le parezca, instruída, que le es posible vivir como se le antoje y buscar su felicidad: una mujer así podrá tener un sentimiento religioso muy profundo, podrá elevarse á las regiones más santas del idealismo, sin caer bajo la influencia del cura. Una mujer de esta naturaleza no le entregará su voluntad, porque se sentirá con fuerzas y apreciará el valor inestimable de la personalidad y de la libertad.

Tampoco hay que olvidar que si las muchachas se educan ahora en los conventos, es porque no se les concede el derecho á penetrar en la sociedad. Hoy día, el áspero deseo de que los chicos sean bachilleres, procede de las ventajas políticas que esto les proporciona. Si el bachillerato diese también derechos especiales á las muchachas, los padres no querrían privarlas de ello y tratarían de procurarlas medios de esta clase. Entonces reivindicarían instituciones de instrucción media para las mujeres, con exámenes de Estado.

Por otra parte, si las mujeres fueran electoras, sus votos tendrían gran valor. Cada partido los acapararía. Los librepensadores no enviarían sus hijas á un convento, pues de este modo aumentarían el partido de sus adversarios políticos.

En medio de muchas objeciones irónicas, ligeras y falaces, que se oponen á la introducción de la mujer en la política, citaré una: «¿Pues queréis que las mujeres entren en el Parlamento? Y habrá hombres que voten ciertas leyes porque querrán las damas. ¿Qué será entonces de los intereses de la patria?»

Este género de obligaciones, muy espirituales, tienen sólo este defecto: no resisten á la crítica. Ante todo, ¿cómo no se ve que el voto de una ley, para complacer á una hermosa dama, será recompensado, por parte femenina, con el voto para complacer á un caballero seductor? Y como no todas las bonitas diputadas militarán en el campo liberal ó en el conservador... habrá tantas en uno como en otro, y se equilibrarán las fuerzas. Si un conservador vota una ley liberal para agradar á una liberal, también ocurrirá á la inversa. Los inconvenientes de este género son, pues, pueriles. Pero es que la aparición de la mujer en el Parlamento ten-

drá inmediatamente consecuencias bienhechoras que nadie negará. El hombre no quiere parecer grosero ante las mujeres. Su presencia, pues, corregirá los modales de las asambleas legislativas y muchos hombres no emplearán expresiones malsonantes á propósito de sus colegas. Tales expresiones desaparecerán, pues no será fino ser agradable con unos colegas y no con otros.

Después de este bosquejo de la política interior, pasemos á la política internacional.

Creo que, en este terreno, la influencia de la mujer será beneficiosa.

Uno de los grandes obstáculos que se oponen á la entrada de la mujer en la ciudad es la guerra. En efecto, los hombres pueden decir á las mujeres: «Si os sentáis en los parlamentos, por vuestro voto podéis declarar la guerra. Pero no iréis á combatir en los campos de batalla. Nosotros iremos á hacernos matar por vuestras fantasías. No es justo. No queremos, pues, que vayáis al parlamento». Nada hay que responder á esta objeción (87). Para obtener la plenitud de los derechos políticos, la mujer está interesada en que el orden internacional reemplace á la anarquía salvaje de hoy. Entonces todas las guerras serán consideradas como sacudidas civiles y serán accidentes pasajeros sin importancia. La felicidad de la mujer no será posible, sino por la justicia en las relaciones externas, y debe intentar la supresión de la violencia.

Esto, en la época en que la mujer, sin poseer aún derechos políticos, tenderá á adquirirlos. Pero cuando esto se realice, su influencia no por eso será menos bienhechora desde el punto de vista internacional.

En la actualidad, la hostilidad de las naciones, proviene de su ineptitud para comprender los intereses de los vecinos. Así, en las orillas del Sena, se ha afirmado, hace mucho tiempo, que el objeto principal de los estadistas franceses, debía ser impedir la unidad de Alemania, y, en definitiva, la felicidad de los alemanes. Pero no la recíproca. No se admitía que el objetivo de los estadistas prusianos había de ser la infelicidad de Francia. Puede pensarse que, cuando las mujeres se mezclarán en la política internacional, iluminadas por su propia experiencia, comprenderán que el interés más

(87) Nada... salvo acaso, que lo mejor ocurría hace muchos siglos. Las mujeres han provocado muchas guerras á que no han asistido. En 1870, la emperatriz Eugenia tuvo una influencia inmensa en la declaración de las hostilidades. Decía que esta campaña era «su guerra»

egoísta consiste en el respeto escrupuloso de los derechos del vecino.

Lo dicho basta para demostrar que la emancipación de la mujer contribuirá, por la justicia, á la prosperidad de la patria.

Naturalmente, cuanto más prósperas* sean las patrias, más lo será la humanidad. No obstante puede considerarse las consecuencias de la emancipación de la mujer de una manera directa, poniéndose por encima de los intereses nacionales.

En primer lugar el desarrollo de las facultades mentales, los descubrimientos, las investigaciones científicas, la producción literaria y artística. La felicidad del individuo está en razón directa del *stock* de las riquezas intelectuales que posee la humanidad. Todo lo que disminuye esa provisión inmensa de conocimientos y sentimientos, produce, en cada uno de nosotros, una disminución de goce. Sin las obras maestras y sin las invenciones, acumuladas por los siglos, caemos en la miseria intelectual, es decir, nos privamos de una serie de goces. No hay que insistir sobre esto. Todos comprenden que la barbarie es un estado social que proporciona pocos placeres y la civilización, en cambio, muchos.

Desde este punto de vista, también la esclavitud de la mujer, es funesta para la civilización. La naturaleza no da las facultades artísticas según los sexos. Hay, pues, sobre la tierra tantas mujeres como hombres de genio. Pero si las mujeres no pueden desarrollar sus facultades, á causa de la imperfección de nuestras instituciones, pierde la humanidad. Es imposible evaluar la importancia de esto de un modo preciso, pero todo el mundo comprende que debe ser inmensa. Pensad, (sólo tomo este ejemplo al azar) lo que habría sido la literatura inglesa en el siglo XIX si George Elliot, Lucas Mallet, Isabel Browning, madame Braddon, madame Oliphant, María Corelli y madame Humphrey Ward, no hubiesen escrito. Ha habido un momento en que las novelas de Jorge Elliot han sido más notables que las de todos los hombres de su país y de su tiempo.

Hemos perdido muchísimo, durante siglos, á causa del eclipse del sexo femenino. Pero, precisamente, cuanto más irreparable es el pasado, más debemos enmendarnos, para no sacrificarle el presente y el porvenir. Es pues, de desear que la mujer deje de ser cuanto antes una muñeca. Todo talento femenino que no llega á su desarrollo, es una pérdida para la civilización.

Pero no es esto lo más importante. Ahora me ocuparé

de lo que es más importante aun, de los sentimientos afectuosos y del idealismo.

Ya he hecho ver que la potencia económica y política de las sociedades, depende, en cierto modo, de la dignidad y de la libertad de la mujer. Donde es esclava, la civilización languidece.

Pero si la subordinación de la mujer detiene el desarrollo de la riqueza y de la potencia política, puede decirse que, desde un cierto punto de vista, detiene el completo desarrollo de la civilización. En efecto, por civilización se entiende la elevación del hombre por encima de la animalidad, ó en otros términos, el idealismo. Cultura es un término idéntico á civilización. Pres bien, cultura significa refinamiento del pensamiento, y, sobre todo, del sentimiento. Significa que, en el conjunto de la sociedad, hay predominio de las necesidades del alma sobre las de la materia. Es rústico ó bárbaro (88) el hombre que no tiene espíritu refinado ni sentimientos delicados.

En tanto que, en una sociedad, la unión sexual es un fenómeno puramente fisiológico, esa sociedad permanece en estado salvaje. La civilización aparece cuando esa atracción de los sexos es también mental, es decir, cuando se idealiza. Puede, pues, decirse que la civilización es imposible, hasta tanto que el hombre no ponga á la mujer en un pedestal para adorarla. De esta divinización sale, como de una urna, el conjunto de sentimientos delicados que constituyen la cultura intelectual. Basta, en efecto, echar una mirada superficial alrededor de sí para ver que la mujer es el primer elemento de la poesía, de la música y de casi toda la literatura. No sólo es la inspiradora del arte, sino que constituye casi exclusivamente su objeto. En tratándose del amor, los poetas hallan estrofas magníficas, los músicos motivos inspirados, los escultores contornos armoniosos, los pintores matices suaves, los novelistas páginas elocuentes. Suprimid el amor y esos fuegos de artificio se apagan y volvemos á las tinieblas.

Apenas hay que notar que la civilización es imposible sin la conversación fina y delicada, sin el salón y otros placeres de la sociedad. Esos placeres no son posibles sin la mujer, y, en todos los casos, no adquieren su intensidad máxima sino por su presencia, que le da un perfume sutil y penetrante. Sin la mujer no hay «mun-

(88) El rústico es un bárbaro que vive en el seno de una sociedad civilizada, y una sociedad bárbara es un conjunto de rústicos.

do» y, sin el «mundo», volvemos á la barbarie. Estos son hechos reconocidos.

La historia confirma lo dicho. Las creaciones artísticas y literarias, el refinamiento de las costumbres, el florecimiento del espíritu humano, corren parejas con la adoración de la mujer. En Grecia se llega á los siglos más bellos cuando aparece el culto á la mujer, aunque sea bajo la forma especial de la *hetaira*. En la época merovingia y bizantina, la adoración de la mujer sufre un eclipse y, al mismo tiempo, se cae en la barbarie (89). Vienen después la caballería, las cortes de amor, Beatriz y Laura. Los sentimientos se refinan y la civilización gana terreno. Aún más recientemente, en Rusia, la mujer es esclava hasta el siglo XVII. Después se emancipa. Entonces Rusia sale de su ganga asiática y comienza á ser una sociedad civilizada.

Lo mismo pasa en los países extranjeros. En las Indias orientales, en cierto momento, los sentimientos caballerescos se manifestaron en una clase elegida. Esto contribuyó al florecimiento poético. Durante los primeros siglos de la hégira, una sociedad refinada se formó en Egipto, entre musulmanes. Se poetizaba el amor y la mujer. Así esta sociedad produjo las obras maestras de la poesía y del arte.

Puesto que la mujer ha podido hacer tanto por la civilización, en la época en que fué esclava, puede imaginarse lo que hará cuando se emancipe. Su potencia, esta obra, aumentará, por lo menos, cuando á las delicias que dimanen de su belleza se agreguen los encantos de la eurythmia mental. Si el contacto de un espíritu semejante al nuestro es ya un placer intenso, ¡cuánto más lo será el de un espíritu y un corazón!

Cuando el sexo femenino, en conjunto, sea igual al nuestro por su instrucción, por su elevación mental y su dignidad, las relaciones sexuales comenzarán á dignificarse. ¡Cuántos hombres se enamoran hoy de mujeres absolutamente nulas! Tratan de elevarlas á ellos. Pero, á pesar de sus esfuerzos, no lo consiguen siempre. Entonces pierden ó su amor ó su idealismo. Con la mujer libre é igual al hombre, no ocurrirá esto. Como he

(89) No creo que uno de estos fenómenos sea la causa *única* del otro. He combatido siempre el error de la causa *única*, y no caigo en él. No, las causas de los fenómenos sociales son muy numerosas. No obstante, el paralelismo entre la civilización de la mujer y la civilización no es menos verdadero. Siempre con la reserva indispensable en los hechos sociales; «en igualdad de casos.»

dicho en el capítulo XII, cuanto más de arriba parta, más fácil será ponerla en el pedestal de la divinidad. Las numerosas caídas que se producen ahora serán más raras y los progresos de la cultura más rápidos.

Difícil me parece negar estos hechos. Creo, pues, haber demostrado que la emancipación de la mujer será útil al sexo masculino, á la patria y á la civilización. Si es así, los hombres debemos trabajar con todas nuestras fuerzas á favor de esto, aunque no sea más que por egoísmo.

CAPITULO XVI

LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD

Llegado al fin de un trabajo, quiero arrojar una mirada rápida sobre el destino de la mujer en nuestras sociedades occidentales.

Su situación económica la ha pintado como nadie, la señora K. Schirmacher en las siguientes líneas: «Siempre, á cambio de un salario que se reduce á la tercera parte ó á la mitad del que gana el hombre, aun á igualdad de trabajo, la mujer debe trabajar todo el santo día. Se case ó no, es obligada á menudo á satisfacer á las exigencias de dos profesiones: la de mujer de su casa y la trabajadora. Fatalmente es así. Pero casada, llega á vivir. La mujer célibe, la que queda reducida á sus propios recursos, ejecuta por cuenta propia los trabajos domésticos, se fatiga sin llegar á vivir. Vegeta. Cansancio, miseria y algo peor; he ahí la suerte de las mujeres en Francia como en otras partes» (90). El cuadro es tan triste como verídico. Añadid que, en estas tristes condiciones, la mujer debe parir y alimentar á sus hijos.

Pero si la situación económica es deplorable, su situación moral lo es mucho más.

Si se casa, sufre de mil maneras.

Ante todo, puede darse á un hombre, casi sin ser consultada, para satisfacer las conveniencias ó intereses de los padres; puede decirse que es vendida. Después, la joven puede estar unida á un hombre que se ha vendido. En los dos casos es desgraciada.

Pero, aun en el caso de que la joven escoja el marido, puede engañarse. ¡ Tanto peor para ella! Le es tan difícil separarse que antes ha de morir. Una existencia perdida.

(90) *La Revue*, 15 de Febrero 1902, p. 412.

Por consecuencia de la esclavitud que sufren las n-u-chachas ricas, muchas se casan sólo para obtener la libertad. Van al altar no con la intención de amar á sus maridos, sino para poder tomar amantes. Este sistema acarrea el mínimum de felicidad, porque el primer amor es el que procura los éxtasis más profundos y las felicidades más completas, y aquí el primer amor es una unión indiferente, y necesariamente desagradable.

Después, hay que pensar en los millones de mujeres martirizadas por sus maridos; que se las pega, se las hiere, se las maltrata, se las injuria, conduciéndolas á una degradación moral casi completa. No digo nada de otros males, muy crueles, de que es imposible hablar de un modo conveniente. Y este despotismo de los maridos, no se encuentra sólo en las capas inferiores de la sociedad, sino en todos los rangos. Aun cuando sólo sean morales, los sufrimientos á que los maridos exponen á las mujeres, no son menos agudos. Y, aun cuando los malos tratos sólo se vieran en las capas inferiores de la sociedad, esto no sería una atenuante, toda vez que esas capas componen las nueve décimas partes de la población.

Se ve, pues, que la vía del matrimonio no hace muy felices á las mujeres.

Consideremos ahora la otra vía. Hay mujeres que tienen la valentía de no someterse á las rutinas ni á los prejuicios. Afrontan la opinión y, como blancas palomas, vuelan á los brazos de sus amantes. Tienen algunos minutos encantadores. ¡Pero qué cruel porvenir! Nuestra magnífica moral actual considera su felicidad como un crimen. Se lo hace pagar. Las independientes pueden ser «abandonadas», y entonces sufren, no sólo á causa de sus desengaños, y de las dificultades materiales, sino á causa del desprecio público.

Tal es el destino que nuestras ideas dan á nuestras compañeras. Son enteramente sacrificadas y sus dolores producen tragedias terribles, asesinatos, envenenamientos, venganzas salvajes. O bien se pierden en largos martirios ignorados, en una serie de torturas infinitas. La condición de la mujer puede resumirse de esta manera: el mayor sufrimiento y la menor felicidad.

Nadie puede decir que esto sea justo, normal ni satisfactorio.

Las primeras, las mujeres. Ellas comprenden bien que están oprimidas y sacrificadas, que no gozan. Pero por ignorancia, á causa de desconocer el fundamento de la vida social, las mujeres creen que esto *está conforme*

con la naturaleza de las cosas. Entonces se someten á un destino que les parece inevitable. ¡Cuántas muchachas desgraciadas, á quienes se llama «perdidas», sufren, sin murmurar, las injusticias más atroces, sólo porque creen que *¡así debe ser!* Las mujeres, imbuídas de las antiguas ideas, no sólo aceptan su cruel destino, sino que se indignan á veces de que se las quiera modificar y se muestran propicias á lapidar á los que les proponen librarlas. Esta sumisión á las ideas y á las rutinas de los antepasados, se halla en todas las instituciones de nuestro tiempo.

Otras, menos ciegas y menos ignorantes, saben que nuestras instituciones no están conformes con la naturaleza de las cosas, pero creen que son las mejores, y, por esta razón, se oponen al cambio.

Estos dos errores son fáciles de refutar.

En primer lugar, cuando una institución está conforme con la *naturaleza de las cosas*, es decir con la verdad, debe ser la misma en todas partes. No hay dos verdades. En China, como en la India, en Europa y en los Estados Unidos, la suma de los tres ángulos de un triángulo, es igual siempre á dos rectos. En estos países, como en todos, el hombre tiene necesidad de comer y de preservarse de las intemperies y de las estaciones.

Pues bien, no ocurre lo mismo en cuanto á las instituciones que regulan el destino de la mujer. Las formas del matrimonio son diversas. Los puntos de vista, acerca de lo honroso y lo innoble, varían también.

En ciertas tribus salvajes, el matrimonio es endogámico, en otras exogámico (91). En ciertos países, la mujer puede tener varios maridos (poliandria) ó el marido varias mujeres (poligamia). El matrimonio puede ser un sacramento ó un contrato. Las ceremonias nupciales son diversas. Y no sólo en cuanto al espacio, sino en cuanto al tiempo. En diversas épocas, las formas del matrimonio se modifican en los diversos países.

Semejante variedad se observa en la idea del honor. La prostitución era una institución sagrada en Babilonia, en el templo de Astarté. Para agrandar á la divinidad las sacerdotisas se entregaban al primero que llegaba. En el Japón, hoy, las jóvenes *mousmé*, que han ganado dinero galanteando, son las que se casan más fácilmente. Esto echa por tierra nuestras ideas occidentales sobre el honor.

(91) La endogamia es el matrimonio con una mujer que pertenece á la misma tribu que el hombre, y al revés la exogamia.

Si, pues, las formas matrimoniales varían en el espacio y en el tiempo es que no dependen de la naturaleza de las cosas. Son únicamente reguladas por las ideas que reinan en una sociedad dada, en una época dada. Tan pronto como se produce un cambio de ideas, se produce también un cambio de instituciones. La sociedad pagana de Roma tenía otras formas matrimoniales que la cristiana.

Así, una rápida ojeada basta para demostrar que nuestras instituciones actuales no están basadas en hechos naturales. Y es fácil de comprender que no son las mejores, precisamente porque producen un máximo de sufrimientos y un mínimo de felicidad.

Las tragedias de nuestra vida actual provienen del abismo que existe entre la naturaleza de las cosas (la realidad) y nuestras convenciones, es decir nuestros errores. Así, el nacimiento de un hijo es el hecho más natural del mundo. Si nuestras ideas fuesen *justas*, consideraríamos este hecho como honroso. Pero, puesto que lo consideramos como una mancha, es que nos engañamos. Abandonarse á un hombre á quien se ama, es un acto conforme con la naturaleza de las cosas. Pero si lo consideramos como una vergüenza y un deshonor, es que nuestras ideas son falsas. Cuando Alejandro Dumas hijo nos dice que Margarita ha sido una coqueta porque no se ha casado con Fausto, yerra. La moral consiste en seguir la naturaleza, no en violarla. Si, á consecuencia de su organismo psicológico, el hombre no pudiese amar más que una sola vez, el matrimonio único, indisoluble estaría justificado. Pero como el hombre puede amar varias veces, el matrimonio indisoluble es un error de nuestro espíritu. Cuando hayamos adaptado nuestras instituciones á la realidad, no habrá entre nosotros sufrimientos por *causas sociales*. Entonces sólo subsistirán los sufrimientos que provienen de causas nuestras.

No podremos nunca suprimir, ¡ay! ni las imperfecciones físicas, ni las enfermedades, ni los vicios, ni la muerte. No podremos suprimir los males que el amor acarrea. No sólo el *necio quid amari*, de Lucrecia, sino los sufrimientos que provienen de la desigualdad de sufrimientos. Dos amantes no pueden amarse con la misma intensidad. El que ama más ó el que ama todavía cuando ya el otro ha olvidado, sufre las más crueles penas. El amor, con sus dudas, sus inquietudes y sus celos, es un tormento de todos los instantes.

Como nuestra triste humanidad está condenada á pruebas tan numerosas que, siendo naturales, son in-

evitables, debería por lo menos no tener la locura de acarrear otros dolores. Así una mujer abandonada por aquél á quien ella continúa amando, sufre necesariamente. La sociedad, ¡ay! no puede mitigar sus penas. Pero puede darle otras, á veces más terribles, proclamándola una mujer «perdida».

Ahora, para establecer una correlación precisa entre el orden natural de las cosas y nuestras instituciones, es preciso conocer, lo más exactamente posible, este orden natural; ó, en otros términos, hay que ver el universo exterior tal como es en sí. ¿Qué es lo que puede darnos esta opinión? El conjunto de nuestros conocimientos científicos, generalizados por la filosofía. Y puede establecerse *a priori* que la concepción del universo más reciente contiene mayor dosis de verdad, que las concepciones antecedentes, porque, reposa en mejor base ó, en otros términos, en mayor suma de conocimientos.

Si, pues, queremos darnos hoy instituciones sociales capaces de producir el máximo de felicidad, es claro que no se basarán en las ideas de nuestros antepasados. Precisamente es esto lo que hacemos. Cuanto más vieja es una idea, más justa la creemos, mientras que, por el contrario, cuanto más nueva es, más probabilidad hay de que sea falsa (92).

Así la ley de la subordinación de la mujer está basada en ideas arcaicas. «Adam per Eva deceptus est, dice San Ambrosio, non Eva per Adam. Quem vocavit ad culpam mulier, justum est ut eum gubernatorem assumat, ne iterum feminea facilitate labatur» (93).

El hombre proviene de una especie animal inferior; ha aparecido sobre la tierra desde hace millares de años: Adán y Eva jamás han existido. Todos lo saben hoy, hasta los niños de quince años. Pero, admitiendo la leyenda del pecado original, como verdadera, las consecuencias que saca San Ambrosio, no son racionales. Ante todo, si Eva ha obrado de un modo ligero é inconsiderado, no se sigue de aquí que todos sus descen-

(92) Cuando vamos á comprar un tratado de zoología ó de física, pedimos la edición más reciente, convencidos de que encierra la mayor suma de verdad. Por desgracia, tratándose de nuestras instituciones, obramos de una manera diametralmente opuesta.

(93) «Adán ha sido engañado por Eva y no Eva por Adán. Es justo que la mujer tome por director al que ha hecho pecar, á fin de que no se pierda otra vez, por la ligereza femenina.» (Citado por Ostrogorski. *La femme au point de vue du droit public*, pág. 5)

dientes, en número indeterminado, estén privados de todo juicio. San Ambrosio, sin duda, ha visto alrededor de sí muchas mujeres prudentes y razonables, como ha visto muchas que no lo eran. Unas y otras descendían, sin embargo, de la madre Eva. Y luego, ¿por qué ha de transmitirse la ligereza de Eva á sus descendientes hembras y no á los machos? Es un hecho vulgar que las madres transmiten sus cualidades y sus faltas á los hijos tanto como á las hijas.

Preciso es decir que si Eva ha obrado de un modo vituperable, Adán no merece disculpa. Si hubiese sido templado, habría rechazado la tentación. Pues bien, si las descendientes de Eva están privadas de su libertad á causa de la mala conducta de su abuela, no veo por qué los hombres ejercen la autoridad en la familia, aunque su abuelo haya obrado de un modo tan poco razonable.

Pero aparte de la cuestión hereditaria, que se ha tratado, como se ve, de la manera más arbitraria por San Ambrosio, hay una más grave, acaso: la de la responsabilidad. La regla elemental de todas las jurisprudencias, es que los hijos no son responsables de los crímenes de los padres. Pues bien, esta regla elemental del derecho no puede ser desconocida por el que, desde el punto de vista religioso, es la justicia *absoluta*, es decir por Dios. San Pablo ha matado á su semejante, nadie irá á tomarle el hijo para guillotinarle ni aún para infligirle el más leve castigo.

Pues si Eva ha cometido un pecado, sus descendientes no deben ser castigados. No obstante, si se admite que debe ser así, y que los hijos son responsables de los crímenes de los padres, los hijos de Eva son tan responsables como las hijas y los hijos de Adán, también son responsables de los actos de Adán. No hay lógica en considerar sólo á las hijas de Eva responsables del crimen de su abuela, borrando las otras tres responsabilidades.

Los razonamientos de San Ambrosio son el mejor ejemplo que pueda ponerse de cómo el error causa la infelicidad humana. Así millones y millones de mujeres, desde hace siglos, han sido sometidas á los sufrimientos más crueles á consecuencia de un hecho que nunca ha sucedido (el pecado original) ó por deducciones ilógicas de tal hecho, suponiendo que fuese real.

Viendo que la vía hasta aquí seguida es funesta, es preciso cambiar de dirección. Ha llegado la hora de basar nuestras instituciones en las investigaciones pro-

fundas de la fisiología, de la psicología y de la ciencia social y no en las concepciones groseras é infantiles de nuestros antepasados. Sería ridículo hoy querer fundar nuestros conocimientos geográficos en los escritos de los escribas hebreos del siglo VII antes de Jesucristo, pues esos escribas apenas conocían la $1/250$ parte de nuestro globo (94), mientras que hoy lo conocemos todo. Es también ridículo querer fundar nuestras instituciones en las ideas de esos mismos escribas, cuya ciencia social era tan limitada y pueril como su geografía. No sólo no debemos obrar así, sino que debemos obrar de un modo diametralmente opuesto porque comprendemos perfectamente que, teniendo débiles conocimientos, los escribas del siglo VII debían tener ideas falsas. La verdad va siempre adelante. Como en la Edad Media se recurría del papa mal informado al papa mejor informado, la humanidad debe constantemente ir de una suma inferior de conocimientos á una mayor. La ciencia será la eterna redentora del género humano porque la ciencia es la verdad más amplia que nos sea dado conocer (95).

Sólo la ciencia puede establecer una correlación cada vez más completa entre la naturaleza y nuestras instituciones, es decir, darnos el máximum de felicidad.

Consideremos, por ejemplo, el fenómeno de la asimilación nacional. Alemanes y rusos quieren ahora germanizar y rusificar á los polacos englobados en sus territorios. No conociendo los verdaderos medios por los cua-

(94) El mundo conocido por los antiguos hebreos abrazaba, todo lo más un espacio de 2 000.000 de kilómetros, de los 513 millones que componen la superficie de nuestro planeta.

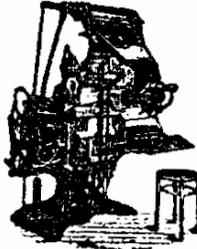
(95) Un ejemplo, para demostrar que mayor suma de verdad puede producir mayor felicidad.—En la antigüedad, la fuerza brutal reinaba. La esclavitud era institución capital; la mujer no tenía derecho ni protección. Algunos hombres generosos protestaban de la profanación de su cuerpo. Para salvar la mujer, discurrieron un medio: el matrimonio religioso indisoluble, la unión de un solo hombre con una sola mujer, obligados á permanecer fieles. Por esta obligación la mujer era respetada y digna: dejaba de ser una cosa, y, en cierto modo, era una persona. Sin duda los sufrimientos de la mujer fueron atenuados por la santidad del matrimonio. Pero era una solución parcial, insuficiente, ¡imperfecta. Los hombres de la antigüedad no comprendieron que era mejor dar á la mujer garantías *totales*, más bien que parciales. El mal venía de la profanación del cuerpo de la mujer, el bien no podía, pues, venir más que de su respeto absoluto. La verdadera solución del problema no se ha hallado, y la mujer se ha subordinado y la han privado de mucha felicidad.

les se operan las asimilaciones los gobiernos oprimen los polacos, es decir, son injustos hacia ellos, porque los hacen sufrir. Cuando los gobiernos comprendan la naturaleza *real* de la asimilación, verán que es un proceso puramente psíquico, donde las medidas coercitivas son completamente ineficaces. Entonces los gobiernos cesarán de oprimir á los polacos. A consecuencia del progreso científico, los polacos habrán pasado de menor á mayor prosperidad.

Lo que es verdad en este caso particular es verdad en todos los otros, en general, y sobre todo de la condición de la mujer en la sociedad. Una ciencia embrionaria la ha colocado en una situación injusta, produciendo sufrimientos sin límites; una ciencia adulta la colocará en una situación justa, produciendo la mayor suma de felicidad que le sea dado realizar en la tierra.

FIN

Composto con las máquinas "Liberator"
en el taller de



El Anuario de la Exportación
Industria y Comercio 15 41

México S. Juan, 10 - Querétaro



Dr. Carlos Núñez

Trabaja también por nosotros en el Centro de Investigaciones
de la Escuela de Estudios de la U. de Chile.
Calle 1000, P.O. Box 1000, Santiago, Chile

Digitalizado por

ArchivoFOPEP
DIGITAL

<http://www.archivofopep.org>



